

CAYO CONFITE Y LUPERÓN

Memorias de un expedicionario

Tulio H. Arvelo

Cayo Confite y Luperón

Memorias de un expedicionario



Tulio H. Arvelo cuando fue escogido como candidato a la vicepresidencia para las elecciones del año 1982.

Tulio H. Arvelo

Cayo Confite y Luperón

Memorias de un expedicionario

Reeditado con motivo del 75 Aniversario
de la expedición de Luperón de 1949.



Museo
Memorial
de la
Resistencia
Dominicana

Museo Memorial de la Resistencia Dominicana
Santo Domingo, R. D.

2024



Museo
Memorial
de la
Resistencia
Dominicana

Museo Memorial de la Resistencia Dominicana
Calle arzobispo Nouel 210, Zona Colonial,
Santo Domingo, Distrito Nacional. Tel. (809) 688-4440
© Derechos de la presente edición

© Derechos de la obra:
Los familiares y/o herederos

Colección Publicaciones del
Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, No. 13

Título de la obra:
Cayo Confite y Luperón, memorias de un expedicionario

Nombre del autor:
Tulio H. Arvelo

Primera Edición: 1981

Segunda Edición: 2024

Edición al cuidado de: Avelino Stanley

Diagramación y arte final: Zejel Media Group

ISBN: 978-9945-9378-4-8

Impresión: Editora Búho. S.R.L.

Impreso en República Dominicana / Printed in the Dominican Republic

Contenido

Presentación.....	9
Prólogo.....	11
Aclaración preliminar.....	15
Preludios de una tiranía.....	17
Mi primer viaje al extranjero	33
En camino hacia el cayó	51
La vida en Cayo Confite.....	63
El comienzo del fin.....	77
Estampida en el cayó	89
En busca de nuevas oportunidades.....	99
Diligencias en La Habana	109
Diligencia en México	117
Últimos preparativos de la invasión	127
El lago Izabal.....	137
El desembarco.....	153
La fuga a través de los montes	165
La captura.....	175
Respuesta a algunas interrogantes	183
Traslado a Puerto Plata y a Santiago.....	195
Traslado a Santo Domingo	205
El proceso y la Sentencia.....	217
Agilidad mental de Miguelucho.....	231
Infiltraciones trujillistas en el Frente Interno	241
De nuevo hacia el exilio	259
Situación actual y destino de algunas de las personas mencionadas en este relato.....	263
Publicaciones del Museo Memorial de la Resistencia Dominicana.....	275

Nota para la presente edición

El contenido de la presente obra se publica tal y como aparece en la primera edición. Apenas se subsanaron erratas evidentes de orden meramente ortográfico que habían resultado inadvertidas en la pasada edición. Por igual, también se conserva el prólogo de José Espaillat. No obstante, es necesario resaltar dos detalles.

El primero, aun cuando la escritura correcta del islote cubano es Cayo Confites, con “s” al final de Confites, hemos preferido mantener la palabra sin la “s”, tal y como aparece tanto en el título de la obra como en todo su contenido. A pesar del esfuerzo realizado no nos fue posible localizar las fotos de Miguel Ángel Ramírez, Ángel Jiménez y Cruz Alonso y por tanto no se incluyeron.

El segundo aspecto es que casi la totalidad de las fotos incluidas en la primera edición (poco más de sesenta) estaban en muy mal estado para ser reproducidas con algún nivel de calidad. En el caso de los personajes casi todas fueron cambiadas por fotografías las mismas personas, pero en mejores condiciones para la impresión. En el caso de lugares específicos, algunas se cambiaron por otras tomas de esos mismos lugares y otras, las menos, aun con el mal estado, se mantuvieron por la importancia de las mismas.

Presentación

Luisa De Peña Díaz
Directora fundadora del
Museo Memorial de la Resistencia Dominicana

Con gran entusiasmo entregamos la segunda edición del libro *Cayo Confite y Luperón, memorias de un expedicionario*. Se trata de un rescate a una obra publicada hace ya 43 años y que estaba agotada desde hacía décadas. La misma recoge importantes detalles acerca de dos expediciones: la de Cayo Confite, organizada en 1947 y que a punto de zarpar hacia tierra dominicana fue desintegrada por los organismos de seguridad del gobierno cubano de entonces; y, la de Luperón, que una parte de sus organizadores sí llegaron a su destino final el 19 de junio de 1949. Fueron dos grandes intentos por deponer la dictadura existente en la República Dominicana para instaurar la libertad y la democracia.

Se trata de un libro escrito por don Tulio H. Arvelo, un protagonista de primera línea y sobreviviente de ambos acontecimientos. Esta obra fue publicada por primera vez en 1981, unas tres décadas después de ocurridos los hechos. Ahora, en el año 2024, cuando la gesta expedicionaria de Luperón cumple su 75 aniversario, es reeditada de nuevo por el Museo Memorial de la Resistencia Dominicana.

Esta obra se publica de nuevo por varias razones. En primer lugar, porque es una verdadera joya histórica donde se ofrecen informaciones de sumo interés sobre dos de los acontecimientos que tuvieron lugar durante la lucha por la libertad del pueblo dominicano, conculcada por la dictadura trujillista. En segundo lugar, se reedita porque uno de

los objetivos de este museo es “educar sobre la experiencia vivida” a través del rescate de la memoria histórica.

En la lectura de este libro se observará un permanente apego a la objetividad por parte del autor. En la narrativa de don Tulio H. Arvelo no se perciben ni odio a los que sustentaban la dictadura ni alabanzas a doctrina alguna. El motivo de su lucha era estrictamente por la instauración de la libertad y la democracia en el país. Y en favor de esa convicción, sin apetencias personales ni partidarias de ningún tipo, en múltiples ocasiones el autor arriesgó su vida, sufriendo encarcelamientos y prolongados exilios, sacrificando a su familia por la causa de la patria. A pesar de todas esas contrariedades don Tulio H. Arvelo se mantuvo apegado a los principios éticos y morales hasta el día de su muerte.

La presente publicación convierte este libro en una de las herramientas con las cuales este museo manifiesta su compromiso con el derecho a la memoria, el derecho a la verdad y el derecho a la justicia. Esta obra, por ser narrada por uno de los protagonistas, permite mostrar hasta dónde la dictadura tenía sometido al pueblo dominicano. Su lectura es también una alerta a las generaciones actuales para que no se dejen confundir por aquellas voces que andan pregonando unas supuestas bondades de la tiranía que, en realidad, no fueron tales y solo inducen a un retroceso para el país.

En este 75 aniversario de la expedición de Luperón de 1949, con la difusión de *Cayo Confite y Luperón, memorias de un expedicionario*, de don Tulio H. Arvelo, el Museo Memorial de la Resistencia Dominicana reafirma su compromiso de seguir trabajando por el fortalecimiento de la democracia, por la vigencia y el respeto de los derechos humanos y para que regímenes dictatoriales y de fuerza nunca más vuelvan a tener vigencia en tierra dominicana.

Junio del año 2024

Prólogo

José Espailat

Pocos temas históricos despiertan en nuestro país tanto interés como aquellos relacionados con las luchas democráticas y revolucionarias emprendidas contra la tiranía trujillista.

La frustrada expedición de Cayo Confite, en 1947, y la de Luperón, en 1949, figuran entre las acciones más resonantes de aquel período siniestro: en ambos casos tomó parte activa el Dr. Tulio H. Arvelo, joven abogado que desechando las comodidades que podría ofrecerle el trujillato consagró su vida a la defensa de los más altos intereses de la nación dominicana.

Hoy, pasados los años, Arvelo nos ofrece un relato de esos acontecimientos en este volumen que resulta de la compilación de una serie de artículos aparecidos en la revista *¡Ahora!* entre los meses de abril y agosto de 1979.

Esta obra merece el más caluroso recibimiento por varias razones. Lo primero es que a pesar de la importancia histórica de esos sucesos y del creciente interés que muestran las nuevas generaciones por conocerlos, la bibliografía existente sobre los mismos es sumamente escasa. Se contrae, en lo fundamental a algunos reportajes y artículos periodísticos dispersos y al libro *"Desembarco en Luperón"*, de Horacio Julio Ornes Coiscou, comandante de la expedición de 1949, obra editada en el extranjero hace ya muchos años.

Por otra parte, el hecho de que Arvelo haya participado en esos acontecimientos le confiere a su trabajo el carácter privilegiado de testimonio directo, capaz de servir de fuente a futuros estudios que examinen esos episodios no sólo

como acciones aisladas, sino como partes integrantes del proceso de las luchas históricas de los dominicanos por el progreso económico, político y social del país. Es evidente, desde el mismo título de la obra, que Arvelo no se ha propuesto ese objetivo porque ha querido circunscribirse a sus experiencias personales.

En efecto, uno de los méritos más notables de este libro es la estricta objetividad con que el autor se entrega a la narración, con lo cual se percibe con absoluta claridad que está fuera de su conciencia la más mínima exaltación a sus propios méritos. Su afán es ofrecer una relación exacta de los hechos fuera de todo interés personal. Ni siquiera califica en ningún momento de epopeya a aquellos esfuerzos, para no presentarse a sí mismo como un héroe. La lectura, de ese modo, se hace entrañable, además de fácil y apasionante.

Cayo Confite y Luperón son dos manifestaciones relevantes de un largo proceso que se inició mucho antes de 1947, y cuyo punto de partida podría situarse en 1930 con el advenimiento de Trujillo al poder. Estas acciones culminaron en rotundas frustraciones, particularmente la de Luperón que fue rubricada por el martirio de muchos de sus participantes.

La obra de Arvelo no oculta esos fracasos y podría ser que quienes no vivieron aquellos tiempos oscuros y que, en cambio, han visto triunfar acciones similares en otros países, puedan imputar esos fracasos a la visión de los propios revolucionarios o, lo que todavía sería más grave, a una incapacidad innata del pueblo dominicano para alcanzar sus metas históricas.

Los que así piensan deberían tener presente, que las clases y sectores progresistas y democráticos de nuestro país han tenido que enfrentarse a sus opresores en condiciones sumamente difíciles.

El régimen tiránico que se inició en 1930, por ejemplo, fue el fruto directo de una intervención extranjera que duró

ocho años y que sólo concluyó cuando ya estaban echadas las bases de la tiranía. El trujillismo pues, no fue en esencia otra cosa que la versión criolla de la primera intervención militar norteamericana de nuestro país en la coyuntura del desarrollo del fascismo a nivel mundial, todo lo cual se tradujo lógicamente en el estancamiento económico y social del país, en el retraso de las fuerzas democráticas y populares, y en el fortalecimiento de los sectores más feroces encabezados por Trujillo.

Aun en esas condiciones extremadamente adversas para las fuerzas democráticas, desde el primer momento existió una corriente opositora contra la tiranía. Pero la organización del aparato represivo fue mucho mayor que la de los movimientos democráticos que pronto fueron dispersados y aplastados.

Sólo a raíz de la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, y como consecuencia principalmente de este acontecimiento, hubo en nuestro país en 1946 un breve período de luchas populares que pronto fueron también reprimidas por la violencia del trujillato.

Cerrada la vía legal, brotó en el ánimo de los revolucionarios la convicción de la necesidad de enfrentar la dictadura por medios violentos. Como explica Arvelo, algunas de las acciones planificadas dentro de esa concepción iban dirigidas al atentado personal, con la única consecuencia que contribuían a elevar el espíritu de lucha de los dominicanos. La otra perspectiva que permaneció abierta fue la invasión por parte de los revolucionarios que se encontraban en el exilio.

Cayo Confite, Luperón y más tarde en 1959, Constanza Maimón y Estero Hondo, se insertan en el marco de esa situación. Ninguna de esas acciones logró una victoria decisiva.

Más bien fueron fracasos militares, pero en cada una de ellas hubo germen de victoria. Una tras otra en menor o mayor grado hicieron contribuciones a la lucha general del pueblo dominicano por sus intereses democráticos y populares.

En el caso concreto de la invasión de Luperón, resalta además del impacto que produjo en el seno del pueblo, el hecho de que esta acción puso de relieve que el régimen no era invulnerable como parecía, que era posible introducir en el país una fuerza combativa, que existía la solidaridad internacional y que, por tanto, el pueblo dominicano no estaba solo. Pero reveló sobre todo que en el país había hombres capaces de organizarse en las mismas entrañas de la tiranía y que había también en el exilio dominicanos y extranjeros resueltos a luchar, al precio de sus vidas, contra el régimen oprobioso de Trujillo.

Aunque el autor no destaca, como ya se ha señalado, el carácter épico de la invasión de Luperón, ella entra a la historia, lo mismo que Constanza, Maimón y Estero Hondo, Las Manaclas, La Revolución de Abril de 1965 y Playa Caracoles, como un jalón importante en el difícil camino de la lucha por la democracia, la libertad y el progreso social de nuestro país.

Todavía a los dominicanos les será imperativo librar muchas batallas y enfrentar grandes obstáculos para alcanzar las metas que históricamente tiene planteadas; pero de más en más se acerca ese momento ya que las fuerzas del progreso crecen inconteniblemente en el orden mundial como en el nacional, mientras las fuerzas de la reacción por soberbias y prepotentes y feroces que sean, son cada vez más débiles.

La elevación del nivel de la conciencia de los obreros, los campesinos y los intelectuales y profesionales progresistas, unida a las condiciones de miseria extrema y de dependencia que padece el país van conformando una situación revolucionaria que se traducirá irremediabilmente en plazo histórico breve en una vida nueva que garantizará la paz, la libertad, el progreso y el bienestar general del pueblo dominicano.

Aclaración preliminar

Tulio H. Arvelo

El único propósito de este relato es narrar mis experiencias en la frustrada expedición de Cayo Confite y en el desembarco en Luperón. Hago esta salvedad para que el lector no busque en él una exhaustiva historia de esos dos acontecimientos.

Los motivos que he tenido para hacer este esfuerzo son varios; pero entre todos prima la solicitud de algunos de mis más cercanos allegados para que escriba acerca de esas experiencias debido a que la generación presente ignora casi completamente esos dos intentos para derrocar la sangrienta tiranía trujillista.

El primero tuvo lugar en Cuba durante los meses de mayo a octubre de 1947 y el segundo comenzó a organizarse en Guatemala a principios del año 1949 y culminó con el desembarco de un hidroavión tipo Catalina en la bahía de Gracia en la costa Norte de Santo Domingo, en las cercanías del poblado de Luperón en la prima noche del 19 de junio de ese mismo año.

Para completar mi tarea fue preciso que me auxiliara con los testimonios de algunos participantes en ambas expediciones. Sin esos valiosos aportes la narración se hubiera visto privada de algunos incidentes de los cuales no fui testigo.

Al final he agregado una sección en la que recojo algunos datos biográficos de varias de las personas que aparecen en

el relato. He hecho esto con el fin de sacar del contexto todo lo que no se relacione directamente con el desarrollo de los acontecimientos. Además, servirá de complemento al lector para que conozca el destino de algunos de los participantes en estos hechos.

Preludios de una tiranía

Nunca había oído el ruido que produce un disparo de arma de fuego. La primera vez que lo hice no oí uno sino cientos.

Vivía en la esquina que forma la calle 16 de Agosto con el callejón Imbert del barrio de San Carlos de mi ciudad natal de Santo Domingo de Guzmán. Era una casa de madera techada de zinc como casi todas las de ese sector en la época en que sucedió lo que voy a relatar.

Una madrugada desperté sobresaltado por el ruido de los disparos. Mi primera impresión fue que se trataba de cohetes, único sonido similar que hasta entonces había escuchado en mis trece años de edad.

—Tírate al piso, que esos son tiros, me gritó mi abuelita desde el cuarto contiguo.

A poco escuché a uno de mis tíos que comentaba: “Es la revolución que estalló en Santiago hace tres días”.

Cuando oí la palabra “revolución” una rara sensación mezcla de alegría y curiosidad se apoderó de mí hasta tal punto que intenté levantarme del piso; pero los disparos arreciaron en ese preciso momento y el gesto que hice al volver a tirarme al suelo provocó la risa de mi abuelita que había venido desde su habitación para estar a mi lado.

Era la madrugada del día 26 de febrero de 1930. Los disparos eran el preludio de la más tenebrosa tiranía de cuantas ha sufrido el pueblo dominicano. Se trataba del llamado “Movimiento Cívico” que se había gestado en Santiago y que derrocó el gobierno constitucional de Horacio Vásquez. Los sublevados estaban haciendo su entrada

triumfal en la capital de la República en lo que habría de ser el primer paso de Trujillo para conquistar el poder que ejercería con mano de hierro por más de treinta años.

Cuando por la mañana temprano salí de la casa todavía se veían algunos hombres que armados de fusil transitaban por la calle silenciosa. Por sus atuendos más bien parecían cazadores furtivos que miembros de una sublevación que intentaba tumbar un gobierno.

Toda la fantasmagoría que había tejido mi joven mente al oír la palabra “revolución” se deshizo cuando supe por boca de uno de los insurgentes que todos los tiros habían sido hechos al aire y que no habían encontrado ninguna resistencia durante su largo recorrido desde la ciudad de Santiago.

Muchos años después me enteré de los pormenores de esos acontecimientos por boca de don Cholo Molina, uno de sus participantes. El hecho de que mi informante me hizo su relato después del ajusticiamiento del tirano Trujillo y de que se tratara de una persona sin ninguna bandería política ni en los momentos de los hechos ni en ningún período de su vida, le da a sus palabras el aval de la sinceridad y el desinterés. He aquí su relato:

“Lo único que me movió a participar en el golpe de Estado fue la gran admiración que sentía por el Lic. Rafael Estrella Ureña, a quien me unían lazos de amistad desde nuestra juventud.

Nunca me había metido en política ya que mis actividades estaban circunscritas a mis negocios y a uno que otro cargo de poca importancia que había desempeñado en la administración pública. Naturalmente, no era ajeno a los problemas que confrontaba el país de cuyos detalles tenía la versión de mis amigos que terciaban directamente en las cuestiones de gobierno. Por eso fui opuesto a que Horacio Vásquez prolongara su mandato por dos años más en 1928.

De la misma manera también en 1930 me oponía a los propósitos continuistas que a las claras anunciaban los horacistas.

No niego que la influencia de Estrella Ureña jugaba un papel preponderante en mis simpatías políticas. Influencia que crecía cada día más porque para esa época nos veíamos casi a diario.

En una ocasión Estrella Ureña me preguntó que si yo estaría dispuesto a tomar parte en una revuelta con el propósito de tumbar al Gobierno. Que era una cosa que no podía fallar porque tenía el apoyo de muchos generales y sobre todo de alguien que contaba con todos los recursos necesarios para triunfar. Como no tenía idea de quién podría ser ese “alguien”, ingenuamente le pregunté que si contábamos con armas suficientes para tomar la Fortaleza San Luis y luego derrotar las fuerzas del Ejército que seguramente defenderían a la capital. Estrella Ureña sonrió y dándome unas palmaditas en la espalda me dijo: “No te preocupes por eso. Te repito que tenemos el triunfo asegurado”.

Desde el momento en que pertenecía al grupo de conspiradores me entró una desesperación tremenda por coger las armas. Nos reuníamos todos los días y hacíamos planes que a veces me parecían descabellados por lo fácil que los dirigentes presentaban el futuro desarrollo de los acontecimientos. Me parecía que todas eran palabras huecas puesto que no veía nada concreto. Las armas no aparecían por ninguna parte.

Una madrugada me despertó el ruido que hacían varios camiones que a gran velocidad pasaron por mi casa ubicada en una calle que daba acceso a la Fortaleza San Luis. A la mañana siguiente comenté el incidente con el jefe de mi grupo quien me dijo: “Yo no los oí puesto que vivo muy lejos de la Fortaleza; pero creo saber de lo que se trata. Espérenme aquí. Regresaré dentro de poco y estoy casi seguro de que les traeré buenas noticias”.

Nuestro jefe regresó a la media hora lleno de alborozo y nos comunicó en un hilo de voz casi inaudible: “Esos camiones vinieron de la capital y trajeron las armas con las que tumbaremos al Gobierno. Debemos estar listos porque pronto comenzará el jaleo”.

Como yo no estaba en los secretos más íntimos de la conspiración, no comprendí las palabras de nuestro alborozado líder. Fue necesario que se explicara con más claridad. Nos dijo que el coronel Simón Díaz, comandante de la Fortaleza San Luis, era de los nuestros. Eso significaba que no habría pelea cuando la tomáramos. Pero quedó una incógnita que nuestro jefe de grupo no pudo o no quiso despejar. ¿Quién había enviado las armas desde la capital?

De eso me enteraría mucho después ya que por el momento era un secreto bien guardado entre los altos jefes de la conspiración.

La fecha para el inicio de la revuelta fue pospuesta en varias ocasiones hasta que al fin en la madrugada del 23 de febrero de 1930 nos reunieron y en varios grupos desde distintas direcciones nos encaminamos hacia la Fortaleza con las armas que la noche anterior nos habían entregado. Hubo algunos tiros; pero todos al aire puesto que, como ya dije, la guarnición del recinto militar no ofreció resistencia debido a que su comandante era uno de los cabecillas de la revuelta.

Al mismo tiempo que entrábamos a la Fortaleza, otros grupos tomaban el cuartel de la Policía y las demás dependencias del gobierno provincial. En la Policía hubo alguna resistencia.

La operación duró escasamente una hora y dando vivas a Estrella Ureña se prepararon los grupos que marcharían hacia la capital pasando por La Vega y Moca. Todo fue un paseo triunfal. En ninguna parte encontramos resistencia. Cuando llegamos a La Cumbre, a unos treinta y cinco kilómetros de la capital, fuimos interceptados por un automóvil

que enarbolaba una bandera de los Estados Unidos. Un norteamericano se bajó del él y conversó largamente con los jefes de nuestras tropas. Se nos dio la orden de permanecer acampados hasta nuevo aviso.

Pronto se corrió la voz de que el norteamericano, de apellido Lodge, era un alto funcionario de la Legación de los Estados Unidos y que nos había alcanzado para avisarnos que se estaban haciendo negociaciones para evitar el derramamiento inútil de sangre puesto que el brigadier Trujillo, jefe del Ejército, estaba de nuestra parte y que pronto seguiríamos nuestro triunfal recorrido hasta la capital. Aquello fue una luz para mí. Me di cuenta de quién era el “alguien” que había enviado las armas a Santiago en aquellos camiones que me despertaron en la madrugada de unos días atrás. Después sabría más. Que el verdadero jefe de nuestro movimiento era el propio brigadier Trujillo. Que Estrella Ureña y los generales que iban a la cabeza de nuestras tropas eran marionetas en sus manos. Que la Legación de los Estados Unidos estaba al tanto de todo desde un principio y que alegando motivos humanitarios había tenido una directa participación en los hechos abiertamente contraria a la función diplomática que se suponía debía llenar”. Hasta aquí el relato de don Cholo Molina.

Los acontecimientos de esos días han sido narrados de diferentes formas contradictorias. Los panegiristas de Trujillo lo han ensalzado como a un hombre providencial cuya intervención salvó al país de un inútil derramamiento de sangre. Sus adversarios lo han considerado como un traidor que se confabuló con los enemigos del Gobierno para derrocarlo.

El desarrollo de los hechos da la razón a estos últimos porque lo cierto es que Trujillo emergió como el mayor usufructuario de aquellos acontecimientos. Escasamente tres meses después ya había sido elegido Presidente

Constitucional de la República en unas elecciones a las que concurrió sin contrincante y en las que llevó como vicepresidente al Lic. Rafael Estrella Ureña, líder visible del llamado “Movimiento Cívico” y quien había ejercido la presidencia provisionalmente a la caída de Horacio Vásquez.

Las luchas contra Trujillo se iniciaron desde los primeros días de su asalto al poder.

Muchas vidas se perdieron y muchos dominicanos sufrieron innumerables torturas en las cárceles o privaciones en el ostracismo como consecuencia de esas luchas.

El general Cipriano Bencosme se levantó en armas a fines de 1930 y fue muerto en las cercanías de Moca, su ciudad natal.

A mediados de 1931, el general Desiderio Arias se sublevó en las lomas del Cibao y después de algunas escaramuzas con las tropas del Gobierno murió en el primer intento serio por derrocar lo que ya desde sus inicios fue una férrea dictadura.

Otros iniciaron movimientos en las lomas, que era el tradicional en nuestras luchas intestinas; pero todos fracasaron. Unos murieron y otros tuvieron que abandonar el país a través de la frontera con Haití.

En las ciudades se hicieron también cuantiosos esfuerzos para la eliminación del régimen trujillista. Uno de los expedientes más socorridos fue el atentado personal contra el tirano. Los dos más sonados intentos para eliminarlo físicamente ocurrieron entre los años 1934 y 1935. El primero se organizó en Santiago. El movimiento fue develado y casi todos los conjurados fueron hechos presos. Algunos murieron vilmente asesinados, otros lograron salir al extranjero y unos cuantos optaron por colaborar con el régimen. El otro intento se gestó en la capital y tuvo los mismos resultados que el de Santiago: delación, muertes, ostracismo y colaboradores.

En el seno del Ejército también se iniciaron movimientos para derrocar al tirano. El coronel Leoncio Blanco, el capitán Aníbal Vallejo, el general Ramón Vásquez Rivera, el mayor Luis Silverio, el capitán Eugenio de Marchena y otros más pagaron con sus vidas por haber encabezado dichos movimientos.

Como siempre sucede, después de cada fracaso el régimen se afianzaba más en el poder con su consiguiente aumento en la represión.

Todos los esfuerzos a que he hecho referencias, a excepción del dirigido por el capitán Marchena, se realizaron antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

La entrada de la República Dominicana en ese conflicto bélico del lado de los aliados fue un paso que benefició al tirano pese a que era de notorio conocimiento sus simpatías por el régimen nazi.

Durante ese lapso se formaron varios grupos con miras a liberar al pueblo de la opresión a que estaba sometido. Mi afiliación en uno de ellos me facilitó más tarde el relacionarme en el extranjero con algunos de los que fueron mis compañeros en esas actividades.

De esos grupos algunos tenían como único fin la eliminación física del tirano. Ninguno llegó a las vías de hecho y dentro del silencio en que se organizaron y desarrollaron sus diligencias así mismo se disolvieron.

Con la terminación de la guerra a mediados de 1945 se abrieron amplios horizontes a grandes sectores de la humanidad. Surgieron los regímenes de las Democracias Populares en el Oriente europeo y pocos años después triunfó la Revolución Socialista en la China Continental. En América Latina, algunas de las dictaduras de las tantas que se habían entronizado poco más de una década antes comenzaron a languidecer hasta su total liquidación. Otras

sufrieron una profunda crisis que las tambaleó sin que se lograra sus caídas. Tal fue el caso de la tiranía trujillista.

Una vez que la vida dominicana comenzó a normalizarse al ritmo en que las imposiciones de la guerra fueron quedando atrás, las maniobras conspirativas contra Trujillo se fueron haciendo más activas. Algunos nuevos factores contribuyeron a revitalizarlas. Los más importantes fueron: las enseñanzas de los refugiados españoles progresistas que se habían asentado en el país como consecuencia de la Guerra Civil recién finalizada en España; las experiencias adquiridas a costa de tanta sangre durante el decenio 1930-1940 y la subida al poder en Cuba de Ramón Grau San Martín en 1944. La presencia de este último factor amerita una explicación.

El afianzamiento que había adquirido el trujillato unido al desaliento que embargaba a sus enemigos debido a los cuantiosos fracasos conspirativos y al estrecho control logrado por el régimen sobre todos los resortes de la vida nacional, impulsaron a muchos antitrujillistas a cambiar el rumbo de sus actividades y en vez de organizarse para la lucha interna bien sea por medio de la eliminación física del tirano o por el alzamiento en las lomas, cifraron sus esperanzas en los emigrados que desde el extranjero se organizaban para intentar una invasión armada que los libraría del yugo trujillista.

Esas esperanzas tienen viejas raíces en la turbulenta historia de nuestras guerras civiles. A pesar de que todas las veces que se ha intentado invadir el territorio con miras a derrocar un gobierno la acción ha terminado en un rotundo fracaso, esas esperanzas todavía perduraban en el ánimo de muchos bien intencionados luchadores. Además, ya había un precedente en la lucha contra Trujillo. En Cuba se había organizado una expedición en la época del primer gobierno de Fulgencio Batista en la que tomarían parte los emigrados

dominicanos con Rafael Estrella Ureña a la cabeza, el mismo líder visible de aquel Movimiento Cívico que fue trampolín utilizado por Trujillo para asaltar el poder en 1930 y que lo acompañó en la boleta electoral como vicepresidente en ese mismo año. Al año escaso de ejercer esas funciones abandonó el país enemistado con su antiguo compañero en la conspiración que dio al traste con el gobierno de Horacio Vásquez. Los miembros de esa expedición no llegaron siquiera a enfilarse rumbo a Santo Domingo. No fue difícil que Trujillo se entendiera con Batista para que hiciera abortar el movimiento. Sin embargo, ese infeliz desenlace no mató las esperanzas de los antitrujillistas. Tanto los de dentro como los de fuera del país continuaron viendo en Cuba el punto de apoyo ideal para la realización de sus propósitos invasionistas. De ahí que cuando Ramón Grau San Martín, derrotó al candidato batistiano en las elecciones de 1944 reverdecieron sus anhelos de derrocar a Trujillo por medio de una invasión armada.

Sin embargo, no todos los antitrujillistas residentes en el país eran de esa opinión. Muchos creían que la lucha debía iniciarse en el interior y su mejor argumento era que jamás una acción proveniente desde fuera había tenido buenos resultados, por lo menos en la historia dominicana.

En cambio, otros consideraban que el único cambio factible para la liberación era invadiendo el territorio con hombres armados y debidamente entrenados. Entre los que así pensaban don Juan Rodríguez García jugaría un papel principalísimo en las subsecuentes actividades de las luchas contra Trujillo.

Era un rico terrateniente y hacendado de quien se decía que sus riquezas sólo eran superadas por las del propio Trujillo. En sus mocedades había tomado parte activa en nuestras contiendas armadas por el poder en las que había alcanzado el grado de general como tantos otros líderes de aquellas turbulentas etapas de nuestras luchas intestinas.

La naturaleza del régimen no permitía permanecer al margen de la política a todo aquel que tuviera intereses que pudieran chocar con los del tirano y don Juan Rodríguez no fue una excepción a esa regla. Sin embargo, en la medida en que crecía la fortuna de don Juan y el poder de Trujillo se hacía más absorbente, las colisiones entre ambos eran más frecuentes y menos soportables para el rico terrateniente.

Y un día don Juan tomó una determinación: saldría al extranjero con lo que pudiera llevarse de su inmensa fortuna para desde allí combatir a Trujillo. Inclusive llegó a enterar de sus propósitos a algunos de sus relacionados. No todos estuvieron de acuerdo con él y los que así pensaban trataron en vano de disuadirlo de sus propósitos.

La llegada de don Juan a los círculos de los emigrados dominicanos fue la chispa que encendió los ánimos. Muchos de ellos habían salido desde los inicios de la toma del poder por Trujillo quince años atrás. Algunos ya habían alcanzado la edad en que sus aportaciones a la lucha tenían que circunscribirse a publicar artículos en los periódicos o a tareas de gabinete. Pero el empuje de don Juan, a pesar de sus sesenta y cinco años de edad, los puso a todos en actividad. Además de su vitalidad traía en su morral el elemento que siempre había escaseado entre los emigrados para la empresa que se proponían realizar: el dinero.



Horacio derrocado por el llamado "Movimiento Cívico" gestado en Santiago el 23 de febrero de 1930.



Rafael Estrella Ureña, cabeza visible del golpe del 23 de febrero de 1930. Elegido vicepresidente de la República con Trujillo como presidente en las elecciones de ese mismo año.



Rafael L. Trujillo, jefe del Ejército en el gobierno de Horacio Vásquez, gestor del golpe del 23 de febrero de 1930.



“Don Juan Rodríguez García jugaría un papel principalísimo en las subsecuentes actividades de la lucha contra Trujillo”.



“Me enteré de los pormenores de los acontecimientos por boca de Cholo Molina, uno de sus participantes”.

Mi primer viaje al extranjero

Los días del “Borinquen y del “Coamo”

Fui a Puerto Rico por primera vez en septiembre de 1940. Eran los días del “Borinquen” y del “Coamo”. Sólo por la vía de esos dos barcos norteamericanos se podía viajar a la vecina isla. También eran los días de la Segunda Guerra Mundial y a pesar de que todavía no se había producido el ataque a Pearl Harbor ya prácticamente los Estados Unidos estaban en pie de guerra. Esa circunstancia estuvo a punto de malograr ese primer viaje mío al extranjero.

Se trataba de una embajada deportiva en la que iría como reportero del periódico “*La Nación*” a reseñar los partidos de baloncesto que iba a celebrar el equipo de la Escuela Normal de Varones de Santo Domingo contra algunos conjuntos puertorriqueños.

Cuando fuimos al consulado de los Estados Unidos a procurar las visas, los trámites corrieron normalmente hasta que el cónsul se enteró de que en el grupo viajaría un periodista. Un funcionario se nos acercó, me llamó aparte y me dijo que lo acompañara. Me introdujeron en una pequeña oficina y se entabló el siguiente diálogo:

—¿Cuál es su profesión?

La pregunta me cogió de sorpresa y como sabía que en la lista yo figuraba como periodista pensé que lo mejor era mantener esa calidad para no caer en contradicciones que nada bueno podrían acarrearle. Así es que con gran aplomo le contesté:

—Periodista.

Debo aclarar que eso no era cierto. En realidad, mis actividades en esa rama se limitaban a hacer comentarios acerca de las actividades del baloncesto y a una que otra crónica de esos eventos: pero a título gratuito. Mi verdadera ocupación en esa época era la de empleado en la secretaría de la Escuela Normal y estudiante de Derecho.

—Pues siento mucho no poder darle la visa, me dijo el funcionario, porque las regulaciones vigentes prohíben terminantemente el ingreso de periodistas a territorio de los Estados Unidos debido a la situación creada por la guerra.

Si la primera pregunta me causó sorpresa, estas palabras me dejaron paralizado. ¿Qué podía hacer? ¿Decirle que yo no era ningún periodista sino un simple gacetillero sin sueldo?

Lo que hizo Gugú Henríquez

Con la muerte súbita de todas las ilusiones que me había forjado con el viaje me entró un gran desencanto mezclado con una rabia sorda no sabía contra quien. Me paré y salí con una cara de desolación tal que mis compañeros al verme fueron hacia mí en la misma actitud de quien va a dar un pésame. Cuando los enteré de lo que había sucedido, Gugú Henríquez, capitán del equipo, me dijo con el mejor tono consolador que pudo hallar:

—No te preocupes. Yo trataré de arreglarte eso.

Lo miré agradecido; pero sin esperanzas. Todavía resonaban en mis oídos las palabras del funcionario norteamericano que se me antojaban cortantes y definitivas.

Pasaron dos o tres días y mientras los demás muchachos estuvieron ocupados en sus trajines de preparativos de viaje yo no tuve más remedio que rumiar mi tristeza. Trataba de rehuir la presencia de los alegres componentes del grupo.

Una mañana, Máximo Llaverías, entrenador del conjunto y jefe de la delegación, fue a buscarme a la escuela en donde trabajaba y me pidió que lo acompañara a la Secretaría de Relaciones Exteriores. Allí tuve la grata sorpresa de saber que todo se había arreglado gracias a los buenos oficios de Máximo Vásquez, pariente de Gugú Henríquez y a la sazón Subsecretario de esa dependencia, quien con mucho tacto me transmitió las instrucciones que de seguro le dio el cónsul de los Estados Unidos. Debía circunscribirme a mis tareas deportivas. No debía hablar con nadie que no tuviera relación con el motivo de nuestro viaje. En síntesis, sabía que al pisar territorio de los Estados Unidos sería persona vigilada. Pero eso me importaba bien poco. Para esa época mis relaciones se circunscribían al círculo de mis amistades en la República Dominicana. Conocía la existencia de algunos emigrados dominicanos; pero no tenía ningún contacto con ellos. De manera que ese viaje era estrictamente deportivo y a eso se circunscribió mi actividad en esa ocasión.

Por qué no visité al doctor Leovigildo Cuello

Estos incidentes de la manera como pude hacer este mi primer viaje al extranjero tienen para mí un gran valor emocional. Sobre todo, por la participación que tuvo Gugú Henríquez en su feliz desenlace. Nueve años más tarde los tendría muy presentes cuando tuve la oportunidad de interceder en favor de Gugú para que él a su vez pudiera realizar un viaje. Pero aquello fue en otras circunstancias y con otros muy diferentes resultados. De ello me ocuparé cuando llegue el momento oportuno.

Aquella gira a Puerto Rico duró quince días. El único emigrado dominicano de quien tuve noticias durante ese lapso fue del doctor Leovigildo Cuello.

Fue en una visita que hicimos a Ponce. Allí se me acercó uno de sus hijos y me dijo que a su padre le gustaría conversar conmigo y que vivía cerca de donde nos encontrábamos. Era un jovencito, casi un niño, por lo que nuestra conversación no despertó la curiosidad de los otros miembros de la delegación.

A pesar de que no le di muchos detalles, dije al hijo del Dr. Cuello que mi situación como periodista era muy delicada y que de seguro una visita mía a su casa no pasaría inadvertida, lo que me acarrearía dificultades a mi regreso a Santo Domingo. El joven Cuello comprendió mis razones y me prometió llevar mis saludos a su padre.

Ya en Santo Domingo comenté ese incidente con uno de mis amigos íntimos. Lo mejor que hice fue no visitar al prominente emigrado dominicano porque, según mi amigo, el Servicio Secreto Dominicano estaba enterado de todos nuestros pasos en Puerto Rico. En mi caso el informe era más detallado por la naturaleza de mi tarea en la delegación.

Queríamos eliminar físicamente al tirano

Pasarían siete años antes de que volviera a Puerto Rico. Durante ese lapso se habían producido algunas transformaciones en mi manera de enfocar los problemas políticos que aquejaban al pueblo dominicano. Algunos acontecimientos me habían hecho comprender mejor la realidad política del momento. Había cultivado algunas amistades que influyeron positivamente en mis convicciones respecto a la verdadera naturaleza del régimen imperante en nuestro país.

Ya me referí a mi afiliación a uno de los grupos conspirativos que para esos días se organizaron para eliminar físicamente al tirano. A ese grupo pertenecían casi todos los jóvenes con quienes me codeaba en esa época.

Rubén Rey, años más tarde mártir de la gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo, fue el contacto que se utilizó para enrolarme en esa empresa. El plan general era realizar varias acciones simultáneas para eliminar tanto al tirano Trujillo como a sus herederos más cercanos en el poder político. Para ello nos habíamos dividido en varias secciones. Moisés de Soto y yo quedamos juntos en una de ellas.

Parte de las armas que se debían usar en esas tareas estuvieron guardadas en mi hogar aún mucho tiempo después de haber desistido de nuestros propósitos. Al fin tuve que entregarlas a otro de los compañeros porque al mudarme de casa desaparecieron las facilidades que antes tenía para ocultarlas.

Pensé exilarme en Puerto Rico, pero no lo hice

En enero de 1947 fue cuando se me presentó la segunda oportunidad de visitar a Puerto Rico. A pesar de que ya no estaba ligado a la Universidad de Santo Domingo acompañé a su equipo de baloncesto como reportero en una gira a esa isla.

En esa ocasión tenía una meta bien definida aparte del interés periodístico de mi viaje; ponerme en contacto con algunos de mis antiguos compañeros de los grupos conspirativos quienes vivían allí como exiliados. Esta última meta era prioritaria por la situación desesperante en que se vivía bajo la tiranía.

No fue difícil conversar con Moisés de Soto, uno de esos emigrados. Le dije que estaba dispuesto a quedarme si era necesario. Que en Santo Domingo la lucha era poco menos que imposible y que todas las esperanzas estaban cifradas en lo que pudieran hacer los antitrujillistas desde el extranjero.

Moisés de Soto me contestó que por el momento no era conveniente que me quedara. Que la vida en Puerto Rico era muy dura porque con motivo de la recién finalizada guerra escaseaban los medios para ganarse la vida. Que tuviera paciencia y esperara. Que no me prometía nada concreto por el momento; pero que en un futuro no muy lejano las cosas cambiarían y que buscaría los medios para avisarme con tiempo en caso de que me necesitara. Que no era conveniente que viera a ningún otro exiliado por los riesgos que ello conllevaría cuando regresara a Santo Domingo.

Los resultados de esa conversación no me dejaron muy satisfecho. Quedé con la impresión de que tampoco los emigrados, por lo menos los radicados en Puerto Rico, estaban en condiciones de tomar ninguna acción contra Trujillo.

A mi regreso a Santo Domingo volví a sumirme en la rutina a que nos obligaba el absorbente poder trujillista. Me dediqué a mi trabajo como profesor en la Escuela Normal de Varones y a mi oficina de abogados de la calle Mercedes en la que trabajaba conjuntamente con Pedro Mir.

En la antesala del exilio

Escasamente cinco meses después de mi entrevista con Moisés de Soto fue a mi oficina un funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores a ofrecerme el cargo de Vicecónsul en San Juan de Puerto Rico.

Es de imaginar la grata sorpresa con que recibí esa oferta. Un mes más tarde ya había tomado posesión del empleo que tan oportunamente se me había ofrecido.

Una de mis primeras actividades al llegar a San Juan fue ponerme en contacto con los emigrados. Me enteraron de algo que habría de cambiar por completo el curso de mi vida: se preparaba una invasión armada contra Trujillo.

De inmediato no me dieron detalles. Lo único concreto que me dijeron fue que mi colaboración sería valiosísima desde el consulado.

Una noche, en una reunión en la que participé con Ángel Morales, Leovigildo Cuello, Edmundo Taveras, Miguel Pardo, Moisés de Soto y otros exiliados residentes en Puerto Rico, se trazaron algunos planes respecto a mi papel en la invasión. Mientras los grupos armados desembarcaran en playas dominicanas, yo debía permanecer en el consulado para realizar algunas tareas que ya se habían programado.

Después que se expusieron dichos proyectos me puse en pie y dije que mi sitio no estaba detrás de un escritorio en los momentos en que mis compañeros estuvieran exponiendo sus vidas en Santo Domingo. Mis principales argumentos para defender esa posición fueron mi juventud y mi salud, que me hacían apto, como el que más, para tomar las armas. Aquello fue motivo de algunas discrepancias porque algunos consideraban de inestimable valor mi presencia en el consulado, sobre todo en el período de organización en que todavía estábamos.

Aunque nadie lo expresó directamente, la idea era que me convirtiera en una especie de doble agente, que si las circunstancias lo permitían podría apoderarme del consulado para ponerlo al servicio de la rebelión que se desataría en Santo Domingo.

Aparte de mis deseos de combatir a Trujillo con las armas en la mano, contenidos durante tantos años, ese papel de doble agente que debería representar era lo que más me impulsaba a renunciar a la posición que desempeñaba. Esa misma noche se decidió que yo iría a engrosar las filas de los expedicionarios. Pero como todavía faltaban algunos detalles debía permanecer en mi cargo hasta que llegara el momento oportuno en que partiría a realizar el entrenamiento previo a la invasión.

La visita del coronel Flores

Martín Álvarez trabajaba en el consulado como canciller encargado de las facturas consulares. Desde hacía tiempo estaba en contacto con los emigrados y tenía planeado tomar parte en la invasión. Casi de inmediato nos identificamos y comenzamos a laborar juntos con los organizadores de la futura empresa.

Un día, estando yo a cargo de las oficinas, porque el titular estaba en Santo Domingo, se presentó en mi despacho el coronel Tomás Flores, del Ejército Dominicano.

Había ido a investigar acerca de algunos rumores que habían llegado a Santo Domingo relacionados con los hermanos Luis Manuel y Diego Bordas. Quería saber si teníamos noticias de las actividades de esos dos exiliados. Le dije que nada sabía. Que los conocía; pero que no los había visto después de mi llegada a Puerto Rico.

Más tarde supe que el único que todavía estaba en San Juan era Luis Manuel y que Diego hacía días estaba entrenándose para la invasión.

Todavía Luis Manuel pertenecía al ejército norteamericano y un día, desde una ventana de mi oficina, lo vi cruzar uniformado de teniente del Ejército de los Estados Unidos.

Inmediatamente después de la visita del coronel Flores me puse en contacto con los emigrados y los impuse de todos los pormenores. Algunos rieron de lo que calificaron de ingenuidad de Trujillo por la forma en que estaba investigando. Después supe que en realidad no había sido tan ingenuo porque su red de espionaje, manifestada en esa ocasión por la visita del militar dominicano, habría de darle muy buenos resultados.

Primeros pasos en el exilio

Cuando se decidió que debía partir hacia el sitio en donde se realizaban los entrenamientos, resolví una cuestión de tipo personal para dejar mi conciencia tranquila. Se trataba de los intereses que manejaba en el consulado.

No eran de gran importancia debido a que siempre rehuí que se me entregara la administración de los sellos de Rentas Internas, una de las atribuciones inherentes a mi cargo. El valor de dichos sellos representaba una suma considerable de dinero.

Delegué mis funciones en uno de los cancilleres con el pretexto de un viaje a Santo Domingo por motivos de salud. Esa precaución surtió su efecto porque alguien quiso acusarme de malversación de fondos; pero la especie no prosperó ya que era de general conocimiento que cuando me fui no manejaba nada que representara dinero en el consulado.

Un día antes de mi partida escribí una carta a Trujillo. Escuetamente le decía que no podía seguir sirviendo a un gobierno tiránico como el suyo y que por eso renunciaba a mi empleo. Muy lejos estaba de pensar que llegaría el momento en que el propio dictador personalmente me echaría en cara aquella carta.

En La Habana

Hice el vuelo San Juan-Miami-La Habana. Cuando llegué a la capital cubana tomé una habitación en el hotel "Senado". Allí hice contacto con Arístides Sanabia, a quien iba recomendado.

El sector que dirigía Arístides Sanabia dentro del mecanismo de la empresa era denominado por éste como la "Tercera Sección, Encargada de las Comunicaciones".

Dicho sea de pasada, nunca supe cuáles eran la primera y la segunda sección.

Acorde con su nombre esta tercera sección se relacionaba con las comunicaciones en todo el sentido de la palabra. Incluía el envío de hombres al campamento de entrenamiento; la correspondencia, y cualquiera otra diligencia de enlace del campamento con lo que quedaba de la organización en La Habana.

Otra de las atribuciones del jefe de esta sección era entrenar a otro grupo compuesto por Purro Alfonseca, Toñín Bonilla y yo en la tarea de cifrar y descifrar mensajes en clave. El haber realizado ese entrenamiento hizo que mi participación fuera diferente a la que tuvo la mayoría de los compañeros en los momentos más duros de la empresa.

Con Pedro Mir, el expedicionario

Después de hacer contacto con Arístides Sanabia, mi meta inmediata fue localizar a Pedro Mir, quien poco después de mi salida hacia Puerto Rico había logrado salir del país y estaba radicado en La Habana. Tenía su dirección y fui a verlo el mismo día de mi llegada.

Almorzamos juntos en un pequeño restaurant de la calle “Virtudes” en donde lo enteré con detalles de los motivos de mi viaje. No mostró ninguna sorpresa. Mi conducta estaba acorde con los anhelos tantas veces expresados por ambos en nuestras conversaciones sostenidas en Santo Domingo en un banco cualquiera del viejo y añorado parque Independencia. En aquellos bancos fueron muchos los planes que trazamos, muchos los sueños que empezamos, muchas las veces que nos transportamos con la imaginación fuera de la ergástula en que se había convertido nuestro país.

Después de aquella primera entrevista nos veíamos todos los días y continuábamos trazando planes ya sin los

temores que nos limitaban en Santo Domingo. Sin embargo, había un punto que no habíamos tocado. Era el de su participación directa en la invasión.

Estaban anunciadas unas corridas de toros, espectáculo poco corriente en Cuba, que se celebrarían en el Gran Estadio de La Habana. Allá nos fuimos a ver a Silverio Pérez, uno de los mejores toreros mejicanos de esos días.

En medio de uno de los vítores, creo que Silverio acababa de cortar una oreja, pregunté a Pedro:

—¿Nos vamos juntos a la invasión?

Me contestó sin vacilar:

—Sí, nos vamos juntos.

Su respuesta me causó una gran alegría. Desde ese momento hasta nos olvidamos de Silverio Pérez, y nos enfrascamos a conversar de lo que haríamos ya enrolados los dos en la gran aventura.

Un "imponente de mensajes"

Mientras tanto, los preparativos para la expedición seguían progresando. La habitación de Arístides Sanabia en el hotel "Senado" se había convertido en el centro de recepción de los exiliados que venían de los Estados Unidos, de Venezuela, de México y de Puerto Rico. Era una especie de punto de reunión en el que se hacían a veces los más imprudentes comentarios.

Mi entrenamiento como "imponente" de mensajes, nombre rimbombante con que se nos había bautizado, iba progresando. Junto con Purro Alfonseca y con Toñín Bonilla, me estaba convirtiendo en un experto en cifrar y descifrar mensajes.

Fueron muchos los que pasaron por aquella oficina de Arístides Sanabia. Solamente permanecían dos o tres días en La Habana. ¿A dónde iban? ¿A qué sitio misterioso se

dirigían? No lo sabía. El único que decía saberlo era Arístides Sanabia y ese secreto lo guardaba con gran celo. Una que otra vez mencionaba la palabra “campamento”. ¿Dónde estaba ubicado ese campamento? ¿En qué sitio de Cuba se estaban reuniendo los ocasionales visitantes del hotel “Senado”?

Los días se me estaban haciendo monótonos. El último grupo de compañeros procedentes de Nueva York tenía más de una semana en La Habana, y no llegaba el día de su salida para el sitio de entrenamiento. Arístides Sanabia hablaba de que se estaba en espera de un barco que sería determinante para dar la señal de partida.

Un día dijo: “Llegó Miguel Ángel Ramírez con el barco; pero está todavía en el Mariel”.

Una tarde fui al hotel Sevilla en donde había una oficina más importante que la del hotel Senado. Se decía que allí estaba el Cuartel General. Me preguntaron que si conocía a Miguel Ángel Ramírez. Contesté que no.

—Pasa por aquí, me dijo un joven cubano a quien conocía de vista, que quieren hablar contigo.

Entré a una habitación en donde estaba Miguel Ángel Ramírez con varias personas a quienes tampoco conocía, me hizo un interrogatorio en el que noté cierta desconfianza en cuanto al origen de mi presencia entre los futuros expedicionarios. Me hizo preguntas como estas: “¿Hacía tiempo que usted era vicescánsul en San Juan de Puerto Rico? ¿Cómo supo usted que se estaba preparando esta expedición? ¿Quién fue el contacto suyo para enrolarse?” Más que el contenido de las preguntas me molestó su tono.

Mi respuesta fue la siguiente: “Creo que, si usted tiene desconfianza, no es conmigo con quien debe investigar. Traje recomendaciones de los exiliados de Puerto Rico y es con ellos con quienes debe usted indagar si se puede o no confiar en mí”.

Frente a esa respuesta dicha con aplomo y mirándolo a los ojos, su actitud cambió por completo. No sé si averiguaría algo; pero de ahí en adelante su tratamiento fue muy cordial.

Durante esa visita al hotel Sevilla tuve los primeros indicios del tren organizativo de nuestra empresa. Me di cuenta de dónde recibía Arístides Sanabia las órdenes para las misteriosas diligencias que realizaba y que a veces lo mantenían por un día entero fuera del hotel. Más adelante me enteré de que aun la misma oficina del hotel Sevilla no era la principal en La Habana. Sabría que las esferas iban subiendo hasta llegar a la Presidencia de Cuba.

Noticias del campamento

Al día siguiente de mi visita al hotel Sevilla se presentó a la oficina del hotel Senado un joven cubano a quien antes había visto en conversación con Arístides Sanabia. Esta vez regresaba del campamento y delante de todos los presentes relató sus experiencias y aventuras. Era alto y delgado; pero ahora se veía más enjuto porque estaba barbudo y demacrado. La impresión que daba a primera vista era la de una persona que acababa de salir de la cárcel.

Contó cómo se vivía en el campamento, lo que se hacía, las levantadas por la madrugada al toque de diana, lo pobre de la comida y lo más deprimente de su relato fueron las dificultades que se pasaban en aquel sitio. Se quejó de que le habían robado algunas pertenencias.

La visita del aquel muchacho comenzó, si no a inquietarme, por lo menos a formarme una visión diferente a la que me había forjado de nuestro lugar de entrenamiento. Todavía no era más que una idea vaga que iría adquiriendo perfiles más destacados en la medida en que me acercara a esa escala de mi meta.

Después de la llegada de Miguel Ángel Ramírez, se aceleró el ritmo de los acontecimientos. Todos los días la salida parecía inminente. Sin embargo, todavía se aplazó por unos días más; pero fue grande el revuelo causado por esa llegada porque se comentaba que había arribado a Cuba en un barco preparado especialmente para la invasión y que era lo último que se esperaba para dar la señal de partida hacia el campamento y de ahí rumbo a Santo Domingo. Por eso no me sorprendió cuando una prima noche Arístides Sanabria nos dijo:

—“Prepárense, que mañana será la salida hacia el campamento”.



Integrantes del conjunto de baloncesto “Los Mosqueteros” de la Escuela Normal de Varones de Santo Domingo que jugó en Puerto Rico en 1940. En pie, de izquierda a derecha: Tulio H. Arvelo (periodista), Máximo Bernard, Gilberto Guerra, Federico H. Henríquez (Gugú), Minoco Thoman, Antonio Trueba y Máximo Llaverías (dirigente). En cuclillas y en el mismo orden: Rafael Núñez, Felipe Maduro (héroe y mártir de la Gesta del 14 de junio de 1959), Miguel Leyba, Máximo Mejía y Jorge (Cosaco) Klus.



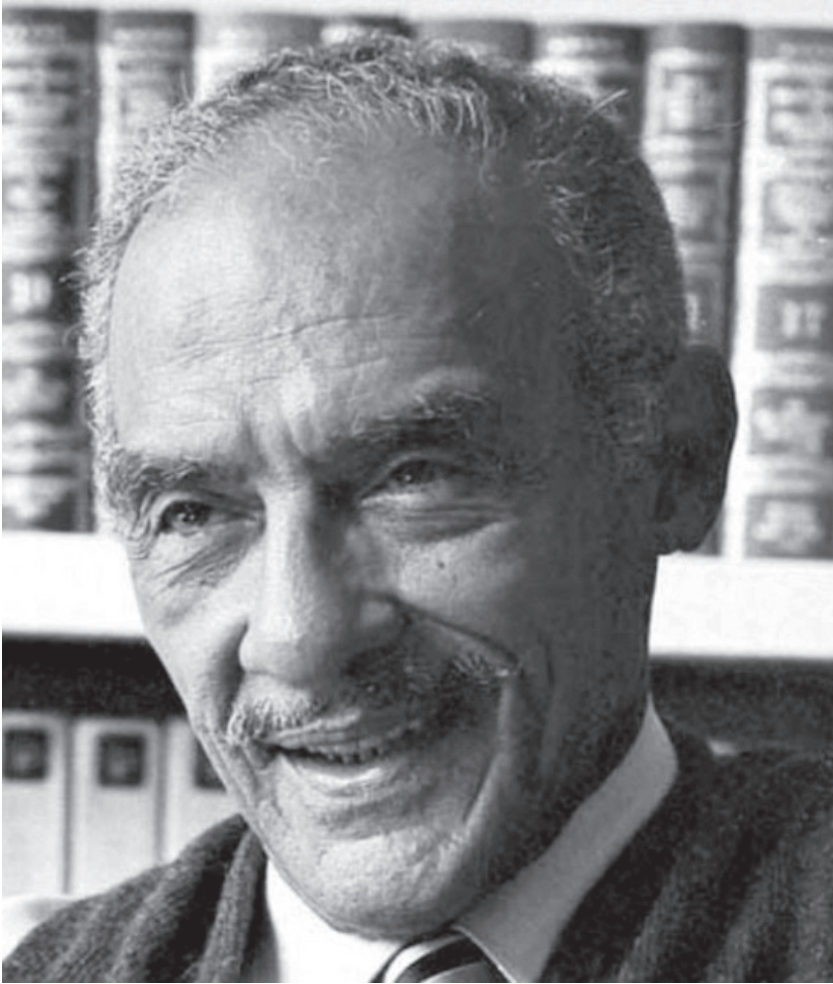
Gugú Henríquez dijo: “Yo trataré de arreglar eso”.



“Rubén Rey fue el contacto que se utilizó para enrolarme en esa empresa”. En 1959 sería uno de los héroes y mártires de la Gesta del 14 de junio.



“Ángel Morales estuvo presente en una reunión en Puerto Rico donde trazaron algunos preparativos respecto a la invasión”,



“Con Pedro Mir tenía un punto que no había tocado, su participación directa en la invasión”.

En camino hacia el cayo

Pero no fue el día siguiente sino tres días después, todavía muy temprano, cuando fueron a recogerme en un automóvil que ocupamos Pedro Mir y otra persona desconocida para mí. Llené mi mochila según las recomendaciones que nos hicieron. Entre lo que aconsejaron llevar estaba la leche condensada, el chocolate y algunas cosas más, lo que me causó alguna extrañeza pues creía que no debían faltar en una empresa de esa naturaleza.

En aquella época no conocía bien a Cuba. Por eso cuando el automóvil salió de La Habana no sabía hacia donde nos llevaban. Desconocía todas las ciudades y pequeños poblados que atravesábamos. Eso me importaba poco. Lo que contaba era que me acercaba a la última escala dentro de Cuba para de ahí partir hacia Santo Domingo en la invasión.

Bastante entrada la mañana avisté una bella y espaciosa bahía. Luego supe que era la Bahía del Mariel en la provincia de Pinar del Río. Esperamos un largo rato en un pequeño muelle hasta que al fin llegó una lancha a recogernos.

Había ancladas varias embarcaciones de diferentes tamaños y la lancha enfiló hacia un pequeño barco de aspecto bastante anticuado que más bien parecía destinado al comercio de cabotaje que a enfrentarse a las corbetas y a los aviones de Trujillo.

La lancha atracó a un costado de la nave y la abordamos.

Tuve una gran sorpresa al encontrar allí a muchos de los compañeros del hotel Senado a quienes suponía en el campamento. La más agradable impresión me la causó el

encuentro con Miguel Ángel Feliú Arzeno a quien todos llamábamos Miguelucho.

Poco después de mi llegada a la embarcación nos formaron en cubierta. Éramos unos veinte y cinco. Hizo su propia presentación un joven nicaragüense quien dijo ser el “capitán Tercero”. Al oír esto, tanto Pedro como yo pensamos que se trataba del tercer capitán en el rango de la tripulación que por tanto por encima de él había dos capitanes más. Más tarde salí de mi error cuando se aclaró que Tercero era su apellido y que en realidad era el segundo de Miguel Ángel Ramírez. Era un militar de carrera, veterano de varias conspiraciones contra el dictador Anastasio Somoza, de Nicaragua.

El capitán Tercero nos echó una larga arenga en un tono que me molestó. Como Miguel Ángel Ramírez todavía estaba en La Habana el nicaragüense era el comandante del buque y de ahí la arenga y las ínfulas que puso en ella. Años más tarde supe que fue asesinado en su país después de ser apresado en una de las tantas intentonas que se hicieron contra Somoza.

A la mañana siguiente me enteré de que durante la noche había llegado el comandante Ramírez acompañado de varias personas que nos acompañarían al campamento. Entre ellas se encontraban Arístides Sanabia y Rolando Masferrer.

Con este último me sucedió un incidente un tanto curioso. Oía que le decían: “El señor Masferrer” y yo interpretaba que su nombre era Max y su apellido Ferrer. Así que cuando tenía que interpellarlo lo llamaba “Señor Ferrer”. Nunca se dignó rectificar mi error.

Parte del tiempo que duró la travesía hacia el campamento en ese barco, que luego sería bautizado con el nombre de “El Fantasma”, la hice trabajando con Masferrer, clasificando la correspondencia que se llevaba a los expedicionarios.

Parece que hacía mucho tiempo que no se la llevaban puesto que había una gran cantidad acumulada.

Desde mi llegada al barco me había integrado en un pequeño grupo formado por Miguelucho, Pedro, un muchacho de Bonaó, nombrado Luis Velazco, a quien jamás he vuelto a ver, y dos o tres más cuyos nombres se han borrado de mi mente.

Nadie había mencionado el sitio en que se encontraba ubicado el campamento. En la madrugada del tercer día de navegación Masferrer dijo sin dirigirse a nadie en particular: "Allá se ve el cayó, ya estamos llegando. Aquel que se ve a la derecha es el cayó Romano. No sé el nombre del que está a la izquierda y el que tenemos al frente es el nuestro". Alguien le preguntó:

—¿Cómo se llama nuestro cayó?

—Cayo Confite, respondió lacónicamente. Era la primera vez que oía ese nombre.

Cayo Confite

Al principio era una línea en el horizonte. Pensaba que al acercarnos comenzarían a destacarse los accidentes de la costa con sus árboles y edificaciones; pero por más que nos aproximamos el cayó seguía siendo eso: una línea en el horizonte.

Cuando estuvimos bastante cerca lo único que pude diferenciar fue un grupo de personas que parecía se bañaba en la playa. Seguimos avanzando y el panorama no variaba. La impresión seguía siendo la misma: cientos de personas desnudas o semidesnudas disfrutando de un baño de sol y mar.

Como no había sitio en donde atracar, el barco ancló a unos cien metros de la playa. Mientras tanto ya habíamos sido rodeados por los que había tomado por bañistas y que eran en realidad los futuros expedicionarios.

En una pequeña chalupa habían llegado algunos, entre los que distinguí a Diego Bordas, aquel tan buscado por Trujillo en Puerto Rico. Otros que se habían acercado a nado subieron al barco encaramándose por el cable del ancla o por sogas que les tiraban desde la cubierta. Poco a poco y después de un pequeño esfuerzo fui reconociendo a antiguos compañeros.

Fue una grata sorpresa ver a Gugú Henríquez. Poco después de nuestra gira deportiva a Puerto Rico en 1940 se había ido a los Estados Unidos, en donde se enroló como voluntario en la Marina de Guerra al iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Al terminar el conflicto regresó a Nueva York. Allí hizo contacto con los exiliados y fue uno de los primeros en llegar al cayó.

A poco se recibió una orden: todos teníamos que desembarcar.

A pesar de que la primera impresión que recibí del tan esperado campamento no había sido muy halagüeña, me dispuse a abandonar el barco con el regocijo de quien se acerca a un anhelado objetivo mezclado con la curiosidad que despierta siempre el inicio de una etapa nueva en la vida.

El desembarco en el cayó con sus mil y tantos hombres armados de fusiles y prestos a arriesgar sus vidas en una lucha incierta para redimir los derechos de un pueblo, sobrepasaba los límites de mi joven imaginación.

Se nos alineó en la playa para anunciarnos que formaríamos parte del batallón "José María Cabral" comandando por el coronel Miguel Ángel Ramírez. Caminando en fila india llegamos a un extremo del cayó en donde estaría ubicada nuestra flamante unidad militar.

El comandante comenzó a dar órdenes: que si cavaran allí; que si pusieran aquel montón de tierra más allá... Envioó grupos por todo el cayó en busca de materiales para las

“chabolas”, especie de rústicas viviendas en las que sólo se podía permanecer acostado o en cuclillas, construidas con ramas de arbustos, maderas dejadas por la resaca y con cuantos objetos sirvieran para guarecerse de la lluvia, del sereno y del sol.

A mediodía nos reunió de nuevo para leernos lo que llamó la “primera orden”, en la que dio a conocer la lista de los oficiales con sus rangos. Comenzó por él mismo con el grado de coronel; luego el capitán Tercero, como segundo en el mando, y así sucesivamente hasta que para mi gran sorpresa mencionó mi nombre con el grado de “capitán encargado del cuerpo médico”.

En la primera oportunidad que tuve, después que leyó toda la lista, me acerqué y le dije: “Coronel, creo que hay un pequeño error. Ud. me ha nombrado capitán, jefe de la brigada sanitaria; pero yo no soy médico”.

—¡Que usted no es doctor! —exclamó sorprendido.

—Sí, soy doctor; pero en derecho.

—¡Ah! usted es abogado.

Esto último lo dijo sin siquiera mirarme, y dándome las espaldas agregó:

—“Esta bien, entonces después hablaremos”.

Acababa de perder mi grado de capitán y hasta la estimación de Miguel A. Ramírez, quien había sufrido un gran desencanto porque creía tener un médico entre sus filas y se encontraba con que era un abogado lo que tenía entre manos.

Después de ese incidente me sentí libre de mis ataduras con el batallón “José María Cabral”. De ser médico hubiera tenido que seguir en su Estado Mayor. Al sentirme liberado de ese deber me puse a vagar en compañía de Pedro.

Naturalmente había muy poco que ver. Dentro de la pequeña área del cayo vivían hacinados unos 1,300 hombres. Fui enterándome poco a poco de como estaban distribuidas

las tropas en los batallones “Antonio Guiteras”, “Luperón”, “Máximo Gómez” y “Sandino”.

Oigo una voz que me llama. Al volver la cara de primera intención no reconocí a quien me llamaba. Vi salir de una chabola, una de las mejores que había porque era una especie de cabaña india, a una persona alta y delgada con un quepis, espejuelos ahumados y muy barbudo. Trabajo me costó reconocer a Horacio Julio Ornes, que salía con los brazos extendidos a saludarme.

Éramos amigos desde la adolescencia y me alegró mucho encontrarlo allí.

—¿Vives ahí?, le pregunté mientras nos abrazábamos.

—Sí, vivo aquí solo, si quieres puedes quedarte conmigo.

—Agradezco tu ofrecimiento; pero ni siquiera sé dónde me voy a ubicar. Acabo de llegar.

—¡Ah!, llegaste en el “Fantasma”.

Su actitud me pareció un poco extraña porque no se movió de su chabola a la llegada del barco. Luego supe que ello se debió a que había tenido algunas divergencias con don Juan Rodríguez, el jefe supremo de la expedición.

Esa tarde la pasamos Pedro y yo vagando por el cayó. Encontramos a muchos conocidos. Saludamos a Juan Bosch, a Dato Pagán, a Chito Henríquez, a Danilo Valdez y a muchos otros más. Cada uno nos contaba una parte de la vida que se hacía en el cayó a la espera de la partida. Respecto a esto último, Danilo Valdez, con un fatalismo que a la postre resultó profético, nos dijo que de allí saldríamos para las cárceles cubanas.

Nos enteramos de cómo estaba organizado el campamento militarmente, de sus líderes y jefes. Los comandantes de los batallones eran Masferrer, Eufemio Fernández, Rivas Montes y Diego Bordas.

También supimos que el Estado Mayor de la expedición lo encabezaba don Juan Rodríguez y que en él ocupaban

cargos de importancia don Manuel Calderón, Virgilio y Víctor Mainardi, Nene Miniño y Feliciano Maderne, un cubano veterano de más de una empresa conspirativa contra el dictador Gerardo Machado.

Nos enteramos de que en el orden político se había integrado una junta que gobernaría a la caída de Trujillo. La presidía don Juan Rodríguez y los demás miembros eran Ángel Morales, Juan Bosch, Leovigildo Cuello y Juan Isidro Jimenes Grullón.

Quien nos enteró de la existencia de la junta fue Danilo Valdez y a seguidas hizo el siguiente comentario: “Pero ya algo anda mal en ese organismo. Se dice que Juan Bosch es prácticamente un prisionero en el cayo mientras los otros, a excepción de don Juan Rodríguez, se pasean por La Habana”. Al oír esa expresión me creí en el deber de recordarle que tanto Ángel Morales como Leovigildo Cuello habían venido con nosotros y que por tanto se habían integrado a la expedición.

Danilo Valdez, que se preciaba de ser un profundo conocedor de las intimidades del exilio dominicano, nada contestó a esa observación mía. Se limitó a sonreír mientras me miraba fijamente a los ojos. El significado de su sonrisa y de su mirada no lo comprendí sino algunos días después. En una de esas vueltas nos encontramos con Moisés de Soto.

—Los estaba buscando, dijo. Hace días esperábamos su llegada. Este barco ha sido bautizado con el nombre de “El Fantasma” porque todos los días se decía que venía; pero nadie lo veía.

Según él, era lo último que se esperaba para iniciar la invasión. Hacía un mes que estaban en el cayo en espera de algunas cosas que trajo nuestra embarcación: armamentos, medicinas, etc. para salir hacia Santo Domingo.

Luego agregó: “Voy a presentarlos al general Juan Rodríguez”.

El Cuartel General era la única casa que había, si se le podía dar ese nombre a la choza de un pescador que al llegar el primer grupo fue desalojado de su vivienda para ser ocupada por el Estado Mayor de la expedición.

Allí nos presentaron a don Juan Rodríguez, de sesenta y tantos años, pero todavía muy fuerte, de constitución robusta, muy conversador, con el hablar típico del campesino dominicano.

Don Juan nos saludó con un abrazo efusivo. Estaba enterado de mi caso por Moisés de Soto. Así que, delante de todas aquellas personas acababa yo de recibir el espaldarazo definitivo. Inmediatamente le presenté a Pedro, a quien ya conocía de nombre.

Después de cumplir con ese trámite oficial, Pedro y yo abandonamos aquel recinto. Fue la primera y la última vez que estuve allí.

Seguimos vagando y volvimos al sitio en donde estaba acampando el batallón "José María Cabral". Ya se habían comenzado a construir las chabolas. Miguelucho había encontrado una especie de cueva entre dos grandes piedras en la que había colocado unas ramas. Yo tenía una frazada y allí dispusimos Miguelucho, Pedro y yo nuestra vivienda.

No me había preocupado la cuestión de la comida porque tenía leche condensada y algunas galletas. Además, como había comido en el barco no tenía hambre.

Al caer la tarde alguien nos preguntó:

—¿No van al cine?

—¿Al cine?

—Si todas las noches pasan películas instructivas acerca de la guerra.

—¿Y dónde las exhiben?

—Aquí mismo. Ponen el telón en la playa, montan el aparato y todo el que quiere "va al cine".

Efectivamente, después que cayó la noche, Pedro, Miguelucho y yo fuimos a ver el espectáculo. Nos sentamos en la arena y a poco comenzamos a ver una película de guerra. Cuando más entretenido estaba oí una voz que gritaba: "Coca-Cola, bien fría". Di un salto y llamé al que voceaba. Aquello fue motivo de una risotada general. No había Coca-Cola ni nada que se le pareciera. Siempre que llegaban novatos les hacían lo mismo. Después que terminó el espectáculo nos fuimos nuestra cueva. Por suerte esa noche no llovió.

Al día siguiente bien temprano me despertó un toque de corneta. Ya si tenía un poco de hambre. Me habían dado un jarro de aluminio. Me coloqué en una fila. Me dieron un pedazo de pan, me echaron café con leche y así hice la primera comida regular en Cayo Confite.

Esa mañana de clara visibilidad en el horizonte, se armó un corre corre acompañado de un enorme griterío. Fui a indagar y alguien me dijo: "Se están embarcando en "El Fantasma" y van a partir". Pensé que se trataba de la salida hacia Santo Domingo. Pedro y yo corrimos en busca de noticias. A los que preguntamos ninguno sabía lo que estaba sucediendo. Vimos desde la playa como se alejaba el "Fantasma".

Después supe de qué se trataba. Mon Febles, un dominicano, viejo lobo de mar, vio un barco en el horizonte y gritó a viva voz: "Ese es el "Angelita" de Trujillo. Lo conozco porque fui su capitán durante muchos años".

Aquella exclamación corrió como pólvora y se resolvió capturar la nave trujillista para hacer la primera presa de la expedición.

Se organizó un grupo comandado por Diego Bordas y se hicieron a la mar. La cacería del "Angelita" duró tres o cuatro horas y cuando lo capturaron lo llevaron al cayo en medio de una gran algarabía. Desembarcaron la tripulación

compuesta por el capitán, un viejo marino dominicano llamado Valeriano Brito y cuatro marineros en los que se encontraba un pariente del capitán de su mismo apellido.

Entre los expedicionarios que apresaron el barco había un muchacho también de apellido Brito, emparentado con los otros dos y en cuyo destino influiría esta captura del “Angelita”. Años después Trujillo le cobró con la vida su participación en este hecho.

Todos los tripulantes, a excepción del capitán, expresaron su deseo de unirse a la empresa. Dijeron: “Nosotros no somos trujillistas y estamos de parte de ustedes”.

A pesar de que se le amenazó con fusilarlo, el capitán Valeriano Brito expresó que no traicionaría a Trujillo, que hicieran lo que quisieran con él: pero que no se pasaba a las filas de la expedición. Fue el único que permaneció confinado en una punta del cayo mientras los demás vivieron libremente.

Más tarde, ya fracasada la expedición, supe que a excepción del marino Brito, pariente del capitán, todos los demás fueron devueltos a Santo Domingo a instancias suyas. No sé cuál fue el destino de esos muchachos.



“La más agradable impresión me la causó el encuentro con Miguel Ángel Feliú Arzeno a quien todos llamábamos Miguelucho”.



Arístides Sanabia hizo el viaje a Cayo Confite en "El Fantasma".

La vida en Cayo Confite

Desde antes de mi llegada corría de boca en boca la versión de que habían fusilado a Billo Frómata y a Manuel Álvarez porque intentaron desertar del cayo, un crimen que se castigaba con la muerte.

Esa especie me causó un gran pesar porque los conocía a ambos. Billo Frómata, una gloria de la música popular dominicana, y Manuel Álvarez, un amigo de la infancia.

Más tarde con alegría me enteré, después que pasó todo, que no era cierto lo del fusilamiento. Habían abandonado las filas de la expedición antes de llegar al cayo.

Desde La Habana se les envió a Venezuela en donde todavía ejercen sus respectivas profesiones de médico y de músico de grandes éxitos. Se trataba de una artimaña para amedrentar ya que por las condiciones en que se vivía se tenía el temor de que otros intentaran abandonar la empresa.

Escaseaban el agua y la comida y las condiciones higiénicas eran sumamente malas. Se utilizaba como retrete una porción extrema del cayo detrás de unos arbustos y las materias fecales criaban una cantidad de moscas incalculables que constituían un grave foco de infección. Algunas personas, Cotubanamá Henríquez entre ellas, tuvieron que ser evacuadas con gastroenteritis o con fiebre tifoidea. Para comer con sosiego había que internarse en el mar hasta que el agua le llegara a la cintura. No sé por qué extraña razón las moscas no llegaban hasta más de un metro de la orilla.

El tiburón fue un acontecimiento

Se trataba de evitar que algunas ráfagas de viento o la cuchara con la que se movían los alimentos llevaran arena a la comida; pero siempre se comía con arena, comentaba Danilo Valdez con su acostumbrada fina ironía.

Hubo momentos de hambre, hasta el extremo que en una ocasión la pesca de un tiburón constituyó un favorable acontecimiento puesto que fue descuartizado y asado y a pesar de tener un fuerte sabor a aceite de hígado de bacalao fue ingerido como un plato succulento.

En el cayo reinaba una atmósfera de fracaso. Muchos tenían ya un mes allí cuando llegué y no había ningún indicio de que la expedición saldría hacia Santo Domingo. Ni siquiera había algún signo que remotamente indicara tal posibilidad. Los acontecimientos iban a revelar después que en realidad estábamos confinados en aquel islote estrictamente bajo vigilancia y control. Los aviones de la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica que lo sobrevolaban diariamente eran una evidencia de ello.

Se constituyeron una serie de partidos políticos y de agrupaciones revolucionarias de todo tipo.

Había varios focos de liderato en aquel ambiente tenso y hostil hasta el extremo de que en alguna ocasión el batallón de Eufemio Fernández y el de Masferrer se pusieron en zafarrancho de combate. De llegar a los hechos aquello habría sido una carnicería porque hubiera sido difícil escapar ileso de una acción de ese tipo.

Un complot para asesinar a Bosch

Un joven cubano de apodo “Cascarita” fue arrestado por una falta a la disciplina y a otro a quien llamaban “Mejoral” se le había encomendado su custodia. Durante el arresto

tuvieron un altercado y cuando el preso fue puesto en libertad y le entregaron su rifle, le disparó a su antiguo carcelero casi a quemarropa y le destrozó el vientre con una bala explosiva. Fue un espectáculo deprimente que contribuyó a agravar la situación psicológica de la gente.

Como no se tenían noticias ciertas de la partida hacia Santo Domingo, surgían los más extraños rumores que pronto se disipaban para volver a renacer cada vez más alarmantes. Durante la noche los disparos eran frecuentes. Se disparaba sin ninguna razón válida, por lo que había que dormir con grandes precauciones.

Un día fuimos Pedro y yo a saludar a Juan Bosch, que ocupaba una especie de enramada en un extremo del cayo y lo encontramos acostado en una hamaca con una pistola al alcance de la mano debido a los rumores de un complot para asesinarlo. Bosch utilizó como medio de contrarrestarlos una frase que circuló profusamente. Dijo: “Me podrán matar en el cayo, pero yo soy un muerto muy hediondo”.

Quien sabe en qué medida esto detuvo las intenciones que efectivamente parecía que abrigaba alguien.

Si esta expedición hubiera llegado a Santo Domingo en sus comienzos, o sea, dos meses antes, es posible que el elemento sorpresa, sumado a la combatividad de los expedicionarios, hubiera creado una situación muy difícil para el régimen de Trujillo. Sin embargo, parece que nunca estuvo en las intenciones de algunos de sus organizadores cubanos el llevarla a Santo Domingo.

De los 1,300 hombres, los dominicanos no éramos ni 400. La inmensa mayoría eran cubanos. La intención de ir a liberar a Santo Domingo era realmente un ideal de muchos de ellos. Pero también había algunos que al margen de los ideales estaban allí por espíritu de aventura y no pocos por afán de lucro.

Había elementos que procedían de los bajos fondos de Cuba, gente alevosa como se vio en el incidente entre “Cas-carita” y “Mejoral”. Se decía entre los dominicanos que algunos cubanos habían hecho mapas de la ciudad de Santo Domingo donde se indicaban las ubicaciones de los bancos y de las joyerías de Prota y la de Oliva, las dos más importantes de esos días. Por eso había entre los dominicanos el temor de que ese pequeño grupo de aventureros entrara al saqueo desenfrenado de la ciudad sin que los animara ningún ideal liberador.

Por suerte esos constituían una minoría. Lo que sí era atendible es que la mayoría era gente agresiva, fogueada, bien armada, bien entrenada y numerosa y que el régimen de Trujillo no estaba preparado en aquella época para resistir una invasión de ese calibre. Nunca se organizó una expedición tan fuerte ni en un momento más oportuno.

La hamaca del ingeniero Castillo

Fueron muchos los incidentes tragicómicos que surgieron de la permanencia de esos 1,300 hombres en aquel inhóspito lugar. Relataré dos que por su naturaleza ponen de relieve el ánimo que reinaba entre ellos.

Además de las películas, se organizaban concursos de canto y hasta de bailes. Una noche, mientras se celebraba uno de canto, el maestro de ceremonia había puesto una lata de leche condensada en la arena entre sus pies, y con mucha teatralidad se incorporó y dijo: “Ahora vamos a elegir, con sus aplausos, el mejor cantante, y el que obtenga el primer lugar será premiado con esta”..., pero al agacharse para coger la lata de leche condensada ya se la habían robado. El gesto de aquel maestro de ceremonia al manotear en el vacío para coger la lata y darse cuenta de que se la habían llevado y el estupor reflejado en su rostro, fueron motivo de

una gran risotada de los casi 500 o 600 hombres allí reunidos. Al ser robado el premio al mejor cantante, se desbarató el concurso. Además, el maestro de ceremonia quiso pelear con todo el mundo.

Los objetos más codiciados eran las hamacas. El que tenía una podía decir que disfrutaba de una fortuna. Los pocos que las poseían las cuidaban como lo que eran, un verdadero tesoro. Se daban casos de personas que andaban constantemente con la suya amarrada en bandolera; les decían los maqueyes porque llevaban su casa a cuestas.

El ingeniero Narciso Castillo tenía una hamaca y se vanagloriaba de que nadie podía robársela sencillamente porque para hacerlo había que matarlo. La amarraba en la parte exterior de una pared del Cuartel General de manera que, aunque no se podía mecer, aprovechaba su sombra para dormir la siesta.

Un día se combinaron dos y uno gritó cerca del oído del ingeniero: ¡fuego! Este despertó sobresaltado y se alejó unos pasos a averiguar lo que pasaba. En unos segundos, los dos que se habían combinado cortaron las sogas de la hamaca y la enterraron en un hoyo que ya tenían preparado. El pobre Castillo jamás volvió a dormir en ella.

Bandos y nombramientos

Todos los días a las seis de la tarde se celebraba una especie de asamblea. Se reunían todos los batallones en cuadro y desde el centro se leían los bandos con la orden del día. Se anunciaban los diferentes nombramientos, los ascensos, los castigos. En una palabra, se enteraba a la tropa de las últimas decisiones tomadas por el alto mando.

Con la expectativa de los nombramientos me dispuse a oír con interés el bando que estaba a punto de comenzar. Sin embargo, no fue sino hasta el sexto día de estar allí

cuando oí mi nombre. Se me nombraba imponente de mensajes y se me asignaba al barco "Berta". A Toñín Bonilla lo asignaron al "Aurora" y a Purro Alfonseca al "Fantasma". Todos con el grado de tenientes.

Aquel traslado tenía varias significaciones. La primera era que debía separarme de Pedro. Además, a bordo se comía mejor y no se dormía a la intemperie. Tampoco había tantas moscas, como en la playa. Tendría más alternativas porque el "Berta" era el buque de enlace entre el cayo y tierra firme. En él se traían las provisiones y el agua potable, inexistente en el cayo.

A bordo del "Berta"

A la mañana siguiente me despedí de Pedro, lle mis bártulos y me trasladé a bordo. Allí reinaba un ambiente completamente distinto.

El capitán era un cubano llamado Nilo Martínez y el maquinista Mon Febles, el viejo lobo de mar que había identificado al "Angelita". En la tripulación de cinco hombres había otro dominicano, un muchacho que nunca dijo su verdadero nombre y que perteneció al ejército de Trujillo.

Cuando me reporté ante el capitán y notifiqué cual sería mi ocupación no me comprendió ni le interesó mucho mi presencia ni la naturaleza de mi trabajo.

La persona con quien debía laborar más estrechamente era el telegrafista, un joven cubano de apellido Pino. Ese sí entendió lo que significaba ser "imponente de mensajes" y lo explicó a sus compañeros. Pronto me integré de lleno en el seno de la tripulación.

Poco después de mi llegada el capitán me había dicho: "Aquí no hay camarotes. El barco solamente tiene dos. Uno lo ocupo yo y el otro el maquinista. Usted tendrá que buscar el sitio que más le acomode para dormir..."

Le contesté:

—No hay problema. Por más incómodo que sea, aquí se está mejor que en tierra.

—¡Ah! como eso sí, además aquí la comida es mejor.

No fue sino a los seis días de mi permanencia en el “Berta” cuando zarpamos hacia Nuevititas en la bahía del mismo nombre, que era el puerto de contacto con el cayo.

En esa ocasión regresaban a La Habana todos los que estaban de visita en el campamento. Ángel Morales, Aristides Sanabria y Leovigildo Cuello se encontraban entre ellos. También llevábamos como prisionero a Valeriano Brito, capitán del Angelita.

La travesía duró de siete a ocho horas. Todo fue normal, no hubo ningún incidente de importancia. Durante la trayectoria, como era de día, todo el mundo se la pasó conversando.

Yo tenía sumo interés en oír lo que decían aquellas personas tan importantes. Quien más habló fue Leovigildo Cuello. Ángel Morales habló poco.

Transcurrió el tiempo, muy a mi pesar, entre conversaciones intrascendentes. Me sentí algo defraudado pues esperaba que Cuello y Morales dieran más detalles dado que eran dos personas que seguramente estaban enteradas de muchas cosas, de muchos pormenores que hubiera querido conocer. Pero en ese momento no querían, o no podían, hablar de esos asuntos.

El telegrafista tenía que hacer una guardia cada tiempo determinado a fin de captar los mensajes. Si había alguno en clave me lo daba para descifrarlo.

De cuando en cuando me iba a la tertulia y siempre me encontraba con temas sin importancia. Volvía a la cabina del telegrafista a ver si se captaba la tan esperada orden de salida hacia Santo Domingo.

En Nuevititas había un destacamento de la Marina de Guerra Cubana y cuando llegamos el capitán nos dijo que

no desembarcáramos porque como aquello era recinto militar era posible que tuviéramos problemas. Sin embargo, no fue así puesto que siempre hubo una franca camaradería entre los marinos cubanos y nosotros.

Después de más o menos un día en Nuevititas, y de haberse quedado los que seguirían viaje a La Habana, el barco despegó y fue llevado al otro lado de la bahía, a Pastelillos, donde se haría la reparación de una de sus hélices. Anclamos alejados del muelle de manera que se podía utilizar una chalupa si se quería ir a tierra en donde siempre había muchas personas que iban a saber de sus familiares enrolados en la expedición. Pasamos varios días bastante entretenidos con aquella gente a quienes siempre se les daba alguna noticia de sus parientes. Surgían preguntas como: ¿Cuándo se van? ¿Ustedes vieron a fulano de tal? Llénenmele esta carta”. Algunas veces uno de los nuestros daba noticias acerca de alguien y después nos decía: “En realidad yo a ese tipo jamás lo he visto, pero a esta gente hay que decirles mentiras piadosas para que crean que sus parientes están bien. ¡Ay! si ellos supieran las marejadas que están pasando allí”.

Un día llegó al barco un cubano a quien apodaban “Cubino”. La persona más simpática y de lenguaje más pintoresco que conocí durante esta aventura. Cubino había sido abandonado recién nacido en el torno de la Casa de Beneficencia de La Habana. Allí vivió hasta que se hizo hombre. Había sido contratado como segundo maquinista y llegaba a ocupar su puesto. ¡Cuántas enteras noches pasábamos oyendo los chistes, los cuentos, las historias de Cubino! ¿Dónde estás ahora Cubino? ¿Qué será de él? ¿Cuál habrá sido su papel en los últimos acontecimientos de Cuba? Eso, tal vez, nunca lo sabré.

Dos o tres veces al día, un guardacostas de la Marina de Guerra Cubana se acercaba a nuestro barco y su tripulación nos saludaba afectuosamente.

Algunas veces entregaban algunas cosas que nos habían llevado a la comandancia de Nuevitás. Existía una verdadera camaradería con esos marinos cubanos, quienes, desde luego, estaban enterados del motivo de nuestra presencia.

El capitán Nilo Martínez estaba muy pesimista respecto a la reparación que debía hacerse al "Berta". Decía que en Pastelillo era muy difícil que pudieran arreglarle la hélice porque habría que varar el barco y allí no tenían astillero. Además, que eso tomaría mucho tiempo. El destino de los hombres del "Berta" era incierto porque la reparación iba a tardar como decía Nilo Martínez, y mientras tanto llegaba la orden de salida, nos quedaríamos en Nuevitás. Era una situación muy extraña. Tenía la impresión de que algo raro pasaba porque como estaba pegado al telegrafista me enteraba de los mensajes que se cruzaban.

El mensaje que descifré

Una tarde descifré uno en el que el propio presidente de Cuba urgía la presencia de don Juan Rodríguez en La Habana. ¿Qué querría? ¿Qué sucedería? ¿Sería para dar la orden de salida? Como ese mensaje no era para nosotros nada dije a los demás de su contenido ya que mis instrucciones me prohibían divulgar lo que no estuviera dirigido a nosotros. En ese último caso debía comunicarlo al capitán del barco para que actuara en consecuencia.

Sin embargo, de ese mensaje, enteré a Pino, el telegrafista. Su comentario fue muy pesimista: "¿Qué pasará? ¿Por qué tienen que mandar a buscar al general Rodríguez a La Habana? ¿Qué será? ¿Habrá fracasado todo?"

En realidad, la palabra "fracaso" siempre estaba en labios de todo el mundo por el tiempo transcurrido desde la llegada al cayo sin que hubiera manera de que se saliera de allí. Sobre todo, porque se sabían vigilados. Todos los días continuaban sobrevolando el campamento aviones de la

Embajada Norteamericana desde los cuales sus camarógrafos tomaban películas. Ya todos sabían que aquello no era cosa secreta, que todo el mundo lo sabía y que de momento podría suceder lo que en realidad sucedió más tarde.



En Cayo Confite, expedicionarios observando la llegada del buque "Fantasma", mientras a la izquierda está el "Aurora". (Foto tomada del libro *La expedición de Cayo Confites*, de Humberto Vázquez García).



La presencia diaria de los aviones de la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica eran una evidencia de que estábamos bajo estricta vigilancia y control.



Danilo Valdez, quien diez años más tarde sería uno de los mártires de las Gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo.



De izquierda derecha: Británico Guzmán, Juan Bosch, Víctor Mainardi Reina, mártir de la Gesta de Constanza Maimón y Estero Hondo y Rolando Masferrer.



La motonave Angelita, capturada por los expedicionarios, fue su única acción victoriosa. (Foto AGN).



Expedicionarios en Cayo Confite, en 1947. (Foto tomada del libro *La expedición de Cayo Confites*, de Humberto Vázquez García).



Panorámica de expedicionarios en Cayo Confite, en 1947. (Foto tomada del libro *La expedición de Cayo Confites*, de Humberto Vázquez García).

El comienzo del fin

Un mediodía teníamos sintonizada la radio. Suspendieron la música y comenzaron a dar noticias de última hora. Sonaba un clarín y el locutor decía: ¡ÚLTIMA HORA! ¡ÚLTIMA HORA! y anunciaba a seguidas que se había desatado un tiroteo en el reparto Orfila de Marianao. Se trataba del enfrentamiento de dos bandos políticos rivales que habían sido armados por el presidente Grau San Martín. Miembros de uno de los grupos habían rodeado la casa donde almorzaban algunos de los principales líderes del otro. Los dirigentes de dichas facciones eran, por los sitiadores, el comandante Mario Salabarría y por los sitiados el comandante Emilio Tró, quien con otros compañeros visitaba la casa del comandante Morín Dopico.

El tiroteo duró varias horas. Algunas personas que intentaron salir de la casa de Morín Dopico fueron acribilladas a balazos por las huestes de Mario Salabarría. La esposa de Morín Dopico había intentado salir con el comandante Emilio Tró, quien pensó que al salir con una dama no le tirarían; sin embargo, ambos fueron acribillados a balazos con la agravante de que la dama estaba en estado de gravidez.

Después de la muerte de su esposa, Morín Dopico salió con una niñita en brazos lo que le salvó la vida. Hubo otros muertos y varios heridos de gravedad.

Más tarde conversé en la cárcel con algunos de los detenidos por el suceso de Orfila. Entre ellos había uno de apellido Sabater a quien le pregunté por qué se le había salvado la vida a Morín Dopico y sin embargo la mujer había sido acribillada a balazos. Sabater me contestó con una

sonrisa: “Bueno, ya le habíamos matado a la mujer y nos dio qué sé yo matarle la hija”.

Este suceso del reparto Orfila tuvo una repercusión decisiva en el destino de los hombres de Cayo Confite.

Después de este sangriento hecho se desató una persecución en La Habana y en toda Cuba contra los grupos políticos rivales. Entre las medidas que se tomaron estuvo el registro de la finca “América” perteneciente al senador Manuel Alemán. Allí estaban depositados todos los armamentos que se suponía iban a ser utilizados por los aviones que acompañarían a la expedición de Cayo Confite y también algunas de las armas especiales como bazucas, bombas, etc., las que fueron incautadas por la Policía.

Esa rivalidad entre los grupos políticos de La Habana se reflejaba en la composición de la gente que estaban en el Cayo. Entre los propios comandantes de los batallones la rivalidad más fuerte era la que existía entre Eufemio Fernández y Masferrer.

Cuando se supo la noticia de las muertes de Emilio Tró y de la mujer de Morín Dopico y de la participación de Mario Salabarría en esos hechos, la situación hizo crisis sobre todo porque en esos momentos don Juan Rodríguez estaba en La Habana atendiendo a la invitación contenida en aquel mensaje del presidente Grau que yo había descifrado.

Como en esos momentos me encontraba en la bahía de Nuevitás a bordo del Berta no presencié los acontecimientos que sucedieron en el Cayo, entre otros el desacato a la autoridad de don Juan Rodríguez, la salida precipitada y el voraz incendio que borró las huellas de los expedicionarios. Más adelante relataré con lujo de detalles lo sucedido, gracias al testimonio de Pedro, quien fue testigo ocular de esos incidentes.

Después que había pasado el tiroteo, a eso de las 4:30 de la tarde, estaba leyendo sentado en una de las cubiertas

cuando al llegar una lancha de la Marina de Guerra Cubana que se pegó al barco, varios marinos armados de ametralladoras nos abordaron. Uno de ellos, amigo mío por las veces que había estado a bordo, me encañonó por las costillas y dijo: "Bueno, vamos preso, que ya se acabó esta aventura".

Las prisiones cubanas

Mi primera impresión fue que se trataba de una broma. Por eso ni siquiera le hice caso y seguí la lectura. Pero el empujón que me dio con el cañón de la ametralladora por entre las costillas me hizo comprender que aquel marinero otrora tan cordial y afectuoso hablaba en serio.

Todos fuimos sacados del barco, casi a empellones y llevados en la lancha a la comandancia del puerto. El tratamiento que nos dieron de ahí en adelante fue completamente diferente al que daban a los que iban casi todos los días a Nuevitas. O sea, que de compañeros y amigos nos habíamos convertido en sus prisioneros y como a tales nos trataron en lo adelante.

Pasamos toda esa tarde encerrados en una especie de almacén y allí mismo dormimos después que como a las ocho de la noche nos dieron de cena pan con chocolate.

En la mañana del día siguiente nos trasladaron a la ciudad de Camagüey en un camión completamente cubierto con una lona. Fue un viaje que duró casi toda la mañana, en el que las incomodidades fueron innumerables, debido al traqueteo del camión, al calor infernal que hacía bajo la lona y al hambre y la sed que sufrimos porque la última comida regular la habíamos hecho a las doce del día anterior.

Jesús Sosa Blanco

Del camión nos trasladaron directamente a un avión que nos esperaba para llevarnos a La Habana. Si el tratamiento

que nos dio la Marina al hacernos presos fue malo, cuando caímos bajo la jurisdicción del Ejército en Camagüey la cosa empeoró de tal manera que a un miembro de la tripulación que tardó un poco más de lo debido para bajar del camión, le propinaron algunos pescozones mientras le decían: “Camine rápido que aquí no nos andamos con juegos”. Quien así actuó y habló fue un oficial cuya cara, por lo feroz de su gesto, se me quedó grabada en la memoria. Tan grabada se me quedó que doce o trece años más tarde pude identificarlo entre los esbirros de la tiranía batistiana que pagaron con su vida frente a un pelotón de fusilamiento por sus crímenes contra el pueblo. Su nombre: Jesús Sosa Blanco.

Las precauciones que se tomaron a bordo del avión fueron verdaderamente extremadas. Se nos esposó a una cadena y siempre tuvimos a un soldado apuntándonos con una ametralladora durante todo el tiempo que duró el viaje.

Al llegar a La Habana el avión aterrizó en el Campamento de Columbia. Nos zafaron de la cadena; pero nos dejaron las esposas mientras duró el trayecto hasta las celdas en donde nos encerraron.

Éramos catorce los componentes de la tripulación del “Berta” y fuimos los primeros prisioneros de los mil trescientos hombres que componían la ya frustrada Expedición de Cayo Confite. Permanecimos juntos durante ese día y el tratamiento mejoró en relación con el de los primeros momentos.

Al día siguiente de nuestro arribo a Columbia noté un movimiento inusitado. La tranquilidad que reinaba en aquel recinto carcelario fue rota con la llegada de otro grupo de presos. Eran unos quince o veinte expedicionarios, todos jóvenes cubanos, que habían desertado en el Cayo Santa María durante una de las tantas paradas que hizo uno de los barcos en su huida después de la desbandada que se produjo en Cayo Confite.

Este nuevo grupo hizo su entrada a las celdas en medio de grandes protestas y exclamaciones. De tal magnitud eran esas expresiones que me sorprendió que no fueran reprimidas. Más tarde me enteré de que la razón de esa pasiva actitud de las autoridades se debió a una orden superior en la que se recomendaba buen trato para los frustrados expedicionarios. Este grupo fue colocado en una celda aparte de la nuestra.

Genovevo Pérez Dámera

La misma noche de la llegada de estos muchachos se presentó un oficial a nuestra celda y ordenó a todos los dominicanos que lo siguiéramos. Aquello suscitó algunas discrepancias entre los hombres del "Berta". Alguien opinó que no debíamos salir de la celda si no era el grupo entero. Otro, más alarmista todavía, dijo a voz en cuello que si nos iban a matar que nos mataran a todos juntos. El oficial tomó la cosa con calma y sin alterarse dijo que el General Genoveva Pérez Dámera, Jefe Supremo del Ejército Cubano, quería conversar con los dominicanos.

No sin alguna preocupación, Mon Febles, el exsoldado de Trujillo y yo salimos de la celda acompañados por el oficial quien, efectivamente, nos llevó frente al general Pérez Dámera. Este nos esperaba en compañía de varios oficiales de alta graduación mientras conversaba con los prisioneros del cayo Santa Marta.

El general se levantó de su asiento y nos saludó con la proverbial campechanía cubana. Luego en tono serio nos dijo: "Ustedes fueron 'embarcados' por Masferrer y sus cómplices. Ustedes creían que la expedición se preparaba contra Trujillo; pero en realidad lo que querían los cubanos era derrocar al Presidente Grau".

Para esos días todavía no estaba familiarizado con el léxico popular cubano por lo que no comprendí lo que quiso decir el general con eso de que fuimos “embarcados por Masferrer”. Luego supe que se refería a que fuimos engañados, esto es, “embarcados” como fardos a un destino que no conocíamos.

Pronto conocí los móviles tanto de la cordialidad de nuestro circunstancial anfitrión como de nuestra presencia en su lujoso despacho.

—Pasemos por aquí para que vean algo muy interesante, dijo, levantándose de su asiento no sin algún trabajo debido a las trescientas libras que pesaba su humanidad.

Lo seguimos hasta una pequeña sala de proyecciones en donde nos pasaron algunas de las películas que se habían tomado en Cayo Confite. ¿Cómo había llegado a manos de Genovevo?, fue la pregunta que me hice de inmediato; pero hallé la respuesta en parte cuando me acordé de los camarógrafos de la Embajada Americana que todos los días sobrevolaban el cayo.

Esas películas fueron de mucha utilidad para mí, puesto que me enteré de muchas cosas que no sabía. En ellas se vieron escenas de los primeros que llegaron al campamento, de los preparativos previos a esa llegada y de muchos otros detalles que me hicieron pensar que no solamente los aviones de la embajada tomaron las incidencias que vimos en la pantalla. Por ejemplo, vi una escena en la que algunos líderes se dirigían a las tropas en formación en algunos sitios que no eran el cayo. Cada vez que salía uno de esos personajes, Genovevo preguntaba en voz alta que si alguien lo conocía. Casi a coro los cubanos decían: “Ese es Manolo Castro”, “Ese es Cruz Alonzo”, “Ese es un dominicano a quien no conocemos”.

Reconocí a Ángel Morales y a Leovigildo Cuello entre los que aparecieron en la pantalla; pero nada dije. En una

ocasión el propio Genovevo me interrogó directamente al aparecer una persona a quien yo no conocía. Más tarde supe que se trataba de Feliciano Maderne quien ostentaba el grado militar más alto entre los expedicionarios después de don Juan Rodríguez. Nunca supe el motivo de esa pregunta específica de Genovevo, sobre todo porque era obvio que él sabía de quién se trataba, ya que Maderne era una figura muy conocida porque había participado otras veces en acciones armadas en Cuba.

Después de terminadas las proyecciones nos brindaron refrescos y el general Pérez Dámera nos hizo una arenga más o menos en estos términos: “Sabemos que ustedes no son culpables de nada. Que su intención era tumbar a Trujillo. Los únicos culpables son los que los engañaron con Masferrer a la cabeza; pero pronto todos estarán presos y se les dará el castigo que merecen”.

A una pregunta que le hizo uno de los cubanos, respondió: “Ustedes pronto serán puestos en libertad. Sólo es cuestión de que terminemos con este problema”.

¿Cómo Trujillo frustró la invasión?

En la versión más socorrida acerca de la forma como Trujillo logró frustrar esta invasión, el general Genovevo Pérez Dámera juega un papel preponderante. Se dice que éste viajó a Santo Domingo clandestinamente y en una entrevista con el propio dictador dominicano se comprometió a hacer presos a los expedicionarios a cambio de una jugosa dádiva que algunos llegaron a determinar en un millón de dólares. Los acontecimientos del Reparto Orfila fueron una coyuntura favorable para iniciar la persecución y el apresamiento posterior de los hombres de Cayo Confite.

Esta versión tiene algunos puntos de verosimilitud. El más creíble es que Trujillo en esos días no tenía el poder

militar suficiente para oponerse a una invasión de esa envergadura. De ahí que es muy posible que aceptara la proposición de Pérez Dámera porque ésta conllevaba el fracaso de la invasión antes de que ésta pisara tierras dominicanas.

Muchos daban por cierto que Masferrer quiso hacer provecho de la ocasión que le brindó el incidente de Orfila para capitalizar en su beneficio aquellos hombres armados y entrenados. Sin embargo, esta posibilidad tiene algunos puntos débiles. El más opuesto a ella es la división que existía entre los grupos integrantes de la expedición. Entre ellos los había contrarios a la facción que lideraba Masferrer quien era el primero en estar consciente de que no contaría con el apoyo de Eufemio Fernández en un intento común para derrocar al gobierno cubano.

Por otra parte, la versión de que Pérez Dámera había servido a Trujillo como ariete para descalabrar la expedición cobra fuerzas con el hecho del apresamiento de la tripulación del "Berta" porque esto ocurrió a las pocas horas de los sucesos de Orfila, esto es, cuando el de los expedicionarios todavía no había abandonado a Cayo Confite. Esto, como es lógico, destruye el argumento de Pérez Dámera de que había ordenado el apresamiento de los expedicionarios porque se dirigían a La Habana en vez de a Santo Domingo cuando abandonaron el cayo en la noche del día en que Emilio Tró murió en Orfila. Está claro que el apresamiento del "Berta" fue el primer paso dado por Pérez Dámera para cumplir el pacto que había hecho con Trujillo.

Huelga de hambre

Al día siguiente llegó otro grupo que fue apresado después de haberse quedado en un cayo llamado "Guinche", luego de una serie de incidentes en los que estuvo envuelto Masferrer.

La llegada de “los cuarenta de Cayo Guinche”, como se les llamaba, imprimió más dinamismo a la vida en la prisión militar de Columbia. Lo primero que se hizo fue sacarnos de las celdas y ponernos a todos juntos en una galera mucho más amplia y ventilada.

Entre los cubanos presos había uno que otro conocedor de las leyes y de inmediato se inició una serie de demandas basadas en los preceptos constitucionales vigentes. Lo primero que se alegó fue que ya habían transcurrido las 72 horas reglamentarias para que se nos presentara ante juez competente. Los más exaltados pedían a gritos que se les aplicara la ley. Otros, tal vez más realistas, solicitaban entrevistas con las más altas autoridades militares para exponer sus quejas. Pero ni a los unos ni a los otros se les hacía el menor caso.

Frente a esa situación se celebró una reunión multitudinaria para resolver lo que se debía hacer. De allí salió la decisión de declararnos en huelga de hambre, la que quedó de hecho iniciada cuando todos rechazamos el desayuno de la mañana siguiente.

La reacción de los militares fue rápida y violenta. A eso de las nueve se presentó un coronel e hizo salir a todos los presos al patio de la prisión. Habló durante un largo rato. Comenzó en tono persuasivo y terminó amenazando con fuertes castigos a los que insistieran en mantener la huelga de hambre. Sus últimas palabras fueron: “Los que quieran seguir en huelga que den un paso al frente”.

Solamente unos treinta dimos el paso al frente, entre ellos los tripulantes del “Berta” con excepción de Mon Fables y de Pino, el telegrafista.

La siguiente orden del coronel fue: “Dentro de cinco minutos los que quieran seguir la huelga deben subir a aquel camión con todas sus pertenencias”.

Efectivamente, en ese lapso ya estábamos de nuevo subidos en un camión con rumbo desconocido. Esta vez,

aunque no podíamos ver por donde íbamos, al menos veíamos el cielo pues el vehículo no tenía la asfixiante lona del que nos transportó de Nuevitas a Camagüey.

Después de una hora de viaje el camión se detuvo y se nos ordenó bajar. Habíamos llegado a la prisión militar de la fortaleza de La Cabaña, situada a la entrada de la bahía de La Habana. Nos colocaron a todos juntos en una inmensa galera y se nos dijo: "Aquí pueden hacer todas las huelgas de hambre que quieran porque esto es una prisión regular en la que se les respetarán todos sus derechos. Hasta el de morir de hambre". Esto fue dicho por un oficial en un tono que de momento no pude determinar si fue irónico o amenazante. De inmediato hicimos una reunión y a unanimidad acordamos continuar con la huelga. Como habíamos llegado a mediodía, pronto pudimos hacer efectiva nuestra decisión cuando nos llevaron el almuerzo. Abrieron la puerta y desde allí una voz gritó: "Salgan en fila a comer". Como nadie salió, la cerraron de nuevo y no hicieron ningún comentario. Entonces comprendí que aquel oficial había hablado en serio cuando dijo que se nos respetarían todos nuestros derechos. Creo que por primera vez en mi vida la conciencia del ejercicio de un derecho me causó desazón.

Cuando llegó la hora de la comida de la tarde se repitió la misma escena desde la puerta; pero esta vez más de la mitad de los presos salieron silenciosamente en fila india y después de comer regresaron sin decir una sola palabra. Los que nos habíamos quedado tampoco hicimos ningún comentario por el momento. Fue durante la noche cuando comenzó la discusión seguida de acres recriminaciones contra los que habían roto la huelga. Se armó tal baraúnda que tuvieron que intervenir los guardianes para poner el orden.

Entre los que permanecieron fieles a la protesta estábamos los del “Berta”. Ninguno de nosotros la quebrantó. El más firme de todos era Cubino quien se había constituido en el líder del grupo.

En la tarde del tercer día se presentaron tres militares y dos civiles, quienes sin ningún preámbulo leyeron una sentencia de un juez de apellido Tabío en virtud de la cual se nos ponía en libertad.

Se nos ordenó que recogiéramos nuestras pertenencias y que abandonáramos el recinto de la fortaleza a la mayor brevedad posible.

Esto fue el fin de la aventura para mí. Con este incoloro incidente comenzaba un nuevo período en mi vida. Quedaban atrás todas las inquietudes, los preparativos y los sueños de libertad a que dio lugar la empresa que pasaría a la historia con el nombre de Expedición de Cayo Confite.

Todo había comenzado con mi llegada al Consulado dominicano en San Juan de Puerto Rico el día 19 de junio de 1947 y terminó en los primeros días de octubre del mismo año. Fueron casi cuatro meses vividos con una intensidad inusitada con los que había roto las cadenas con las que me tenía sometido la sangrienta tiranía trujillista.

Para mí había terminado este episodio de la lucha contra Trujillo, pero no podía apartar de mi mente a los compañeros que habían quedado en el cayó después de mi partida en el “Berta”. Mil especulaciones yo había hecho durante mi prisión en las cárceles cubanas y algunas noticias había tenido provenientes tanto de las autoridades como de los grupos de Cayo Guinche y Cayo Santa María. Pero faltaban muchos cabos por atar. La relación que me hizo Pedro más tarde me daría un cuadro completo de los incidentes que remataron aquel fallido esfuerzo por derrocar la sangrienta tiranía trujillista.



Pito Camarena, Rafael Mainardi, Gugú Henríquez, Miguel A. Ramírez y Horacio J. Ornes.



En los lugares segundo, tercero y cuarto, de izquierda a derecha, Pocholo Soler, Horacio Julio Ornes y Eufemio Fernández. En el extremo derecho Freddy Fernández. Los demás no pudieron ser identificados.

Estampida en el cayo

Gracias a la relación que me hizo Pedro más tarde pude enterarme de lo sucedido en Cayo Confite después de mi partida.

La noticia de la matanza de Orfila produjo un sacudimiento tal que evidenció aún más que nuestra empresa estaba íntimamente ligada a la situación política cubana.

Sorpresivamente se dio la orden de recoger todas las pertenencias para salir hacia Santo Domingo. Cualquiera persona con la menor cantidad de sentido común asociaba la partida a Santo Domingo con la matanza de Orfila. El hecho es que comenzó un enorme ajetreo en el que participó todo el mundo recogiendo las armas, preparando las mochilas y desmantelando todo lo que se había improvisado en aquel islote. Se inició la subida a los barcos que se aproximaron lo más posible a la playa. Ya se había distribuido la gente que iría en el Fantasma, los del Aurora y un pequeño número que iría en el Angelita. Se fue toda la tarde en un movimiento continuo, en una serie de conversaciones secretas en medio de un ambiente de conspiración y de especulaciones.

De momento el "Aurora", que estaba comandado por Diego Bordas, comenzó a alejarse de la playa de manera extraña porque, aunque avanzaba lentamente se estaba retirando demasiado de la costa. Todo el mundo se puso a observar ese movimiento y de buenas a primeras cuando ya el barco estaba bastante lejos comenzaron a correr los rumores de que se trataba de una desertión, de que se

llevaban el barco o que se tenía alguna otra intención que nadie podía comprender.

Pedro trató de indagar y me cuenta que se acercó a Chito Henríquez a preguntarle lo que sucedía; pero éste que observaba impertérrito la operación marina no le dio ninguna respuesta. Mientras tanto el “Fantasma”, que era un barco más rápido que el Aurora porque tenía sus dos hélices en buenas condiciones, mientras que el Aurora se movía impulsado solamente por una, ya que la otra estaba totalmente inmovilizada por desperfectos, salió en persecución del barco presuntamente fugitivo. Se temía que se produjera un gran tiroteo, una verdadera batalla naval a la vista de todo el mundo; pero cuando el “Fantasma” alcanzó al “Aurora” ambos se detuvieron durante un momento y al fin regresaron de nuevo al cayo juntos sin que Pedro supiera al fin lo que ocurrió.

La tarde estaba gris, muy nublada cuando ocurrían todos estos acontecimientos cargados de tensión emocional.

No se sabe si fue una orden o si fue algo espontáneo, el caso es que de buenas a primeras empezaron a arder algunas chabolas y pronto todas las demás ardían también. El cayo entero se convirtió en una inmensa llamarada cuando ya había caído la noche. En medio de las llamas se veían circular a la carrera personas que apenas se podían identificar. Ya muchos estaban en los barcos.

Las llamas que subían muy alto e iluminaban todo el mar y el cielo encapotado, producían una impresión verdaderamente grandiosa.

Las emociones de aquella tarde que había comenzado con la noticia de la matanza de Orfila, se acrecentaron por el ajetreo de los preparativos para la partida hacia Santo Domingo, lo que de por sí creaba un estado general de satisfacción.

Pedro embarcó en el Aurora en el que también iban Juan Bosch y Moisés de Soto, así como una gran cantidad de personas que no podía acomodarse fácilmente por lo que había que buscar un rincón cualquiera para dormir.

De crucero por Las Bahamas

Comenzó la navegación y todavía se veían las llamas cuando los barcos iban a gran distancia. Todos los ojos se dirigían a aquel cayo en llamas como si estuviera condenado a desaparecer en medio del mar.

Los barcos estuvieron navegando esa noche con un rumbo impreciso. De buenas a primeras se desató un incendio en la cocina del "Aurora", lo que produjo una gran alarma porque el barco estaba totalmente lleno de gente y llevaba, según se decía, 30,000 libras de dinamita en sus bodegas. Las perspectivas inmediatas eran las de volar por los aires. Se destacaban las puertas de la cocina completamente rojas en la noche oscura ya que no había luna y el cielo estaba encapotado. Todos estaban paralizados sin saber qué paso dar.

De pronto se vio correr a un joven dominicano de apellido Píket que se había criado en Estados Unidos y que era veterano de la Segunda Guerra Mundial quien, tomando un extinguidor, bajó a la cocina. Nadie sabía cómo estaban las llamas dentro ni cuál era la situación en el interior puesto que solamente se veía el rojo de las grandes puertas en la oscuridad de la noche. Después que el muchacho se introdujo con el extinguidor, fue palideciendo el color rojo de las puertas y el fuego al fin se apagó. Fue realmente heroico el acto aquel. Fue una muestra de valentía y de presencia de ánimo. Nadie había hecho el menor movimiento por la ignorancia de cómo se podría detener aquel fuego ni tampoco qué clase de fuego era. Además, no se tenía la menor

noticia de dónde podrían estar los extinguidores para apagar incendios.

Después de este incidente la gente durmió y por la mañana pudieron darse cuenta de que en realidad no estaban navegando en dirección a Santo Domingo, sino que se encontraban en los alrededores de las Bahamas. Era algo que nadie podía comprender porque esas islas están en dirección completamente contraria a la que se debía seguir para dirigirse a Santo Domingo.

Por esos parajes se mantuvieron los barcos navegando lentamente y sin rumbo fijo por espacio de un día entero. A veces se torcía el rumbo y la navegación era sumamente grata. El mar estaba completamente transparente, de azul topacio, a través del cual se podían ver los peces fácilmente.

Los peces voladores constituían una entretención muy divertida. A veces caían a cubierta aleteando; pero por lo general hacían un largo vuelo en línea recta y se sumergían de nuevo. Es un pez muy delgado y alargado con las aletas pectorales de tal envergadura que le permiten volar.

En su vagar por esas aguas los barcos hacían eventualmente algunas escalas en las islas abandonadas que existían por allí. Pedro refiere que desembarcó con un grupo en una de esas islas en donde encontraron los restos de lo que parece haber sido el naufragio de un buque mercante porque había una gran cantidad de platos rotos en la orilla y algunos objetos que tenían todas las trazas de ser los despojos de una evidente tragedia marina. Era una isla muchísimo más pequeña que Cayo Confite y no se supo nunca su nombre, aunque se afirmaba que pertenecía a Inglaterra.

Después de un largo vagar por los mares de esa zona, al fin los barcos enfilaron hacia Oriente, que era la dirección que correspondía a Santo Domingo.

La arenga y Fidel Castro

La navegación fue bastante buena al principio. El "Fantasma" se había quedado atrás; pero como era más rápido que el "Aurora" pronto lo alcanzó con el fin de anunciar que iban a Nuevitas a comprar cigarrillos para hacer la travesía final hacia Santo Domingo. Se supo posteriormente que fue detenido en ese puesto lo que hizo pensar que todo se debió a una estratagema de Masferrer, comandante del barco, para entregarse a las autoridades cubanas.

Después que el "Fantasma" se entregó en Nuevitas había una situación de anarquía en el "Aurora". Juan Bosch pronunció un discurso que levantó la moral. Insinuó que se debían apoderar del barco y llevarlo a Venezuela para salvarlo. El discurso de Bosch produjo un entusiasmo delirante. Todo el mundo estaba dispuesto a seguir esas indicaciones. Era la época en que gobernaba Betancourt en Venezuela, con quien Bosch tenía mucha influencia y se esperaba que fuesen bien recibidos. Además, se pensaba que el barco sería utilizado más tarde en una nueva aventura que era para lo que había sido comprado.

La cosa estaba en ese espíritu cuando apareció una unidad de la Marina de Guerra Cubana que con señales luminosas ordenó al Aurora que se detuviera. Sin embargo, éste no lo hizo, sino que al recibir la orden de alto viró en redondo y se dirigió hacia la costa, según parece con el propósito de encallar. Eso fue por lo menos lo que se dijo en aquel momento.

Como el "Aurora" no se detenía cambió el tono de los mensajes de la unidad de guerra cubana. El próximo mensaje fue: "Deténganse o disparamos". Frente a esa amenaza el "Aurora" se detuvo. En ese momento se encontraba a la altura de un islote muy frondoso y mucho mayor que Cayo Confite, que se llama Cayo Romano. La distancia a que se

detuvo hacía posible para un nadador, aunque no fuera muy experimentado, alcanzar la costa. Pedro calculó con la vista la distancia y pensó que podría llegar a nado, aunque no se decidió a hacerlo. Se supo después que Fidel Castro, el futuro líder de la Revolución Cubana, lo hizo y alcanzó el Cayo Romano. De esa manera escapó a esa situación.

Después que el barco se detuvo, el “Máximo Gómez”, que como una ironía del destino era el nombre de la unidad de guerra cubana, ordenó que siguiera navegando hacia La Habana paralelamente a él. El “Máximo Gómez” era una fragata muy hermosa que siguió lentamente escoltando al “Aurora” hasta llegar a un puerto cuyo nombre Pedro olvidó. Allí los hicieron desembarcar después de servirles una gran cantidad de leche condensada con café como desayuno. Después de desembarcar los hicieron subir a unos vagones que debían haber transportado azúcar recientemente porque el piso estaba completamente lleno de melaza, lo que lo hacía muy resbaloso. Se sentaron en el suelo y cada vez que el tren daba un tirón se deslizaban como si fueran carga muerta.

Hacia La Habana

En esos trenes hicieron el trayecto hasta La Habana. Fue un viaje sumamente incómodo. Todos iban muy deprimidos. Se veían rostros con aspectos de verdadera tragedia. Al fin los llevaron a Columbia en calidad de detenidos.

Se hizo pasar a los prisioneros por una mesa en la que unos soldados iban anotando sus nombres. Pedro enredó el suyo y por eso no apareció posteriormente en la lista de los condenados por Trujillo por haber participado en la aventura de Cayo Confite.

Cuando me soltaron después de la huelga de hambre en la Cabaña fui a Columbia a tratar de ver a Pedro, lo que

fue imposible. No fue sino a los cinco días cuando al fin los pusieron en libertad. Ese fue el final de aquella aventura para Pedro.

También lo fue para los mil trescientos hombres que vivieron, durante más de dos meses, hacinados en aquel inhóspito cayo. Para Trujillo fue un respiro que le daría oportunidad para fortalecer su ejército de tierra, mar y aire con las miras de continuar ejerciendo su omnímodo poder sobre el indemne pueblo dominicano por catorce años más.

Repito que la oportunidad que tuvo el pueblo de liberarse de sus cadenas si los expedicionarios de Cayo Confite hubieran logrado desembarcar en suelo dominicano no se presentaría de nuevo con las perspectivas de triunfo de esa empresa. Además, durante el lapso comprendido entre 1947 y 1961, año del ajusticiamiento del tirano, Trujillo gobernó en medio de una orgía de sangre en la que utilizó los más refinados métodos de torturas, de depredaciones y de muerte.

Mientras tanto la mayoría de los exiliados no desmayaron en sus intentos y continuaron buscando los medios para lograr sus objetivos. Muchos regresaron a sus puntos de partida y otros prefirieron permanecer en Cuba, siempre con la esperanza de que se abrieran nuevos caminos hacia la liberación del sojuzgado pueblo dominicano.

El principal problema a resolver después que los expedicionarios salieron de las prisiones cubanas fue el regreso a los Estados Unidos de muchos de los que habían engrosado las filas de la expedición desde ese país, ya que lo habían hecho sin cumplir algunos requisitos de las leyes de inmigración norteamericanas. Tan seguros estaban de que la empresa triunfaría y de que por tanto no tendrían necesidad de seguir viviendo en los Estados Unidos que no se preocuparon por arreglar sus documentos de reentrada. En ese caso estaban algunos de los que habían llegado con Miguel Ángel Ramírez en "El Fantasma".

Ángel Jiménez y yo, como muchos otros de los frustrados expedicionarios, vivíamos en el Hotel San Luis en espera de la solución de nuestros problemas. Nuestros casos eran diferentes porque mientras él provenía de los Estados Unidos en donde vivía con residencia legal y como exiliado desde hacía varios años en cambio yo no tenía residencia en ese país.

Jiménez tenía urgencia por regresar a su trabajo porque no había avisado en su factoría que estaría fuera por tanto tiempo y temía que no volvieran a colocarlo debido a una ausencia tan prolongada. De ahí que casi no parara en el hotel haciendo diligencias para conseguir un asiento en un avioncito que se decía transportaba a territorio norteamericano a aquellos que teniendo su documentación de residencia en regla no podían regresar por las vías normales porque carecían de sus permisos de reentrada.

Una tarde me dijo eufórico: "Al fin conseguí que me incluyeran en la lista y esta tarde me iré". Arregló sus pocas pertenencias, se despidió de mí y se marchó la mar de contento.

Cuando ese mismo día subí al comedor a cenar, con gran sorpresa me encontré a Jiménez en el elevador, quien muy compungido me dijo: "No pude irme. Mi puesto se lo dieron a otro. Me prometieron que me iré mañana".

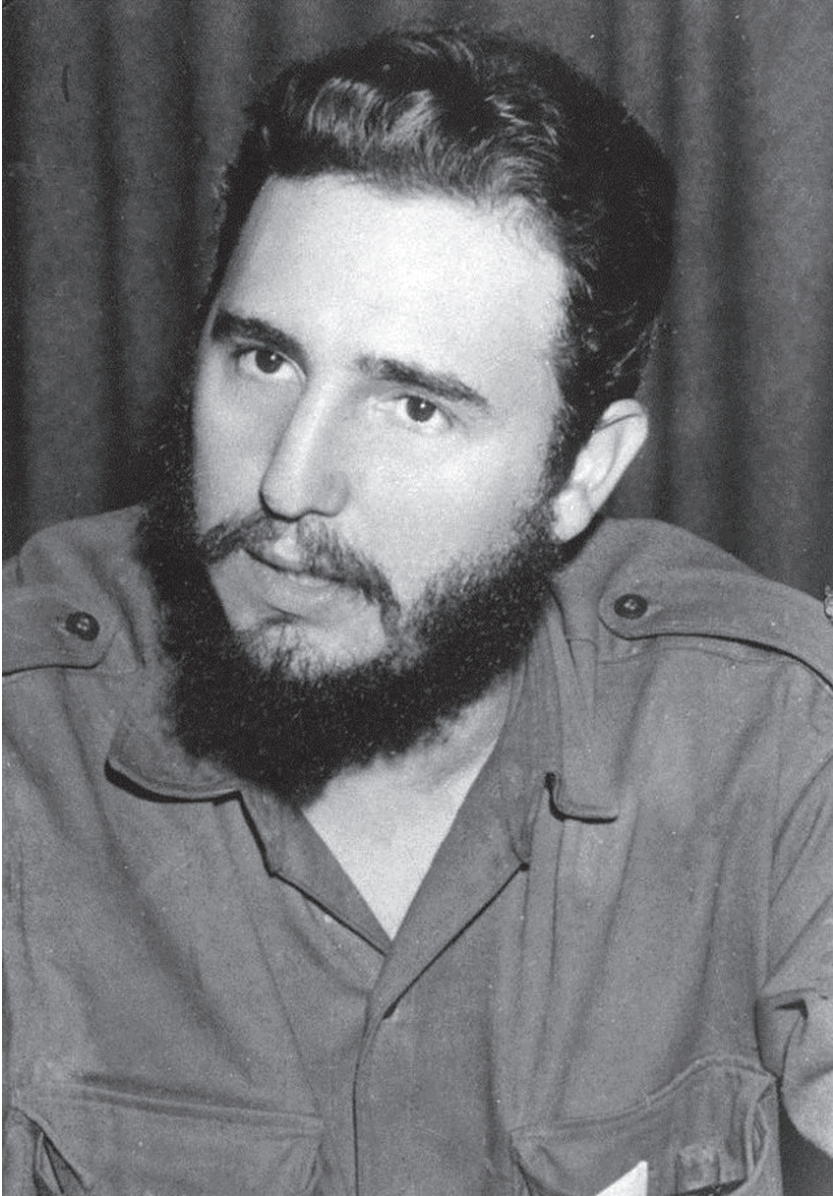
El pobre Ángel Jiménez dio más de cinco viajes al aeropuerto sin lograr su objetivo. Siempre regresaba lamentándose de que a última hora había aparecido alguien más importante que él a ocupar su asiento. Al fin cuando ni siquiera el mismo Ángel tenía esperanzas de abordar el avioncito logró hacerlo y se trasladó a su residencia en Nueva York.

Este caso de Ángel Jiménez como el de tantos otros exiliados dio lugar a una leyenda que circuló profusamente entre los emigrados dominicanos y que para mí no fue más

que eso: “una leyenda” porque jamás tuve el menor indicio de que fuera cierta. Se decía que las personas “más importantes” a quienes los frustrados expedicionarios tenían que ceder sus asientos en el avioncito eran chinos que pagaban fuertes sumas de dinero para ingresar ilegalmente en los Estados Unidos.



“Juan Bosch pronunció un discurso que levantó la moral”.



Fidel Castro fue el único que se le escapó a la Marina de Guerra Cubana cuando hicieron prisioneros a los expedicionarios de Cayo Confite.

En busca de nuevas oportunidades

El año y medio que seguiría también se caracterizó por actividades que se salieron de lo que se puede llamar una vida normal. Fue la existencia del típico emigrado pobre que no quiere conformarse con su destino y que ansía regresar a su tierra al lado de los suyos. Sin embargo, en medio de todas las apetencias de libertad había que trabajar para sobrevivir.

Para esa época contábamos con el apoyo, aunque muy relativo, de algunos sectores oficiales tanto de Cuba como de Venezuela. Como ese último país ofrecía mejores condiciones de trabajo, muchos de los fracasados expedicionarios lo prefirieron para radicarse en él. Así, una mañana, a finales de octubre de 1947 volé hacia Caracas en compañía de Martín Álvarez.

El trabajo de agente vendedor a que me dediqué en la capital venezolana estaba muy lejos de ser la actividad acorde con mi temperamento que me impulsaba a buscar nuevas vías que me llevaran a la cristalización de mi máspreciado anhelo: regresar a Santo Domingo libre de la opresión trujillista.

Ese y no otro fue el motivo de mi regreso a La Habana en enero de 1948. Sabía que en esa ciudad había mejores condiciones para hacer conexiones con los compañeros que tenían los medios de lucha necesarios para derrocar a Trujillo.

Allí supe que don Juan Rodríguez, Miguel Ángel Ramírez, Horacio J. Ornes y otros compañeros de Cayo Confite se habían trasladado a Guatemala en busca de la sombra del

doctor Juan José Arévalo, quien era a la sazón el presidente de ese país centroamericano. Hice algunas diligencias para unirlos a ellos: pero fue inútil, no logré el enlace necesario.

Lo que pasaba en Costa Rica

A mediados de ese mismo año de 1948 se produjo en Costa Rica la llamada Revolución de Figueres en la que los compañeros antes mencionados jugaron un papel de importancia.

Aquello, además de que me cogió de sorpresa, me hizo sentir un poco mal ya que hubiera querido estar allí porque suponía que el triunfo de dicha acción sería de gran utilidad para los emigrados dominicanos.

Luego supe que mi suposición era válida en principio puesto que Figueres se había comprometido a facilitar hombres, armas y dinero para la lucha contra Trujillo a cambio de la ayuda de los dominicanos en la empresa que él encabezaba.

Después que Figueres alcanzó sus objetivos no hizo buena su promesa y, según supe más tarde, solamente contribuyó con dinero que había prometido, así como con la devolución de una parte de las armas de Cayo Confite que le había “prestado” don Juan Rodríguez de la cantidad que éste había logrado le devolvieran en Cuba.

Cuando el triunfo de Figueres en Costa Rica era inminente, ya se conocían en La Habana algunos detalles acerca de la naturaleza de la lucha en que estaban participando mis antiguos compañeros.

En Costa Rica el panorama político era diferente al de Santo Domingo. Allí el gobierno contra el que luchaba Figueres ayudado por los dominicanos era apoyado por las fuerzas más progresistas de ese país. Por otra parte, el objetivo de las fuerzas “revolucionarias” era llevar al poder al

señor Otilio Ulate, un conspicuo oligarca representante de la reacción costarricense.

Por esas razones me negué a engrosar las filas figueristas cuando en las postrimerías de la lucha se me invitó a hacerlo.

De nuevo en Puerto Rico

Ganarse la vida en Cuba era muy difícil, por lo que decidí volver a Puerto Rico en donde sabía que mis asuntos se resolverían de mejor manera debido a las relaciones que ya había hecho en aquel país.

Una vez allí hice contacto con los compañeros que habían regresado después del fracaso de Cayo Confite.

Ayudado por ellos a las pocas semanas laboraba como reportero en el "*Diario de Puerto Rico*", vocero del partido de Muñoz Marín, gobernador de la isla.

Durante las noches nos reuníamos a continuar nuestra tarea conspirativa para derrocar a Trujillo.

En una de esas reuniones se tonó la decisión de organizar otra empresa si no similar a la de Cayo Confite, por lo menos con los mismos fines.

Ya con anterioridad a nuestro reciente fracaso el grupo de Puerto Rico había hecho algunos contactos con Santo Domingo que culminaron con la introducción clandestina de una pequeña cantidad de armas en territorio dominicano, las que fueron la base del nuevo plan que trazamos cuyos delineamientos generales eran los siguientes: haciendo provecho de la experiencia de Cayo Confite, resolvimos cambiar de táctica y en vez de enviar hombres armados introduciríamos las armas para entregarlas a un grupo organizado dentro del territorio dominicano denominado el Frente Interno. Una vez armados los hombres comenzaría la rebelión.

El primer problema a resolver era el de la obtención de las armas y los pertrechos a introducir. Sabíamos que el único sitio en donde podríamos conseguirlos era Cuba, ya que el gobierno de ese país había incautado los de Cayo Confite y además las posibilidades eran buenas por las relaciones que se tenían en las más altas esferas oficiales de dicho país, a pesar de la traición de Genovevo Pérez Dámera. Entre los elementos con quienes no teníamos ninguna duda que podríamos contar estaba Eufemio Fernández y los muchos otros que habían cooperado siempre con los dominicanos.

Por otra parte, ya para esa fecha el presidente de Cuba era Carlos Prío, quien también al igual que su antecesor Grau San Martín, era un decidido simpatizante con la causa de los exiliados dominicanos. Otra contingencia favorable era que una de las personas influyentes en ese gobierno era Juan Bosch.

Procurando armar

Frente a esas circunstancias se resolvió hacer las diligencias para conseguir la devolución de la parte de las armas de los dominicanos que no fue devuelta a don Juan Rodríguez. En síntesis, el papel de aquel pequeño grupo de Puerto Rico se circunscribiría a introducir las armas en territorio dominicano para ser entregadas a los hombres del Frente Interno.

Quien tenía mejores posibilidades para hacer esas diligencias era yo. Aunque mis labores en el periódico nada tenían que ver con los deportes, hicimos provecho de la ocasión de que en esos días se celebraría en La Habana un evento deportivo en que concurrirían equipos de Cuba, Venezuela, Puerto Rico y Panamá. Se trataba de la Primera Serie de Base Ball del Caribe.

Logré que el periódico me enviara como reportero a cubrir las incidencias de la serie. Me trasladé a La Habana con mi doble misión, esto es, reportar los detalles del mencionado evento deportivo y la de tratar de conseguir las armas para un nuevo intento para derrocar a Trujillo.

Otra vez hice el vuelo San Juan-Miami-La Habana y me hospedé en el hotel San Luis cuyo propietario, nuestro viejo amigo Cruz Alonso, era la primera persona a quien debía exponer nuestros planes. A éste le agradaron y se prestó a brindarnos toda la colaboración que estuviera a su alcance. Lo primero que hizo fue ponerme en contacto con Eufemio Fernández, a quien enteré de nuestros propósitos y de nuestras posibilidades.

Le dije que su tarea más importante sería diligenciar con Carlos Prío la devolución del resto de las armas de Cayo Confite y la obtención de los medios para llevarlas al sitio que se determinaría en colaboración con el Frente Interno.¹

A Eufemio Fernández también le agradó nuestra idea y su opinión, muy acertada, por cierto, fue que en Cuba no se podría hacer nada relativo al caso dominicano sin la participación de Juan Bosch por sus vínculos con el presidente Prío.

Eufemio Fernández se prestó a hablar con Juan Bosch como camino de llegar hasta el presidente Prío y prometió comunicarme dentro de dos o tres días el resultado de sus diligencias. Dichos resultados fueron los siguientes: Bosch encontró bueno nuestro plan; pero opinaba que se necesitaban más detalles antes de exponerlo al Presidente. Yo debía volver a Puerto Rico y recabar la siguiente información: el número de embarcaciones con que contaba el Frente

¹ El sitio ideal estaría en alta mar en donde se traspasarían a unas embarcaciones que no despertaran sospechas al tocar tierra dominicana.

Interno para los trasbordos, su tonelaje, el sitio exacto en donde se harían dichos trasbordos, esto es, la longitud y latitud exactas en donde podrían encontrarse en alta mar las embarcaciones para realizar la tarea, y, el dato más difícil y hasta peligroso si se quiere, el número de hombres con los que contaba el Frente Interno para realizar la operación tanto de trasbordo como para coger las armas.

Yo me sentía altamente satisfecho puesto que el primer paso de nuestro plan había sido coronado por el mejor de los éxitos ya que había hecho los contactos necesarios para la obtención de las armas.

A los pocos días volaba de nuevo a San Juan en donde comuniqué a mis compañeros el resultado de mi misión.

Como no teníamos las informaciones solicitadas debíamos pedir las a los compañeros del Frente Interno por el medio que desde hacía tiempo se utilizaba para los contactos con ese importante sector de la lucha contra Trujillo. Dicho medio era el siguiente: Se escribían cartas corrientes de tipo familiar. Pero entre líneas y con tinta invisible se escribía el mensaje que se quería enviar. Era un medio muy sencillo y fácil de detectar: pero que había dado buenos resultados porque las personas a quienes iban dirigidas las cartas estaban fuera de toda sospecha como desafectos al régimen trujillista.

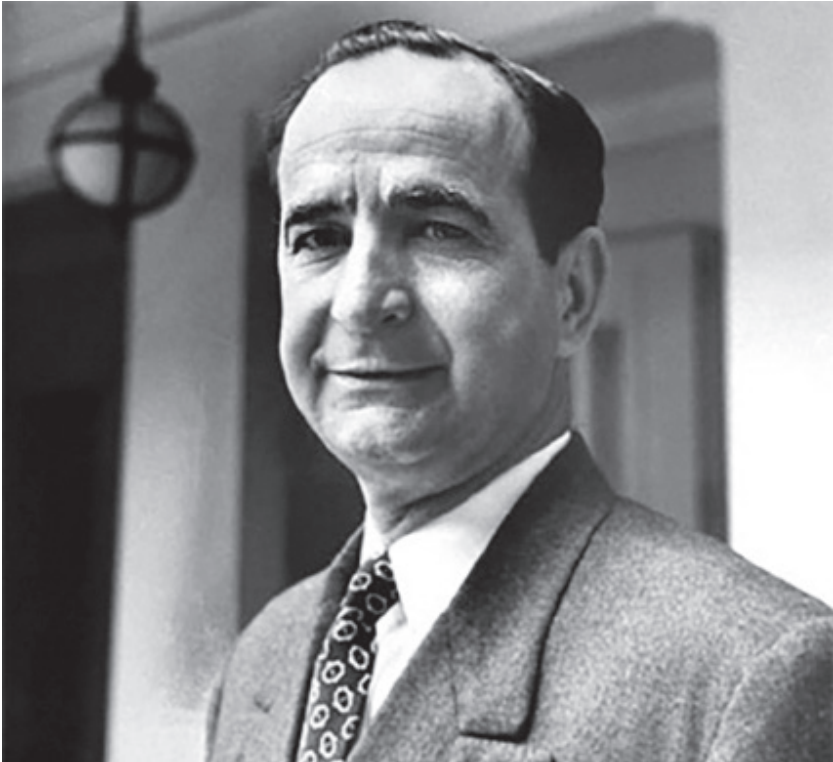
Pasó casi un mes antes de que llegaran los datos requeridos. Durante ese lapso mi vida continuó dentro de la rutina de trabajo en el periódico y las reuniones entre los exiliados.

Los detalles enviados por el Frente Interno fueron los siguientes: se contaba con dos pequeñas embarcaciones que podrían ser colocadas en el momento oportuno en el punto que se quisiera y con los hombres necesarios tanto para hacer los trasbordos como para coger las armas. No se daba • número exacto de personas, lo que consideramos una medida inteligente por lo peligroso que hubiera resultado

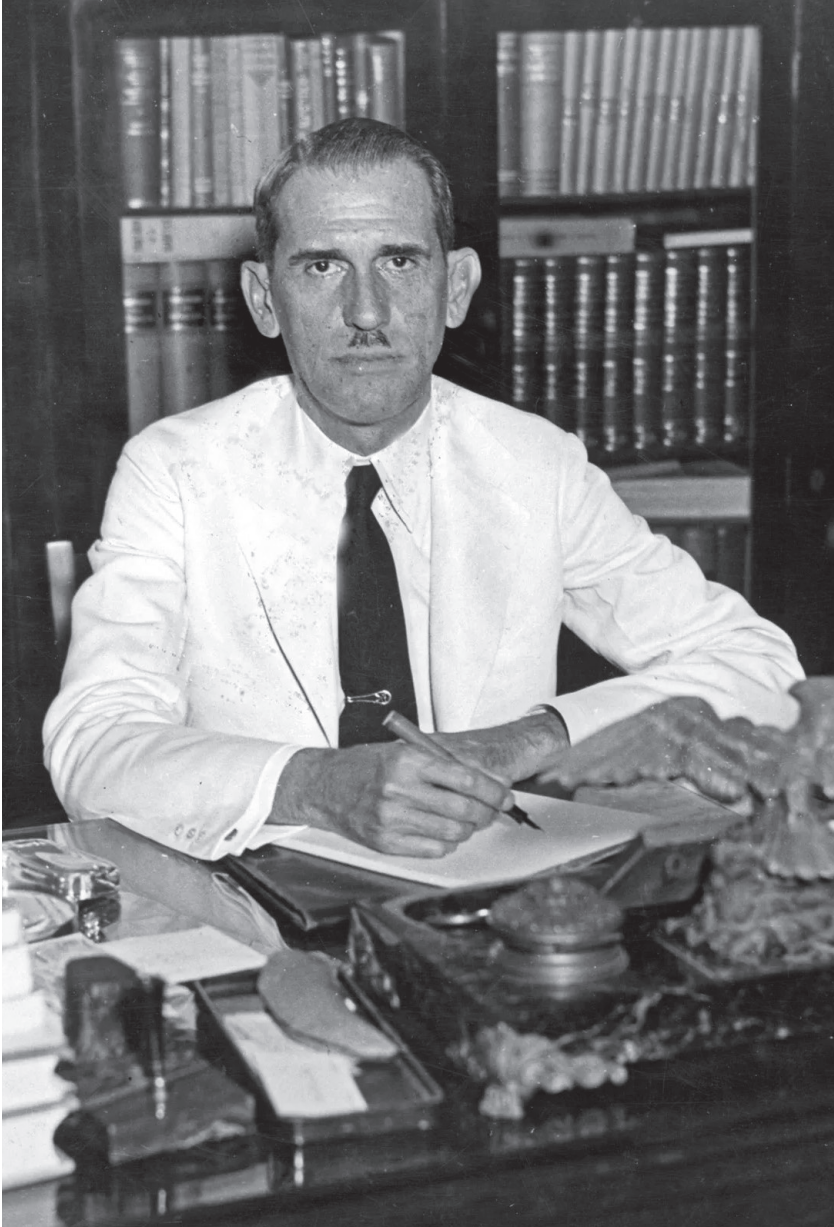
para ellos dar una información como esa. Ya desde el momento en que se incluyó en la lista suministrada por Bosch nosotros lo consideramos así. Por eso no nos sorprendió la sabia medida de los hombres del Frente Interno.

En posesión de esos datos y previa renuncia de mi trabajo en el periódico, pues de otra manera no hubiera podido hacer ese viaje, me trasladé de nuevo a La Habana.

Como esta vez no había pretexto aparente para justificar mi presencia y como dentro de nuestra táctica estaba guardar la mayor discreción por temor al espionaje trujillista, no me hospedé en el hotel San Luis, sino en una casa de huéspedes.



José Figueres, cuando alcanzó sus objetivos no hizo buena su promesa hecha a los exiliados dominicanos.



Ramón Grau San Martín era un decidido simpatizante con la causa de los exiliados dominicanos.



Juan José Arévalo bajo cuya sombra buscaron protección los exiliados dominicanos.

Diligencias en La Habana

Hice contacto con Cruz Alonso y éste me llevó donde Eufemio Fernández, a quien entregué el informe que esa vez llevaba por escrito. En él estaban todos los detalles suministrados por el Frente Interno.

Eufemio sólo era un intermediario más para hacer llegar el informe al presidente Prío, quien era el único que podría autorizar la devolución de las armas que sabíamos todavía estaban en poder de los cubanos, para lo que la colaboración de Juan Bosch era imprescindible.

Por su parte, Eufemio se comprometió a conseguir un yate para transportarlas al sitio en donde las recogerían las embarcaciones del Frente Interno, así como los hombres que irían a llevar esas armas entre los cuales, como era de esperarse, se contaba él.

Pasaron varios días, más de los que mi impaciencia podía soportar, sin que tuviera noticias de Eufemio Fernández.

Una mañana fui a visitar a Cruz Alonso en mi afán de tener noticias de mi gestión y lo encontré en compañía de un señor a quien conocía de vista en Santo Domingo; pero con quien jamás había cruzado una palabra. Se trataba del doctor Antonio Román Durán, psiquiatra español que había vivido refugiado en nuestro país. Cruz Alonso nos presentó y manifestó su deseo de que el médico español y yo conversáramos en privado, por lo que nos dejó solos.

Después de varios minutos de conversación acerca de cosas banales el doctor Román Durán me dijo que había ido a Cuba desde Guatemala en una misión que le había encargado el general Juan Rodríguez. No pude disimular

mi sorpresa cuando supe que dicha misión consistía en obtener ayuda para una invasión contra Trujillo. O sea, que mientras nosotros en Puerto Rico concebíamos nuestros planes para introducir armas a Santo Domingo, don Juan Rodríguez organizaba una nueva invasión desde tierras guatemaltecas. Román Durán, enterado por Cruz Alonso de mis gestiones, estaba seguro de que yo no conseguiría nada puesto que a él ya le habían negado la devolución de las armas que quedaban todavía en poder de los cubanos. Me dijo que partiría al día siguiente para Guatemala.

En medio de mi desesperación causada por la falta de noticias y el significado que tenía el que Cruz Alonso hubiera enterado a Román Durán de mis propósitos, y sobre todo, su interés en que conversara con el médico español, me dieron a entender que yo tampoco conseguiría nada. Por eso cuando Román Durán me preguntó si no tenía inconveniente en que enterara a don Juan Rodríguez de mis gestiones y de que diligenciaría un viaje mío a hablar con él no titubeé en contestarle que estaba completamente de acuerdo y que esperaría sus noticias.

A los cinco días Román Durán me puso un cable anunciándome que me había situado pasaje y que me presentara en Guatemala lo antes posible.

“Cambio de rumbo”

Al llegar al aeropuerto de Ciudad de Guatemala recibí una grata sorpresa pues quien fue a recibirme fue Miguelucho Feliú en compañía de Manuel Calderón Salcedo. Me llevaron donde don Juan Rodríguez, a quien enteré de los detalles de mi misión a Cuba.

Con su proverbial franqueza me dijo que no le sorprendía ni mi fracaso en Cuba ni tampoco el del doctor Román Durán. Que él sabía que de los cubanos nada se podía

esperar. Que el fracaso de Cayo Confite se debió a sus locuras y que en lo adelante actuaría completamente a espaldas tanto de los cubanos como de los dominicanos que estaban con ellos. Me agregó que no le gustaba nuestro plan porque dentro de Santo Domingo y debido a la situación imperante nadie sabía quién era amigo ni quien su enemigo. Que la gente de Puerto Rico era de fiar y que se podría hacer provecho de los contactos con Santo Domingo; pero no en la forma en que nosotros lo habíamos planeado. Que él indicaría como y cuando se aprovecharían esos contactos. Que no haría las cosas como en Cayo Confite; pero tampoco como nosotros queríamos. Que podríamos utilizar la gente del Frente Interno; pero era cuando llegara él en el comando de varios grupos bien entrenados a llevar armas suficientes para un pequeño ejército que se enfrentaría a Trujillo.

Como mi principal objetivo era luchar contra la tiranía no importaban los medios que se utilizaran, de inmediato me comprometí con don Juan Rodríguez a formar parte de sus planes. Solamente le puse como condición que avisaría a mis compañeros de Puerto Rico los cambios que se habrían operado en mis actividades, lo que fue aceptado sin ninguna vacilación por don Juan, sobre todo teniendo en cuenta que entre las personas a quienes debía participar de dichos cambios estaba su sobrino, el doctor Edmundo Taveras, quien, además, siempre había mantenido estrechos vínculos con él.

De inmediato escribí a Puerto Rico utilizando las claves que habíamos convenido que eran las mismas que yo había aprendido con Arístides Sanabia cuando lo de Cayo Confite. De Puerto Rico me contestaron que era correcto lo que había hecho y que estaban dispuestos a seguir en contacto con el Frente Interno para colaborar con los planes de don Juan Rodríguez. De esa manera mi tarea en la nueva invasión tenía un carácter más importante ya que serviría de

enlace entre Puerto Rico y Guatemala, vale decir, entre los futuros invasores y Santo Domingo.

Para esos días los únicos dominicanos presentes en Guatemala éramos don Juan, Miguelucho Feliú, Manuel Calderón Salcedo, Hugo Kunhardt, Horacio Julio Ornes Coiscou y yo. Los demás se fueron integrando poco a poco. La única condición que se les ponía para enrolarse era que no provinieran de Cuba. Conmigo se había hecho una excepción porque en realidad mi verdadero punto de procedencia era Puerto Rico. Don Juan repetía constantemente que sus experiencias con los cubanos y con los dominicanos radicados allí habían sido muy dolorosas. Al único cubano que distinguía era a Eufemio Fernández. Decía que era un muchacho serio, que hablaba poco y que se podría contar con él; pero en el momento decisivo.

Uno de los que se integró casi de inmediato fue Miguel Ángel Ramírez, quien figuraba en los planes como uno de los más importantes jefes militares debido a su destacada participación en la revuelta de Costa Rica. La misma posición tenía Horacio Julio Ornes.

La lucha armada contra Trujillo

En síntesis, el plan de la nueva invasión era el siguiente: introducir a Santo Domingo varios grupos de hombres bien entrenados que llevaran armas para unos quinientos o seiscientos hombres. Difería de Cayo Confite en que no era una verdadera invasión que enfrentaría de inmediato con el ejército de Trujillo y difería de los planes de Puerto Rico en que, en vez de introducir solamente las armas para ponerlas en manos del Frente Interno, éstas serían llevadas por hombres ya entrenados y además, y era la variante más importante, que los jefes militares irían desde afuera. Es obvio que una de las ventajas de ésta última variante era que

dichos jefes eran gente que ya habían tenido experiencias tanto en lo de Cayo Confite como en lo de Costa Rica. Como es de notarse, la presencia del Frente Interno era en esencia lo que diferenciaba los planes de Cayo Confite de los de este otro intento de invasión.

Otra de las características esenciales de estos planes era que se habían elegido tres puntos diferentes para hacer los desembarcos los cuales serían realizados por el aire, en vez de por mar como en Cayo Confite. Dichos desembarcos se harían uno en el Sur, el otro por el Norte y el tercero en la región central de una manera simultánea.

“El Frente Interno”

Como ya dije, el Frente Interno era el elemento nuevo en estas actividades; pero ¿Qué era el Frente Interno? ¿Quiénes lo formaban? ¿Quiénes lo dirigían? ¿Quiénes lo habían fundado? Para contestar estas preguntas he de remontarme un poco en el pasado.

Cuando regresé a Puerto Rico después de mi estancia en Venezuela y de haber constatado que en Cuba no había horizontes propicios para las tareas conspirativas contra Trujillo, los compañeros me informaron de algunos pormenores de los que jamás me hubiera enterado de haberme quedado en uno de aquellos países. Entre las cosas que supe fue la existencia de un grupo de antitrujillistas con quienes ellos tenían contactos y que desde dentro del país clamaban por el envío de armas para la insurrección. Los ecos que llegaron del fracaso de Cayo Confite habían influenciado enormemente entre los que esperaban la solución de los problemas desde afuera. Aunque parezca paradójico, ese fracaso, en vez de enfriar los ánimos lo que hizo fue levantarlos más dentro del país. Esa experiencia, en vez de aminorar la fe en los emigrados la había acrecentado.

Además, había servido para que los antitrujillistas del interior autollamados el Frente Interno estuvieran conscientes de lo difícil que era organizar grandes concentraciones de tropas para invadir el territorio. Por eso en vez de hombres armados pedían las armas porque tenían los hombres en cantidad suficiente para el enfrentamiento con la tiranía. De esa manera algunos de los líderes del Frente Interno fueron a Puerto Rico con el fin de trazar una nueva estrategia basada en lo antes dicho, esto es, el envío de las armas en vez de los hombres armados.

Frutos de esos contactos fue la remesa de armas, aunque en pequeñas cantidades, a que ya me he referido, así como las combinaciones para mantener la comunicación de las que era yo depositario en Guatemala. Respecto a la identidad de sus fundadores y componentes no creo oportuno divulgarla aquí dando sus nombres. En el transcurso de esta narración irán apareciendo algunos de ellos en la medida en que sea imprescindible para la buena comprensión de la misma.

Mi llegada a Puerto Rico en aquel segundo viaje se realizó pocos días después del último envío de pertrechos a Santo Domingo. Según me contaron los compañeros, la cantidad de armas que se podía conseguir en Puerto Rico no era suficiente para comenzar una rebelión; de ahí surgió el plan que me llevó primero a La Habana y luego a Guatemala. Hecha esta explicación necesaria, volveré a tomar el hilo de mi narración.

Los aprestos para la invasión iban tomando cada día perfiles más definidos. Los asesores de don Juan Rodríguez eran varios y de diferentes nacionalidades. Los había guatemaltecos, nicaragüenses, españoles, etc. Entre estos últimos había uno que había adquirido gran experiencia en la guerra civil española y que sería mencionado como uno de los estrategas que ayudarían a Fidel Castro en la preparación

de su exitosa expedición a Cuba diez años más tarde. Se trata del capitán Alberto Bayo, quien conjuntamente con otros expertos habían trazado los planes militares para nuestra invasión.

Mientras tanto ya estaban en Guatemala algunos de los aviones que nos transportarían a Santo Domingo. Sin embargo, todavía no estaban todos. Una mañana acompañé a don Juan Rodríguez a un banco a depositar la suma de \$54,000 dólares que serían enviados a su hijo, el Dr. José Horacio Rodríguez, que se encontraba en México diligenciando la compra de otro avión.



Manuel Calderón Salcedo fue a recibirme al aeropuerto de la ciudad de Guatemala en compañía de Miguelucho.



José Horacio Rodríguez, quien se encontraba en México diligenciando la compra de otro avión.

Diligencia en México

Desde mi llegada a Guatemala me había alojado en el mismo apartamento en que vivía don Juan Rodríguez convertido en su secretario particular en sustitución de Hugo Kunhardt. Aunque el hecho de que yo ejerciera esas funciones no tiene gran trascendencia, lo menciono porque más tarde, ya presos en Santo Domingo, se suscitó un incidente en el que salió a relucir mi condición de secretario del Jefe Supremo de la invasión y al que me referiré en el momento oportuno.

Una mañana don Juan me dijo:

—“Prepárese que quiero que me haga un mandado”.

Yo pensé que se trataría de alguna diligencia dentro de la ciudad y le pregunté:

—¿De qué se trata? ¿Dónde quiere que vaya?

—A México, me respondió en el mismo tono que hubiera utilizado para enviarme a las oficinas del correo que quedaban a pocas cuadras de nuestra residencia.

A uno de los aviones se le había roto un pistón y no era posible conseguirlo en Guatemala. Alguien había sugerido que el único sitio en donde se podría obtener era en la ciudad de Dallas, Texas. Yo debía ir a Ciudad México en donde residía el licenciado José Antonio Bonilla Atilés, delegado de la empresa en esa ciudad, y que ya había hecho algunas diligencias infructuosas para conseguirlo. Frente a la posibilidad de obtenerlo en Dallas, mi misión era ponerme en contacto con el licenciado Bonilla Atilés y seguir viaje a comprar la tan necesitada pieza.

Una vez en México impuse al delegado del motivo y el destino de mi viaje. Este me dijo que esperara dos o tres días porque le habían dicho que tal vez en la ciudad de Chihuahua se podría conseguir el pistón y le habían prometido darle la seguridad en el término de cuarenta y ocho horas.

Fue esa mi primera visita a la bella capital de México y pasé los tres días de espera conociéndola en compañía de nuestro delegado.

Al cuarto día se recibió la buena nueva de que se había conseguido la pieza, por tanto, no fue necesario que siguiera viaje hasta Dallas. Al día siguiente regresé a Guatemala y aunque no pude llevarla conmigo, se recibió a los pocos días y el avión pudo ser reparado.

Mientras tanto, los preparativos continuaban a un ritmo que a nosotros se nos antojaba demasiado lento; pero no lo era puesto que eran muchos los problemas a resolver si se quería una mínima de buen éxito.

Uno de esos problemas acarrearía graves consecuencias que se reflejarían en el destino de la expedición. Los aviones no podrían hacer el vuelo directo hasta Santo Domingo, a excepción de un hidro-avión tipo Catalina que había sido utilizado durante la Segunda Guerra Mundial para transporte de tropas a distancias mucho mayores que la que debíamos recorrer nosotros.

Para solucionar el problema de los otros aviones se propusieron dos alternativas. Una era colocarles tanques adicionales. Esta solución tenía el inconveniente de que reduciría la cantidad de armas y de hombres que se podría llevar por el peso de dichos aditamentos. Por esa razón esta alternativa fue descartada ya que los cálculos habían sido trazados con minuciosa exactitud y a nadie le era grato proponer el sacrificio ni de las unas de los otros.

La otra alternativa era utilizar una base intermedia para reabastecer los aparatos.

Nueva diligencia a Cuba

A pesar de que me levantaba temprano, don Juan lo hacía mucho más que yo. Estaba durmiendo todavía cuando desde la sala oí su voz que me decía: “Levántese que quiero que me haga otro mandado”. Esa vez ni siquiera pregunté de que se trataba porque estaba a la expectativa de la nueva misión que se me encomendaría.

Debía ir a Cuba a conseguir bases para el reabastecimiento de los aviones en la parte oriental de la isla, la más cercana a la nuestra. Además, llevaría el encargo de enrollar a Eufemio Fernández para que nos acompañara en la invasión.

Al día siguiente ya estaba volando hacia La Habana. Tenía instrucciones de hacer mi primer contacto con Cruz Alonso para que me pusiera al habla con el doctor Cotubanamá Henríquez, representante al Congreso y cuñado del presidente Prío. Otra de mis instrucciones era no hablar con ningún dominicano a excepción de Juan Bosch. Con los demás, que eran muchos, debía guardar la más estricta discreción. Una de las razones que daba don Juan para tomar esta medida discriminatoria era que nuestro grupo debía ser reducido y que ya tenía los hombres suficientes. También se refería a que con algunos de ellos había tenido experiencias no muy halagüeñas cuando lo de Cayo Confite; pero, según decía él, esto era de orden secundario. Lo que no quería eran concentraciones masivas por la clase de transporte que se utilizaría esta vez. Por esas razones me hospedé en una pensión y no en el hotel San Luis, centro de afluencia de los dominicanos.

Cuando hablé con Cruz Alonso su primera observación fue que la diligencia inicial había que hacerla con Juan Bosch, dada la alta posición que ocupaba entre el equipo de consejeros del presidente Prío.

Ese mismo día llamó a Bosch por teléfono y le informó de mi urgencia de hablar con él. Este me invitó a almorzar a su casa en compañía de Cruz Alonso. Le expliqué el propósito de mi viaje. La respuesta de Bosch fue más o menos la siguiente: “Dile a don Juan que las cuestiones de la revolución dominicana no pueden ser resueltas por un solo hombre. Que esto debe ser competencia de una reunión de notables”.

Cuando le pregunté que quiénes a su entender debían ser esos notables, me respondió: “Eso había que resolverlo en reuniones previas; pero se me ocurren los nombres de Ángel Morales, Leovigildo Cuello, Miguel Ángel Ramírez y otros que no me vienen ahora a la mente”.

Cuando mencionó a Miguel Ángel Ramírez me di cuenta de que Bosch estaba completamente ajeno a lo que estaba sucediendo en Guatemala porque de saberlo no hubiera mencionado a Ramírez entre los notables que decidirían la suerte de la revolución dominicana ya que este último era de los que habían confiado en la dirección personal de don Juan Rodríguez como Jefe Supremo de la invasión.

Como mi papel era el de un simple mensajero no creí conveniente discutir con Bosch sus puntos de vista, aunque, desde luego, no estaba de acuerdo con él en el enfoque que hizo respecto a la forma como debía ser dirigida lo que él llamó “la revolución dominicana”. Por eso solamente le respondí que agradecía su gentileza al invitarme a almorzar a su casa en compañía de su familia y que llevaría el mensaje tal y como lo había expresado.

De casa de Juan Bosch me trasladé a la residencia de Eufemio Fernández, a quien enteré del resultado de mi conversación con Bosch y del deseo de don Juan Rodríguez de que nos acompañara en la empresa ya que cualquiera que fuese el resultado de mi gestión en Cuba ésta seguiría su organización hasta llevarla a feliz término. Eufemio accedió

a la solicitud y me dijo que no iría de inmediato; pero enviaría por el momento tres de sus más cercanos colaboradores ya que él nunca iba solo a esta clase de empresas. Esos amigos de Eufemio eran veteranos de la Guerra Civil Española y que habían estado en Cayo Confite formando parte de su batallón. Se trataba de Carlitos Gutiérrez Menoyo, Ignacio González y Daniel Martín.

Cruz Alonso me diligenció una entrevista con el doctor Cotubanamá Henríquez, la que tuvo efecto en el propio Palacio Presidencial. Lo enteré de los motivos de mi viaje e hice énfasis en que no necesitábamos armas ni dinero sino únicamente el permiso para aterrizar en territorio cubano a reabastecer de combustible a nuestros aviones. Que estábamos dispuestos inclusive a pagar por la gasolina que se nos suministrara. Que éramos conscientes de que quien decidiría en última instancia era el presidente Prío y que, si era necesario, yo estaba dispuesto a hacerle la petición personalmente de manera que su tarea se circunscribía a diligenciar una entrevista con el Primer Mandatario.

El doctor Henríquez me manifestó que por el momento era difícil ver al Presidente dadas sus múltiples ocupaciones. Además, que en esos días el Presidente se había visto envuelto en un enojoso incidente con el gobierno de Haití en el que lo acusaron de interferir en la política interna de ese país por prestarle ayuda a un grupo de emigrados haitianos en una acción similar a la nuestra. Que por esas razones él estaba seguro de que el presidente Prío no estaba dispuesto a inmiscuirse en acciones del tipo que nosotros proponíamos, al menos en esos precisos momentos que, por tanto, le dijera a don Juan Rodríguez que esperara un tiempo prudente hasta que pasara la oleada de propaganda desatada por la prensa en torno al incidente con Haití. Hizo mucho hincapié en que no se trataba de una negativa sino de esperar un momento propicio para tratar el asunto.

Me despedí del doctor Henríquez y regresé a la pensión muy deprimido debido a que el resultado de mis dos entrevistas con los dos personajes que podrían influenciar sobre el presidente Prío habían desembocado en un rotundo fracaso. Sin embargo, era obvio que dado el grado de desarrollo en que se encontraba la organización de nuestra empresa no se podría supeditar ni a lo que proponía Bosch ni mucho menos a abrir un compás de espera como lo insinuó el doctor Henríquez.

Mi encuentro con Gugú Henríquez

Tal vez fue ese estado de ánimo depresivo lo que me empujó a contravenir en parte las órdenes que tenía de no frecuentar el hotel San Luis para evitar los encuentros con los dominicanos emigrados en Cuba. Al día siguiente de mi entrevista con el doctor Henríquez fui por el hotel y como era casi inevitable me encontré con algunos dominicanos. Todos extrañaron mi presencia en La Habana y me acosaron a preguntas respecto a los motivos de mi viaje. Sospecharon que yo andaba en diligencias de la preparación de algo contra Trujillo. Di cualquier excusa y a ninguno dije la verdad. A eso del mediodía me encontré con Gugú Henríquez e insistió en hablar a solas conmigo. No pude negarme por los nexos de amistad que desde la infancia me unían a este valioso luchador contra Trujillo y excompañero de Cayo Confite. Lo cité para esa misma tarde en la pensión, recomendándole que guardara la más estricta discreción.

A la hora convenida Gugú fue a verme y después que me reiteró su seguridad de que yo andaba en alguna misión relacionada con la lucha contra Trujillo y dada la vehemencia que puso en sus alegatos y a que en realidad él no podía ser considerado como los demás emigrados residentes en Cuba puesto que no lo era ya que se encontraba

accidentalmente allí, consideré que no cometía ninguna indiscreción al hablarle de la siguiente manera: “Es cierto, he venido en una misión de don Juan Rodríguez; pero tengo instrucciones precisas de guardar el más estricto secreto frente a las personas que no sean aquellas con quienes he venido a entrevistarme. Por eso nada puedo decirte”.

Su respuesta fue: “Tú no puedes irte de aquí sin prometerme que hablarás con don Juan para que me mande a buscar. No puedo permitir que te vayas sin hacerme esa promesa porque no concibo que se prepare una invasión a Santo Domingo y que después de este contacto contigo me dejen fuera de ella”.

Al ver su actitud casi suplicante y teniendo en la memoria aquel viaje a Puerto Rico nueve años atrás en el que gracias a él logré realizarlo, no tuve fuerzas para seguir negándome; así es que le prometí hablar con don Juan, le pedí su dirección para mantener el contacto y nos despedimos.

Muy lejos estábamos ambos de pensar que con aquella promesa se abrían las puertas que lo llevarían a la muerte escasamente dos meses más tarde.

Cuando enteré a don Juan del resultado de mis diligencias, no mostró ninguna extrañeza. Su único comentario fue: “Siempre lo he dicho, con esa gente de Cuba no se puede contar para nada”.

De inmediato convocó a una reunión para resolver lo que habría de hacerse frente al fracaso de mi diligencia. Por un momento parecía que la única solución era colocar tanques adicionales a los aviones y sacrificar parte del armamento y de los hombres.

Creo que fue el Capitán Bayo quien sugirió a la isla de Cozumel como punto intermedio para el reabastecimiento. Se buscaron mapas, se hicieron cálculos y se llegó a la conclusión de que los aviones podrían, aunque un tanto precariamente, hacer el vuelo desde la isla hasta Santo

Domingo. Aquel descubrimiento abrió nuevas vías a la esperanza de que no sería necesario mutilar la capacidad en hombres y armamentos. Pero todavía faltaba el permiso del gobierno mexicano para realizar la operación. Como es natural, se encomendó esa tarea a nuestro delegado en ese país. Mientras tanto se seguirían ando los toques finales a las tareas organizativas de la expedición.

Una mañana fuimos Manuel Calderón Salcedo, Miguelucho Feliú y yo al aeropuerto de la Ciudad de Guatemala a recibir a los tres hombres que enviaba Eufemio Fernández a engrosar nuestras filas. Ya para esos días me había mudado del apartamento de don Juan y me había ido a una pensión junto a Calderón y a Miguelucho. Allí llevamos a los tres compañeros cubanos cuya presencia insufló nuevo dinamismo a nuestras monótonas vidas. Sobre todo, el carácter alegre de Gutiérrez Menoyo, quien era un muchacho, fue un gran aliciente para nosotros.

Cuando relaté a don Juan el incidente que tuve en La Habana con Gugú Henríquez me felicitó por la adquisición, puesto que tenía en gran estima a ese luchador antitrujillista. Me dio instrucciones para que le situara el pasaje e hizo el siguiente comentario: “Ese muchacho no es como los de Cuba. Es serio y se puede confiar en él”.

A los dos o tres días ya estaba Gugú entre nosotros. En el momento de llegada los preparativos de la invasión recibían los últimos toques. Casi todos sus integrantes ya estaban en Guatemala pues en esos días había llegado el último grupo, compuesto por algunos excombatientes de la llamada Guerra de Costa Rica y expedicionarios de Cayo Confite. Entre éstos se encontraba José Rolando Martínez Bonilla con quien tenía relaciones de amistad muy íntimas desde Santo Domingo. Gugú fue enviado al Lago Izabal a encargarse del hidro-avión Catalina que hacía unos días estaba anclado en aquel lugar.



Cotubanamá Henríquez me manifestó que el momento era difícil ver al presidente Prío.



El presidente Prío se había visto envuelto en un enojoso incidente con el gobierno de Haití.

Últimos preparativos de la invasión

Ya el plan general de la invasión había sido trazado en sus delineamientos generales por los expertos que asesoraban a don Juan.

Los hombres se dividirían en tres grupos. El más numeroso estaría comandado directamente por el propio don Juan Rodríguez y estaría integrado por treinta y siete combatientes; el segundo sería comandado por Miguel Ángel Ramírez y estaría compuesto por veinticinco y el tercero, que sería el más pequeño, estaría comandado por Horacio Julio Ornes en el que irían doce. El primer grupo desembarcaría en la región central, el segundo por el Sur y el tercero por el Norte. Los sitios precisos de desembarco se mantendrían en secreto hasta la última hora para los expedicionarios de base como una precaución contra las indiscreciones. Sin embargo, los que estábamos más cerca de don Juan sabíamos que éste barajaba varios sitios para su aterrizaje, entre ellos el valle de Constanza y la región de Valle Nuevo, sitios en los que él aseguraba que cuando se supiera de su presencia al frente de una invasión se le sumaría mucha gente. También sabíamos que la idea de Miguel Ángel Ramírez era aterrizar en la región de San Juan de la Maguana de la que es oriundo. En cuanto al tercer grupo era el que menos precisión había en cuanto a su sitio de desembarco pues como utilizaría el hidroavión tipo Catalina tenía un número mayor de lugares aptos para amarizar.

La selección de los hombres que integrarían cada uno de los grupos se hizo a base de criterios entre los cuales

primaron el que se conociera la región y el más o menos grado de afinidad entre sus componentes.

Por esto último me tocó integrar el tercer grupo pues con la mayoría de componentes tenía viejas relaciones de amistad. Completaban la lista Horacio J. Ornes Coiscou, Federico Horacio Henríquez Vásquez (Gugú), José Rolando Martínez Bonilla; Miguel A. Feliú Arzeno (Miguelucho), Hugo Kunhardt, Salvador Reyes Valdés y Manuel Calderón Salcedo, dominicanos; Alfonso Leyton, costarricense; Alejandro Silva, Alberto Ramírez y José Félix Córdova, nicaragüenses.

En esos días sucedieron dos acontecimientos de importancia: el delegado en México había comunicado que se había conseguido la base de la isla Cozumel para el reabastecimiento de los aviones y el arribo del Dr. Félix García Carrasco desde Puerto Rico, portador de un mensaje directo del Frente Interno. Los compañeros del interior del país urgían la pronta llegada de la invasión por el peligro que corrían debido a las movilizaciones que debían realizar para colocar a sus hombres en sitios estratégicos. Además, en Puerto Rico se encontraba un delegado que había ido a recoger noticias y portador del mensaje que se nos había hecho llegar a Guatemala. Más tarde se sabría que ese delegado se había vendido a Trujillo, lo que le costó la vida cuando intentó, después del fracaso de la invasión, continuar su labor de engaño y felonía tratando de atraer a una trampa a varios líderes antitrujillistas.

El Dr. García Carrasco estuvo unos días en Guatemala y regresó a Puerto Rico con noticias frescas del avance de nuestros preparativos para ser transmitidas al Frente Interno.

El mensaje escrito entre líneas con tinta invisible de que fue portador el Dr. García Carrasco fue motivo de uno de los incidentes más desagradables de cuantos vivimos en las cárceles de Trujillo después del fracaso de la invasión.

Esa carta fue un ingrediente que sumado a mis gestiones de secretario de don Juan Rodríguez formó parte de algo que anuncié antes y a lo que me referiré en el momento oportuno.

Ya casi todos los componentes de los tres grupos se habían trasladado al campamento en donde recibiríamos la última fase del entrenamiento. Solamente quedábamos en Ciudad de Guatemala, además de los comandantes de grupos, Miguelucho Feliú, José Rolando Martínez y yo.

Una mañana mientras conversábamos en el apartamento de don Juan, que era el asiento del Estado Mayor, que me pusieron una mano en el hombro a la par que oí una voz que decía: “Buenos días muchachos”. Fue grande mi sorpresa cuando al volver la cara me encontré con Juan Bosch, quien ni siquiera se detuvo y penetró en la habitación en donde estaba reunido don Juan con sus asesores.

Luego me enteraría de que Bosch había sido designado delegado de la empresa en La Habana. A pesar de la extrañeza que me produjo su presencia allí debido a su actitud de días antes en La Habana, sentí una grata sensación de optimismo debido a que su colaboración podría ser de gran utilidad para el buen éxito de nuestros propósitos.

El campamento

Dos o tres días después se nos informó a los que quedábamos que en la madrugada del día siguiente seríamos trasladados al campamento. Primero se nos llevó al cuartel de Matamoros en Guatemala en donde abordamos un pequeño avión.

Después de dos horas de vuelo aterrizamos en la base aérea de San José en la costa del Pacífico. Desde allí nos llevaron al campamento en donde hacía algunos días ya estaban los demás compañeros.

Lo primero que resaltó a la vista fue la diferencia entre aquel sitio de entrenamiento y la forma de vida que se llevó en Cayo Confite. Aquí dormíamos en barracas del Ejército y comíamos el rancho de los soldados.

De inmediato nos integramos a los entrenamientos dirigidos por veteranos en la materia. Uno de los más versados de esos instructores era Alberto Ramírez, mi compañero de grupo, quien era un oficial de carrera graduado en una academia militar del Perú y que vivía como emigrado desde hacía varios años por su participación en uno de los tantos complots contra Somoza, dictador de Nicaragua.

En el entrenamiento sobresalía la adaptación del cuerpo a los rigores de largas caminatas a través de terrenos irregulares. También se hacía énfasis tanto en el manejo de las diferentes armas que llevaríamos como en la táctica militar que debíamos aplicar en el adiestramiento propio de la lucha de guerrillas, siempre teniendo en cuenta que las personas a quienes llevaríamos las armas carecían de toda clase de conocimientos en esos menesteres. También hicimos algunos ejercicios de tiro y se nos instruyó en la parte práctica de algunas clases teóricas que habíamos recibido en Ciudad de Guatemala, tales como integrar pequeños pelotones entre gente que carecía de las más elementales nociones de organización militar como se suponía eran la mayoría de los miembros del Frente Interno.

Fue un entrenamiento intensivo dado en el corto tiempo de que disponíamos en el que todos pusimos tanto interés que los instructores quedaron maravillados de la capacidad de asimilación de la mayoría de los futuros expedicionarios. Otra parte de nuestras lecciones consistió en aprender cómo desarmar y armar todos los artefactos bélicos que llevaríamos.

Fueron muchos los incidentes de todo tipo que vivimos durante esos días. Entre ellos hubo uno que por su

naturaleza curiosa y anecdótica creo interesante relatar, sobre todo por la fuerte impresión que causó en mi ánimo y por el contraste de sus detalles en comparación a la vida que los dominicanos estábamos acostumbrados en nuestra lejana y añorada tierra.

Todos habíamos notado, no sin alguna extrañeza, que uno de los compañeros guatemaltecos que nos servía de instructor cada vez que se dirigía al retrete cuya única puerta estaba cubierta por una tela, lo hacía armado de un grueso garrote.

José Rolando Martínez Bonilla no pudo aguantar la curiosidad y en una de esas oportunidades detuvo al guatemalteco con quién entabló el siguiente diálogo:

—Dígame una cosa, sargento, ¿cuál es la utilidad de ese palo en semejante sitio?

—¿Cómo que cuál es la utilidad, acaso Uds. van sin un palo a satisfacer sus necesidades?

—Desde luego, sargento, ¿qué haríamos con un palo como el que Ud. lleva?

—Pues no me explico cómo es que ya uno de Uds. no ha perdido la vida. El caso es que si cuando están dentro del retrete se les presenta en la puerta una barba amarilla armada, esto es, con la mitad de su cuerpo erecta, que es su posición de ataque, pueden darse por muertos porque no hay defensa posible contra un enemigo así por la agilidad de los movimientos de esa serpiente que es la más venenosa de todo Centroamérica. Pero si se ha tenido la precaución de ir provisto de un palo como éste hay la posibilidad de darle un garrotazo, derribarla y luego rematarla en el suelo.

Después de aquel día todo el mundo buscaba afanosamente un palo para ir al retrete.

Mientras tanto la vida en el campamento discurría entre clases teóricas y prácticas y sin ningún tipo de diversión. Sin embargo, el espíritu se mantenía en alto. Jamás hubo

una queja ni ningún motivo de discordia entre los futuros expedicionarios. En verdad que era un cuadro muy diferente al que se vivió en Cayo Confite en donde la intriga y la política partidista y de grupos estaba a la orden del día.

Una mañana corrió por todo el campamento la noticia que todos ansiábamos: había las personas que esperábamos encabezadas por el jefe supremo de la empresa. Era lo único que faltaba para dar orden salida.

El Puerto Barrios

Como los componentes del grupo del hidroavión Catalina no emprenderíamos la salida desde esa base, nos quedaba todavía una etapa por recorrer. Debíamos trasladarnos al otro extremo del país en donde hacía algunos días nos esperaba Gugú Henríquez en compañía de la tripulación de nuestra nave.

Nos trasladamos en avión desde la base de San José, en la costa del Pacífico, hasta Puerto Barrios, en el Atlántico.

El viaje a Puerto Barrios lo hicimos en un avión C-46 cuyas condiciones dejaban mucho que desear.

Hubo un incidente durante el vuelo que me produjo un susto tremendo. Volábamos entre montañas y estábamos tan cerca de ellas que a través de las ventanillas distinguíamos los más mínimos detalles de la floresta a tal punto que se podían reconocer los tipos de árboles y en algunos hasta veíamos sus flores. Eso me causó alguna extrañeza hasta el punto de que fui a la cabina de mando a inquirir el por qué volábamos tan bajo. Con toda tranquilidad el piloto, un mejicano de apellido Castillo, me dijo que ello se debía a que a causa del exceso de peso el avión no podía remontar más; pero que no me preocupara por el momento porque íbamos volando a través de un cañón formado por dos cordilleras cuyos picos veíamos a ambos lados. Que él tenía la

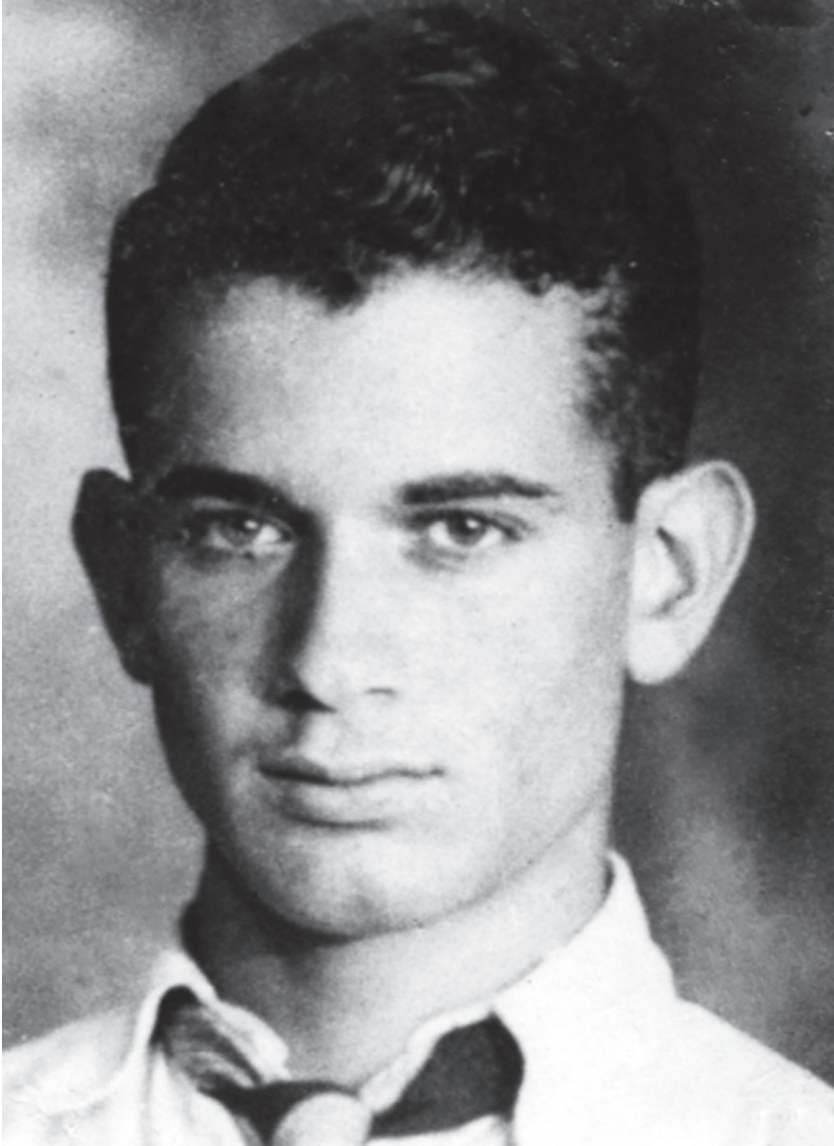
esperanza de que cuando se terminara el cañón ya el aparato habría alcanzado la altura de los trece mil pies que se necesitarían para salir de él. Señaló el altímetro y dijo: “Fíjese que ya estamos volando a ocho mil pies, lo que quiere decir que, aunque muy lentamente, estamos ganando altura. Espero que cuando lleguemos al sitio preciso habremos ganado la altura necesaria”.

Cuando me señaló el altímetro noté que en el tablero de mando en el que había como ocho o diez esferas de diferentes tamaños, en la mayoría de ellas lo único que quedaba era el hueco. No despegué más los ojos del altímetro acechando el lento movimiento de su manecilla. De cuando en cuando miraba hacia el frente en espera de ver aparecer la montaña que nos cerraba el paso. En aquella angustia estuvimos dos o tres más de los compañeros a quienes había enterado de la situación, ya que también como yo se habían acercado a la cabina a indagar el porqué de nuestro vuelo que a nosotros se nos antojaba poco menos que rasante.

Al fin después de más de media hora de angustias el avión sobrevoló la montaña que cerraba el cañón mientras el dichoso aparato medidor de la altura solamente marcaba diez mil pies. ¿Qué había sucedido? O la montaña no era tan alta como nos dijo el piloto o el altímetro estaba descompuesto. Lo único cierto que quedó en mi ánimo fue un justificado resentimiento contra el mexicano que con sus informaciones me había amargado un viaje que debió ser de regocijo puesto que nos acercábamos a una de las metas finales para la realización de nuestro caro anhelo de luchar con las armas en la mano por la liberación de nuestro pueblo. Poco después aterrizamos en Puerto Barrios.



Horacio J. Ornes C. comandante del grupo que desembarcó en Luperón.



Salvador Reyes Valdés murió carbonizado dentro del Catalina.

El lago Izabal

Desde allí hicimos el viaje en compañía del mayor Sardi del Ejército guatemalteco hasta el lago Izabal en una lancha en la que trasladamos todos nuestros pertrechos. Fue una jornada que duró unas doce horas en medio de una naturaleza exuberante y bellísima a través del canal que une el lago con el Océano Atlántico. Fue un viaje inolvidable por aquella ruta que a veces se estrechaba tanto que nos parecía podríamos tocar con las manos ambas riberas a la vez. Y en la que la vegetación se juntaba por arriba formando un túnel natural.

Todo el trayecto lo pasamos sin dormir a pesar de que nos tomó parte de la noche. Entre los temas de conversación que agotamos hubo uno que nos ocupó una gran parte del tiempo puesto que fue tocado en más de una ocasión. Fue el de la presencia en el aeropuerto de Puerto Barrios de una avioneta de la Embajada de los Estados Unidos que aterrizó pocos minutos después que nosotros. De ella descendió un individuo con el cual ya nos habíamos encontrado varias veces tanto en Ciudad de Guatemala como en el pueblecito de San José en donde está enclavada la base que nos sirvió de punto de aterrizaje antes de trasladarnos al campo de entrenamiento.

Después habíamos visto al mismo sujeto cuando hicimos el embarque de las armas en la lancha. Para ninguno de nosotros era un secreto su identidad. Éramos conscientes de que en todo momento estábamos estrechamente vigilados. Llegué a la conclusión de que Guatemala era un país que vivía en las mismas condiciones que el nuestro. Nadie

podía dar el más insignificante paso sin que lo supieran en la Embajada de los Estados Unidos. Los norteamericanos por el momento lo que hacían era enterarse de nuestros movimientos y si ellos no lesionaban sus intereses se mantendrían al margen. Luego actuarían en consonancia con su conveniencia. De manera que no me preocupé por esa vigilancia de la que no podríamos sustraernos.

Ya hice referencias a aquellas películas que nos mostró el Jefe del Ejército de Cuba cuando estuvimos presos en el campamento de Columbia en La Habana, las cuales fueron tomadas por las avionetas de la Embajada mientras sobrevolaban Cayo Confite, que luego fueron entregadas a las autoridades cubanas.

A decir verdad, nos preocupó muy poco la presencia de los yanquis en nuestra ruta. Me sentía poco menos que invencible y pensaba que nada ni nadie podría evitar que nuestra empresa siguiera adelante.

Nuestra lancha atrató en un pequeño pueblecito llamado El Estor enclavado en la ribera del lago.

Cuando llegamos ya el sol hacía ratos que se había puesto de manera que no pudimos ver a nuestro hidroavión que sabíamos estaba anclado en algún lugar del lago.

El mayor Sardi nos buscó alojamiento en el pueblo hasta la mañana siguiente cuando comenzaríamos nuestra tarea de embarcar las armas en el hidroavión y hacer los últimos preparativos de nuestra gran aventura.

Casi no dormí esa noche, no tanto por la incomodidad del alojamiento, sino por la expectativa frente al momento que se avecinaba. Lo mismo le sucedió a los demás compañeros.

Al amanecer ya todos estábamos en pie y lo primero que hice fue mirar a través de una ventana que daba al lago en mi afán de contemplar nuestra embarcación. Al fin la divisé no muy lejos anclada y balanceándose majestuosamente.

Nunca había visto de cerca un hidroavión de esa clase. En verdad que me pareció bello a pesar de que en mi imaginación lo había concebido de unas proporciones mucho mayores de las que en realidad tenía.

Antes dije que dentro del plan general de la invasión los tres desembarcos debían hacerse simultáneamente. Por eso para coordinar las salidas de los tres grupos fue necesario hacer la siguiente combinación: los primeros en levantar el vuelo debían ser los aviones de los otros grupos. Estos sobrevolarían el lago Izabal antes de enfilarse hacia la isla Cozumel. Su presencia sobre el lago sería nuestra señal de partida. De esa manera si surgía cualquier inconveniente de última hora que impidiera la salida del grueso de la expedición constituida por esos dos grupos, no nos veríamos en la incómoda situación o de ser los primeros en llegar y alertar a Trujillo o de ser los únicos en pisar tierra dominicana. ¡Cuán lejos estábamos de pensar cuando se tomaron estas previsoras medidas cuál iba a ser la realidad de nuestro destino!

Cuando me enteré de esa combinación por boca de Horacio Ornes, no pude dejar de observar que era una disposición que podía estar sujeta a muchas eventualidades. Que más sencillo y seguro hubiera sido mantener una comunicación permanente por radio y dar en clave las instrucciones precisas para la sincronización de todos nuestros movimientos. Su respuesta fue un tanto descorazonante, aunque no sorprendente si se tiene en cuenta el incidente del altímetro descompuesto, pues dijo con una sonrisa muy suya: "Pero tú estás soñando, ninguno de esos aviones tiene radio".

También se había tenido en cuenta que a pesar de que los otros aviones harían una escala en Cozumel, de todas maneras, llegaríamos más o menos a la misma hora porque nuestra nave era mucho más lenta que las demás.

Todo esto sucedía en la mañana del 18 de junio de 1949. La salida estaba programada para horas de la tarde; así es que teníamos todo el día para efectuar el embarque de los pertrechos y hacer algunas prácticas que no habíamos podido realizar en la base por la naturaleza de éstas como era el lanzamiento de granadas tanto de estruendo o defensiva como las ofensivas.

En estos ejercicios el que mejor disposición demostró fue Hugo Kunhardt. Tengo en mi memoria grabada su frágil figura haciendo un lanzamiento y su rápida tirada al suelo sujetándose los espejuelos montados al aire de los que no podía prescindir puesto que sin ellos quedaba ciego. En una ocasión el mayor Sardi le observó que su preocupación por los espejuelos podría ser una desventaja frente al enemigo. Que, si no se los podía quitar, por lo menos que se olvidara de ellos. Más adelante los acontecimientos le darían la razón al oficial guatemalteco ya que fue precisamente la imposibilidad de actuar sin sus lentes lo que le costó la vida a Hugo Kunhardt.

El embarque de las armas nos tomó toda la mañana y parte de la tarde. En esa tarea tuvimos la cooperación de algunos habitantes del pueblecito sin la cual nos hubiera sido imposible realizarla en el tiempo requerido, ya que, como anoté antes, debíamos estar listos en horas de la tarde. Ya desde las cuatro lo teníamos todo preparado y no nos quedaba más que esperar el paso de los otros aviones sobre el lago para emprender la salida.

A eso de las cinco y cuando ya nuestra impaciencia se había hecho notoria, al fin vimos un avión C-46 sobrevolar el lago. A pesar de la altura a que pasó comprendimos que era la señal convenida y nos aprestamos a abordar nuestro Catalina en medio de hurras y otras manifestaciones de alegría.

Al fin, en todas mis actividades conspirativas contra Trujillo se me presentaba una ocasión concreta que me

acercaría a lo que en esos momentos se me antojaba como la realización de mis más caros anhelos: llegar a Santo Domingo con las armas en la mano a combatir la odiosa tiranía trujillista.

A la lista de los expedicionarios ya completada con la presencia de Gugú Henríquez, hay que agregar a los miembros de la tripulación. Estos eran tres muchachos norteamericanos cuyo único compromiso era llevar el hidroavión y una vez desembarcados las armas y los hombres regresar al punto de Cuba más cercano a nuestra isla. Por esa tarea se les pagaría una suma de dinero que ya habían cobrado por adelantado.

Según los cálculos, la hora de llegada a Santo Domingo de los tres grupos era más o menos entre las cinco y las seis de la mañana del día 19 de junio. Por esa razón nosotros debíamos apresurarnos a despegar si queríamos acudir con puntualidad a la cita.

A bordo del Catalina

Una vez todo listo se dio la orden de partida. Se encendieron los dos motores de la nave y después de unos minutos de calentamiento comenzó a deslizarse por las tranquilas aguas del lago. Por las ventanillas miraba con ansiedad cómo las aguas eran cortadas por la quilla del avión y esperábamos de un momento a otro verlas alejarse mientras la nave remontaría el vuelo. Sin embargo, las aguas continuaban siempre a la misma distancia. El avión no subía. Había llegado a los límites del lago y se había devuelto en dos ocasiones para volver a emprender otra carrera en su intento por remontar el vuelo; pero todo era en vano. A la tercera tentativa el piloto se acercó a Gugú y en inglés lo enteró de que debido al exceso de carga no era posible despegar.

Cuando Gugú tradujo las palabras del piloto, vi asomarse la angustia y la decepción en los rostros de los compañeros. Las mismas que sentía yo.

El piloto opinó que debíamos esperar hasta el día siguiente puesto que ya había caído la noche y era peligroso intentar elevarse debido a que como no conocía los alrededores temía encontrarse con una montaña y estrellar el avión. Además, era necesario echar al agua una parte de la carga, operación que era muy difícil realizar en medio de la oscuridad.

Frente a esas contundentes razones se resolvió aplazar la hora de nuestra partida hasta la mañana siguiente.

Nadie era ajeno a lo que eso significaba. Además de que llegaríamos tarde a la cita, perderíamos la ventaja que siempre da la sorpresa en esta clase de acciones puesto que suponíamos que precisamente en el momento de nuestra partida estarían arribando a Santo Domingo los otros compañeros. Otro de los inconvenientes de ese retraso era que nuestra llegada se produciría durante la noche, lo que era también una desventaja. En opinión de los expertos, después del desembarco debíamos contar con la luz del día para hacer nuestros contactos de inmediato y, lo que era todavía más importante, nos permitiría tomar posiciones ventajosas antes de encontrarnos con el enemigo. A ese respecto fueron muchos los ejemplos históricos que se nos pusieron en las clases teóricas en los que siempre las invasiones se realizaban en horas de la madrugada.

Pasamos la noche dentro del hidroavión. Lo resolvimos así para ganar tiempo. De esa manera tan pronto aclarara arrojaríamos el peso en exceso y levantaríamos vuelo.

Es de imaginarse la ansiedad que me embargaba. Los comentarios fueron muy escasos; pero suponía lo que pensaban los demás. Tenía un complejo de culpabilidad porque consideraba a los otros compañeros camino a Santo

Domingo mientras nosotros pernoctábamos todavía en tierra guatemalteca.

Tiempo después cuando me acordaba de mis preocupaciones de esos momentos no podía dejar de sonreír con cierta amargura frente a la realidad de lo que estaba sucediendo a los otros aviones en esos precisos instantes y que por falta de comunicación entre los grupos no se pudo evitar el holocausto que significó la pérdida de las diez vidas que costó nuestra aventura.

El comentario de Miguelucho Feliú, quien era hombre de pocas palabras, pero certero en sus opiniones fue: “No debemos preocuparnos por este contratiempo porque la culpa no es de nosotros. Los culpables son los expertos asesores de don Juan que calcularon mal el peso que puede elevar este aparato”.

Fuere de quien fuere la culpa, lo cierto es que pasamos la noche casi sin dormir esperando con ansiedad que amaneciera.

Todavía no había apuntado el sol en el horizonte cuando ya estábamos en actividad. Arrojamamos algunas armas de las pocas pesadas que llevábamos y parte del parque que les correspondía. También nos desembarazamos del sobrante de gasolina que a juicio de los aviadores no era necesario para regresar a Cuba.

Se dio la orden de partida y el Catalina aligerado de la carga en exceso, luego de un corto recorrido por las apacibles aguas del lago, comenzó a ganar altura en medio de las manifestaciones de júbilo de todos nosotros. Los más expresivos del grupo eran siempre Gugú Henríquez y Hugo Kunhardt, quienes dentro del avión y contraviniendo todas las instrucciones emanadas de la tripulación, comenzaron a dar brincos de contento tan pronto notaron que el Catalina había despegado.

Había comenzado la tan esperada última jomada a cuyo final se encontraba Santo Domingo con su cúmulo de interrogantes. Teníamos por delante unas diez horas de vuelo según los cálculos del piloto durante las que habría tiempo suficiente para arreglar los últimos detalles de nuestra empresa.

Era la mañana del domingo 19 de junio de 1949, o sea, a dos años justos de mi partida desde Santo Domingo a tomar posesión de mi cargo como vicecónsul en San Juan de Puerto Rico. Ahora hacía el viaje de regreso por una ruta muy diferente y con unos propósitos muy diferentes también. Había salido con la incierta esperanza de encontrar una vía de solución al asfixiante problema que vivía el pueblo dominicano bajo la tiranía trujillista; pero sin ningún plan concreto en mente. Ahora regresaba armado de un fusil y con un plan cuidadosamente preconcebido para luchar por la solución de aquellos mismos problemas.

Durante todo el trayecto tuvimos un tiempo apacible y claro. Ninguna nube empañó el azul cielo que nos cubrió siempre. Como toda la ruta la hicimos sobre el mar Caribe siempre tuvimos ante nuestros ojos sus verdes aguas y en los momentos de ocio nos entreteníamos contemplando las pequeñas islas que iban apareciendo como en una pantalla cinematográfica.

Fueron muchos los pensamientos que ocuparon mi mente, no importaba cuál fuera la tarea que realizara. No podía dejar de pensar en cual sería el destino de aquellos doce hombres cuya meta común era el derrocamiento de la tiranía trujillista. Pensamientos como los siguientes no podía separar de mi mente: ¿Cuántos morirían en la empresa? ¿Cuál sería su resultado? ¿Qué sería de nosotros dentro de dos o tres días? Sentía una especial preocupación por algunos de los compañeros en particular. ¿Qué sería de Gugú? ¿Qué de Miguelucho? Cosa rara, que después recordaba

con toda claridad y que comentaba en círculos íntimos: en ningún momento me pasó por la mente que yo pudiera morir en el lance. Lo mismo me dijo en algunas ocasiones Miguelucho mucho después de que pasó todo.

Algo que me preocupó durante ese trayecto fue la certeza de que no todos los integrantes del grupo tenían las mismas ideas acerca de cuál debía ser el futuro del pueblo dominicano en el caso de que saliéramos triunfantes. Esto así porque ya en varias ocasiones habíamos tenido algunas discusiones a ese respecto. Y no sólo en lo tocante a cuestiones a largo plazo sino en cuanto a lo que se debía hacer de inmediato, esto es, tanto en la elección del sitio de desembarco como en las actividades que seguirían a esa acción.

Mientras aceitaba unas armas, tarea en la que todos dedicamos una gran parte del tiempo, pensaba en un incidente ocurrido en Ciudad de Guatemala, algunos días antes de la partida hacia el campamento. Nos habíamos reunido en un restaurant en una cena que nos brindó Horacio con motivo de la próxima partida. Como el círculo era muy íntimo nuestro anfitrión dejó entrever algunos detalles de la forma en que se haría el desembarco, pero sin indicar el sitio exacto del mismo. Habló de una ensenada a cuya orilla está enclavado un pequeño pueblo en el que había un embarcadero que sería apropiado para nuestro propósito. La operación sería sencilla. El hidroavión amarizaría en la ensenada, se acercaría al embarcadero que utilizaríamos para trasladarnos a tierra con las armas.

De inmediato le hice las siguientes observaciones: eso se podría hacer si el sitio fuera despoblado y en el que no hubiera autoridades que de seguro nos pedirían que justificáramos nuestra presencia. Que en ese plan no se había contado con la reacción tanto del pueblo como de la guarnición que de seguro habría allí que, por mínima que fuera, algunas instrucciones tendrían para casos semejantes. Que

nosotros dentro de un hidroavión estaríamos indefensos frente a cualquier tirador que se apostara en un sitio estratégico de la orilla. Que, aunque yo no tenía ninguna experiencia respecto a hidroaviones suponía que para atracar junto a un desembarcadero se necesitaría la cooperación de algunas personas que estuvieran en tierra. En síntesis, mis objeciones se podrían reducir a que no debíamos desembarcar en un sitio tan cercano a una población.

La respuesta de Horacio fue que en caso de que fuéramos tiroteados desde la orilla no nos quedaría otro remedio que abrir fuego y empezar la pelea. Que en realidad nosotros íbamos a pelear y que por tanto no era una cosa del otro mundo que lo hiciéramos al desembarcar. Frente a ese argumento Hugo Kundhart le replicó que estaba enterado de que dentro de la táctica aprobada no debíamos enfrentarnos de inmediato con el enemigo hasta no hacer contacto con el Frente Interno y haber ocupado posiciones ventajosas.

Otro de los temas de discusión surgió cuando Horacio nos enteró que la gente del Frente Interno nos esperaría en un sitio localizado como a treinta kilómetros del elegido para el desembarco. Agregó que la razón de esta medida era el temor de don Juan Rodríguez frente a una posible delación de uno cualquiera de los afiliados del Frente Interno. A pesar de que en esos momentos no teníamos ninguna evidencia de que eso podía suceder, nadie hizo objeciones a esa medida porque todos sabíamos que don Juan era extremadamente cuidadoso en ese terreno. Más tarde los acontecimientos le darían la razón puesto que, como ya anoté antes, precisamente uno de los dirigentes del Frente Interno se vendió a Trujillo, lo que costó la vida a los más altos representantes de esa agrupación en el sector Norte.

Esto y otros tópicos fueron tratados en aquella cena y las discusiones que ellos suscitaron a veces subieron de tono

hasta el extremo de que en una ocasión se habló de sanciones para los que no obedecieran las órdenes emanadas de las autoridades superiores. Horacio, acalorado por las objeciones que se le hicieron, llegó a decir que el que no quisiera acogerse a la situación creada por las circunstancias todavía estaba a tiempo de renunciar a todo. Que nadie iría contra su voluntad. Desde luego que tanto las objeciones como las veladas amenazas de nuestro jefe de grupo jamás podrían cambiar el firme propósito que nos animaba a todos de seguir adelante cualesquiera que fueren las condiciones en que emprendiéramos la empresa para la que nos habíamos comprometido. La prueba más fehaciente de ello era nuestra presencia en aquel hidroavión que nos transportaba rumbo a Santo Domingo.

La única preocupación que me embargaba se debía al retraso que, según creía, llevaba nuestro aparato con respecto a los demás. Nadie habló de ello; pero no podía dejar de pensar que en esos momentos ya hacía algunas horas que los otros compañeros debían estar en tierras dominicanas. Esa convicción se manifestaba en el interés que todos poníamos en oír un radio portátil que llevábamos a bordo y en el que recogíamos las transmisiones de los países en la medida en que nos acercábamos a ellos. No sin cierto nerviosismo, movíamos la aguja de su indicador con la esperanza de captar una estación dominicana con la recóndita esperanza de oír alguna noticia que nos indicara lo que estaba sucediendo allí.

En un momento y en horas de la tarde en que me encontraba revisando mi mochila, creo que lo hacía por décima vez en ese día, oí una fuerte algarabía proveniente de tres de los compañeros que en ese momento manipulaban el radio.

—Sintonicé a Santo Domingo —casi gritó Gugú Henríquez.

Todos dejamos lo que estábamos haciendo y nos agrupamos ansiosos alrededor del aparato.

Efectivamente, se escuchaba una música muy conocida por todos pues se trataba de “Granada” de Agustín Lara. Cuando terminó la pieza se oyó la voz del locutor que en ese acento inconfundible de los dominicanos anunciaba que se trataba de la Voz de Santo Domingo, la estación oficial de la tiranía. Dijo algunas cosas intrascendentes más y anunció el siguiente número musical. Cuando comenzó de nuevo la música, nos miramos, no dijimos una palabra y volvimos a nuestros quehaceres.

Un gran desaliento mezclado con extrañeza embargó mi espíritu y varias interrogantes afloraron a mi mente. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era posible que si ya hacía diez o doce horas que se habían producido los desembarcos la estación del gobierno estuviera tocando “Granada” de Agustín Lara? En esos momentos en que mi gran preocupación era el no acudir a tiempo a la cita con nuestros compañeros, me parecía que la llegada de ellos debía constituir un acontecimiento de tal envergadura en el país que consideraba inconcebible que la estación de radio del gobierno estuviera transmitiendo música ligera en vez de dar noticias referentes a los desembarcos.

En esas especulaciones estaba cuando se me acercó José Rolando a comentar el incidente de la radio. Su opinión, muy sensata, por cierto, fue que aunque se estuviera cayendo el gobierno, Trujillo mantendría música popular en la radio para que el pueblo no se percatara de la situación, como era su costumbre. Además, no debíamos olvidar que los desembarcos serían en el interior del país y que la táctica era no hacer contacto inmediatamente con el enemigo. Que era posible que a esas horas todavía ni el propio Trujillo supiera de la presencia de los expedicionarios.

Tiempo después todavía comentaba con el mismo José Rolando cómo era posible que yo no hubiera razonado de esa manera desde el primer momento. Era lógico que Trujillo no diera ninguna noticia de los desembarcos por la radio. Pero a nadie se le ocurrió pensar, ni muchos menos comentar que el silencio de Trujillo respecto a los desembarcos se debía a que éstos no se habían producido. Tan seguro estaba de que éramos nosotros los que todavía no habíamos cumplido con nuestro deber.

Una vez superado ese incidente y como ya se acercaba el momento en que, según los cálculos, debíamos llegar a las costas dominicanas, se nos dieron las últimas instrucciones.

Muchos todavía no conocían el sitio exacto de llegada. Horacio se colocó en un lugar adecuado para ser oído y visto por todos y comenzó a hablar. Dijo que el sitio elegido era la Bahía de Gracia a cuya orilla está enclavado el poblado de Luperón en la costa norte del país. De inmediato leyó el plan de desembarco que había sido cuidadosamente preparado en colaboración con los expertos asesores de la empresa.

Ya me he referido en esencia a los pormenores de la operación de los que me enteré y discutí en aquella cena en Ciudad de Guatemala. Ahora ya no se trataba de planes posibles de ser discutidos sino de acciones que debíamos realizar dentro de poco tiempo. Además, habían quedado algunos detalles que ni el mismo Horacio conocía en aquellos momentos puesto que serían el producto de las circunstancias inmediatas tales como el papel que cada uno debía desempeñar en esas acciones. No me referiré a esos roles ahora, a pesar de que fueron repartidos en esos momentos porque en la medida en que se vayan desarrollando los acontecimientos se verá cuál fue la parte que tocó realizar a cada uno de nosotros.

Una vez que Horacio dio las instrucciones nos mostró un bulto que todos habíamos visto en un rincón, pero al que nadie había hecho el menor caso. Cuando lo vi por primera vez pensé que era un paquete de libros y ni siquiera me molesté en preguntar por su contenido. Horacio se refirió a él en unos términos que despertaron la curiosidad de todos. Se trataba de un manifiesto de tipo político que había sido impreso en Ciudad de Guatemala y que, según supe más tarde, había sido redactado por el Dr. Román Durán para ser distribuido entre el pueblo.

Por razones obvias, después del fracaso no pudimos conservar ninguno de los ejemplares de dicho manifiesto, aunque creo que Trujillo lo hizo copiar en el expediente de la mascarada de juicio que se nos siguió. Lo cierto es que no tengo a mano ninguno de esos ejemplares. Sin embargo, conservo en la memoria sus delineamientos generales.

Era una pieza de tipo liberal en la que se ponía de manifiesto las características sangrientas de la tiranía y la necesidad ineludible del pueblo dominicano de sacudirse de su yugo. Se hacía una enumeración de las reivindicaciones que se lograrían de triunfar la rebelión que nos proponíamos iniciar con la ayuda del pueblo. Se hablaba específicamente de la Reforma Agraria y de todas las demás ventajas que se derivarían del derrocamiento de Trujillo.

El mayor énfasis se ponía en la colaboración que pedíamos al pueblo sin la cual era imposible la conquista de la libertad, ya que nuestra misión principal era llevar las armas para que el pueblo mismo haciendo uso de ellas lograra su total liberación. El manifiesto terminaba con algunas frases patrióticas, algunos vivos a la libertad, y haciendo un llamamiento a la incorporación de las mayorías populares a la lucha armada. El destino de ese escrito fue bien triste. Ninguno de sus ejemplares jamás llegó a manos del pueblo.

Después que Horacio leyó el documento agregó algunas palabras de su propia inspiración que merecieron el siguiente comentario de Miguelucho: “Por lo menos tenemos la garantía de que Horacio ha cogido la cosa muy en serio porque mira que atreverse a echar un discurso en estas circunstancias y además no hacerlo mal”.

A decir verdad, las palabras de nuestro jefe de grupo me produjeron una fuerte impresión. Posiblemente hija del momento que vivía, el preludio del enfrentamiento a una realidad que durante años había yacido adormecida como el más ferviente anhelo de mi vida. La convicción de que dentro de poco al fin pisaría tierra dominicana fusil en mano con el propósito de derrocar la tiranía trujillista no podía por menos que hacerme sentir como si estuviera a punto de colmar todas mis ambiciones.

La noche se nos echó encima rápidamente y de pronto el panorama que contemplaba a través de las ventanillas cambió por completo. Ya no era el verde mar lo que acechaba para descubrir las siluetas de las islas sino el alumbrado eléctrico de pequeñas poblaciones que se presentaban a la vista.

Trataba de adivinar a cuál de ellas pertenecían las exiguas luces que rápidamente pasaban por debajo de nuestra nave. Lo único que sabía era que ya hacía bastante tiempo que volábamos cerca de las costas de Haití y que pronto sobrevolaríamos territorio dominicano. De pronto alguien aseguró que las iluminaciones que se presentaban en esos momentos eran las de Montecristi y otro ripostó que en realidad se trataba ya de Puerto Plata. A decir verdad, nadie sabía a ciencia cierta el sitio exacto sobre el cual nos encontrábamos. Sólo persistía y aumentaba la emoción de que pronto estaría pisando nuestra querida tierra.



“La imposibilidad de actuar sin sus lentes le costó la vida a Hugo Kundhart”.

El desembarco

Dentro de la expectativa no fue una sorpresa oír la voz de José Rolando Martínez, quien también servía de intérprete a los aviadores, cuando dijo: “Prepárense que ya el avión está descendiendo y dentro de pocos minutos se tirará en la bahía”.

Había unos cinturones adosados a las paredes a los que nos amarramos. A poco rato sentí como si el hidro-avión se hubiera caído desde una altura considerable. Fue un tremendo impacto en medio de la oscuridad que reinaba en su interior que me hizo perder la gorra que completaba mi atuendo de expedicionario y la que ya jamás volvería a recuperar.

Debido a que el hidro-avión había dado dos vueltas sobre el poblado antes de amarizar, sus habitantes se habían puesto alerta a causa de lo inusitado del acontecimiento. De manera que cuando el aparato tocó agua la mayoría de la población se encontraba en el embarcadero que penetraba en la bahía. Cuando me solté el cinturón de seguridad y miré por una ventanilla, el espectáculo que presencié fue verdaderamente inesperado. Varios cientos de personas nos vitoreaban desde el pequeño muelle.

La circunstancia de ser domingo, día en que se celebraban conciertos de música popular en el parque del pueblo, hizo que se pudiera reunir tanta gente en tan corto tiempo, la que corrió al embarcadero cuando se supo que el aeroplano había amarizado en la bahía. Según me enteré después era la primera vez que tal hecho ocurría en toda la historia de ese poblado.

La presencia de esas personas fue por el momento favorable para nosotros puesto que de inmediato se percataron de que sin su ayuda nuestra nave no se podría acercar al embarcadero. Se aprestaron a auxiliarnos utilizando un bote que llegó hasta la cabina de la tripulación. Desde allí se le tiró un cable con el que fuimos halados hasta pegarnos al muelle. O sea, que se había cumplido una de las predicciones que le había hecho a Horacio allá en Ciudad Guatemala, esto es, que sin ayuda de tierra nos hubiera sido imposible acercarnos al sitio de desembarco.

Con la colaboración de esos voluntarios completamente ignorantes de la clase de maniobra en que habían participado, amarramos el hidro-avión y dimos comienzo a nuestras actividades.

El primero en desembarcar fue Horacio seguido de Gugú, Alejandro Selva, Alberto Ramírez, Hugo, Miguelucho, Alfonso Leyton y José Félix Córdova Boniche. La misión de este grupo era tomar el pueblo mientras los cuatro restantes nos ocuparíamos de desembarcar las armas que serían transportadas en los medios que se suponía tendríamos en nuestras manos una vez ocupada la plaza.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué se nos habían facilitado las cosas hasta el punto de conseguir la colaboración de los voluntarios sin cuya ayuda hubiéramos quedado a merced de aquella gente agrupada en el embarcadero entre las que se encontraban las autoridades civiles y militares del lugar?

Se había producido un fenómeno muy acorde con la situación imperante en nuestro país. Todas aquellas personas habían creído que se trataba de un hidro-avión perteneciente al gobierno y que nosotros éramos miembros del ejército trujillista que por una circunstancia ignorada por ellos habíamos llegado a aquel lugar. Lo más natural era que nos prestaran su ayuda.

Esa equivocación se puso más de manifiesto en el momento en que nuestros primeros hombres pisaron tierra. Muchos de los presentes comenzaron a dar vivas a Trujillo y a mostrar a los invasores sus cédulas de identificación personal en un movimiento muy peculiar del ambiente en que vivía el pueblo dominicano bajo la férrea dictadura trujillista.

El primero en romper el hielo fue Gugú, quien se encará con dos o tres que se le acercaron con las cédulas en la mano y les dijo: “Esta es una invasión. Abajo Trujillo. Viva Horacio Vásquez”.

De seguro que la última parte de las palabras de Gugú no fueron comprendidas; pero las primeras eran demasiado significativas y elocuentes. Fue como si se hubiera roto el encantamiento. De inmediato los más cercanos a nuestros muchachos abrieron campo e iniciaron una estampida. Muchos optaron por lanzarse al agua desde los costados del embarcadero en la medida en que los invasores armados de ametralladoras se les acercaban. Sonaron algunos disparos que aumentaron el pánico de aquellos sorprendidos habitantes del poblado de Luperón.

Mientras tanto nuestra avanzada había ganado la tierra firme.

Como mi tarea conjuntamente con José Rolando, Manuel Calderón y Salvador Reyes Valdés era descargar las armas, tan pronto desaparecieron de nuestra vista los encargados de tomar la plaza, nos enfrascamos en ella.

Algunos de los habitantes de Luperón que todavía quedaban en el muelle se prestaron como voluntarios a ayudarnos en dicha tarea. Es más, sin su colaboración nosotros cuatro no hubiéramos podido llevarla a feliz término. Así es que nuestra labor se circunscribió a dirigir los trabajos de descarga. Las armas fueron colocadas en el piso de

madera del muelle en la medida en que iban siendo sacadas del hidroavión.

Cuando más de la mitad de los pertrechos habían sido desembarcados se oyó en el pueblo el tableteo de las ametralladoras y el estruendo de algunas granadas de mano. Eso hizo que apuráramos a los voluntarios puesto que pensábamos que habían comenzado las hostilidades. En medio del fragor de los tiros y de las granadas se apagaron las luces del pueblo, lo que no entorpeció nuestra tarea ya que el hidro-avión tenía luces encendidas.

Otra de mis obligaciones era mantener el contacto con el grupo que había ido al poblado por medio de un aparato de radio portátil que llevaba colocado en banderola que se comunicaba con otro que llevaba Hugo. Cuando comenzaron los tiros traté inútilmente de establecer comunicación. Al no lograrlo, desistí y me dediqué de lleno a la labor de desembarque de las armas.

En eso estaba cuando de momento oí que alguien dijo: "Abran campo que traen un herido". Efectivamente a poco algunos de los voluntarios depositaron en el suelo el cuerpo herido de Hugo Kunhardt.

Como la labor de desembarque ya estaba casi terminada me ocupé en atender al compañero. Este estaba en su conocimiento y me dijo que había sido alcanzado por una bala en la parte derecha del vientre. Lo palpé y pude percatarme de la gran cantidad de sangre que estaba perdiendo. De inmediato entre José Rolando y yo lo trasladamos al interior del Catalina y lo pusimos en manos de Salvador Reyes Valdés quien era casi médico y tenía los medios para atenderlo en la medida de nuestras posibilidades.

No habían pasado cinco minutos de este doloroso incidente cuando anunciaron que traían otro herido. Esta vez se trataba de Alberto Ramírez, uno de los nicaragüenses que llegó cadáver a nuestras manos. De inmediato ordenamos

que fuera colocado también en el avión y nos dispusimos a continuar nuestra tarea.

Mientras tanto un silencio que no presagiaba nada bueno se había producido dentro del oscurecido pueblo.

Uno de los voluntarios se nos acercó y mientras mostraba una llave dijo: “Estas llaves son de una camioneta de mi propiedad. Carguemos las armas en ella y vayámonos de aquí que de seguro pronto llegará el guardacostas que hace el recorrido entre este puerto y La Isabela y si nos encuentra aquí no quedará uno vivo ni de ustedes ni de nosotros”.

El tono en que habló el voluntario fue el de uno de los nuestros. Se sentía ya comprometido pues sabía que su vida peligraba si los soldados trujillistas lo encontraban junto a nosotros.

Más tarde al comentar ese incidente fue cuando aquilaté su real transcendencia. Comprendí que no estábamos solos en suelo dominicano puesto que la actitud del dueño de la camioneta fue la misma del pequeño grupo que hasta ese momento y sin que mediara ninguna imposición colaboró con nosotros. Más tarde supe que algunos de los que se portaron así fueron encarcelados y hasta se dijo que algunos fueron asesinados. La tiranía no les perdonó ese gesto de solidaridad.

A los pocos minutos del incidente de las llaves trajeron el tercer herido.

Cuando me di cuenta y antes de saber quien era pasé algunos instantes de ansiedad pues en mi fuero interno deseé que no se tratara de ninguno de mis más íntimos dentro del grupo. Fueron unos deseos inconscientes que me guardé mucho de comentar después entre mis compañeros pues a todos debía guardar el mismo tipo de cariño y consideración. Pero hay sentimientos que no se pueden controlar y ese es uno de ellos.

El herido era Alfonso Leyton, el costarricense.

Los acontecimientos que he relatado habían sucedido con una celeridad tal que en esos momentos no había tenido tiempo de detenerme a pensar en el resaltado de las acciones encomendadas al grupo que se había internado en el pueblo. Los únicos indicios eran las ráfagas de ametralladoras, la explosión de granadas de mano, la oscuridad del pueblo y la traída de los heridos. Fuera de eso nada más sabía.

Los objetivos inmediatos del comando de acción eran el sometimiento de las autoridades del lugar y la toma de las oficinas del telégrafo. Una vez conseguidos podríamos considerar que el pueblo estaba en nuestras manos y seguir adelante con nuestros planes, esto es, la transportación de las armas hasta el sitio en donde suponíamos nos esperaba la gente del Frente Interno que era el poblado de Duvergé situado a unos treinta kilómetros de Luperón.

La retirada

Unos minutos después que colocamos a Leyton herido en la garganta dentro del Catalina, vi acercarse una pequeña columna que pude distinguir en detalle solamente cuando entró dentro del radio de la luz del avión. Me causó alguna sorpresa distinguir al frente de ella a Horacio. Le seguían los sobrevivientes del comando que se había internado en el pueblo. Horacio solamente dijo: "Esto fracasó, nos vamos para Santiago de Cuba".

Los tripulantes, que se habían quedado ayudando en el desembarque de las armas, de inmediato soltaron los rifles que tenían en las manos y se aprestaron a abordar el avión. Lo mismo hicimos todos sin comentarios. Ya tendría tiempo de sobra para hacer preguntas.

La breve explicación que me dio Horacio una vez acomodados en el avión y en espera del despeje fue la siguiente: "Resolvimos retirarnos porque los otros aviones no han

llegado, no pudimos tomar el telégrafo por lo que ya a estas horas deben estar al llegar refuerzos lo que no nos dará tiempo para hacer contactos con el Frente Interno y además ya hemos tenido tres bajas entre ellos dos heridos. Si llegamos a tiempo a un hospital podremos salvar sus vidas”.

Por el tono en que habló comprendí que la decisión había sido tomada entre los componentes del comando de acción. En ningún momento se me ocurrió discutir si esa decisión era o no correcta. Ni si se tenían pruebas fehacientes de que en realidad no habían llegado los otros aviones.

Como esos no eran momentos para hacer especulaciones ni mucho menos recriminaciones, pusimos todas nuestras energías en los problemas inmediatos entre los cuales el más apremiante era levantar vuelo y alejarnos de aquel sitio en el que era evidente que ya nada teníamos que hacer.

Aún a los pocos días después de los incidentes del desembarco me era difícil reconstruir los pensamientos que se me agolpaban en aquellos momentos. No puedo decir si mis emociones eran de inconformidad o de resignación. Sólo sé que me preocupaba lo que podría suceder en el minuto siguiente. No me acuerdo haber tenido ningún pensamiento relacionado con el futuro, ni siquiera el inmediato. Tampoco me acuerdo que me asaltaran recuerdos del pasado por reciente que fuera. Supongo que ese estado anímico se debía a que los acontecimientos se habían precipitado de tal manera que mi mente no tenía otra ocupación que no fuera el presente que estaba viviendo. No fue sino después que pasaron esas primeras experiencias cuando comencé a reconstruir mis pensamientos y mis emociones. Fue cuando tuve las primeras sensaciones que puedo analizar en toda su trascendencia.

Cuando me senté al lado de Horacio dispuesto a emprender el viaje de regreso preñado de incertidumbres estaba muy lejos de pensar que los acontecimientos

inmediatamente futuros serían aún más dramáticos que los hasta entonces vividos desde que avisté tierra dominicana.

Antes de emprender la retirada se suscitó un incidente con uno de los hombres que habían quedado en el embarcadero al que nadie le dio importancia en el momento en que se produjo; pero que sería decisivo en nuestro destino.

Uno de nuestros auxiliares en la descarga de las armas desamarró el hidro-avión y después gritó a José Rolando, quien recogía el cable desde el Catalina, unas palabras cuya interpretación fueron la clave del susodicho incidente.

Se trataba de la dirección que debía tomar el avión para salir de la bahía hacia el mar abierto e iniciar el vuelo. El único sitio navegable, aún para embarcaciones de poco calado como nuestro hidro-avión, era un canal cercano a la orilla derecha de la ensenada limitado por dicha ribera y un gigantesco palo negro que por su altura y corpulencia era fácilmente visible a pesar de la semioscuridad que reinaba en esos momentos.

De acuerdo con la ubicación de nuestra nave, para tomar el canal debía colarse por la derecha del palo para pasar entre éste y la ribera más cercana. Sin embargo, José Rolando oyó claramente cuando nuestro "auxiliar", ahora hay que ponerlo entre comillas, le gritó que tomara a la izquierda del palo para salir de la bahía. Y así lo tradujo al piloto.

De los pormenores de ese incidente me enteré cuando José Rolando lo relató después que sus desastrosos efectos se hicieron sentir pues al enfilear la nave hacia la mar abierta lo hizo por la izquierda del palo por donde la profundidad de las aguas no llegaba a los dos pies. Cuando el hidro-avión chocó con el banco de arena, con el impulso que ya había ganado al acelerar los motores, casi se paró de nariz y se incrustó en el arenoso suelo. El piloto trató de salir acelerando aún más los dos motores; pero lo que consiguió fue encallarse aún más.

Después de un rato durante el que oíamos el rugido de los motores mientras el Catalina permanecía completamente inmóvil José Rolando se nos acercó y dijo: “Dice el piloto que bajemos a empujar a ver si con el aligeramiento de peso y nuestro esfuerzo podemos sacar el avión del banco en que está varado”.

Sin decir palabra salí en compañía de los demás. Comenzamos una tarea que a los pocos minutos comprendimos era inútil puesto que por más que empujamos el aparato mientras los motores rugían ensordecedores no logramos moverlo ni siquiera una pulgada.

Sin embargo, estuvimos insistiendo durante un rato largo. De pronto oímos la voz de Hugo que por su herida había permanecido dentro del avión que llamaba a Salvador quien en ese momento se encontraba a mi lado empujando la nave. Ambos nos miramos y le hice una señal para que fuera a atender al compañero herido. Fue la última vez que lo vi, así como también fue la última que oí la voz quejumbrosa de Hugo.

Mientras realizábamos el fallido intento de desencallar el Catalina, el agua no nos llegaba más arriba de las rodillas. Esto demostraba que el banco de arena casi estaba a flor de agua y que era imposible que nuestro aparato pudiera moverse en tan poca profundidad.

Cuando estábamos enfrascados en esta tarea recibimos una visita que en ese momento no pudimos comprender ni de donde provenía ni mucho menos de quién se trataba. Fue un pequeño avión que con unos potentes faroles en la parte delantera nos iluminó por unos instantes. Instintivamente todos corrimos a guarecernos bajo las alas del Catalina. El aparato se alejó y a los pocos minutos volvió a repetir su maniobra.

Más tarde Trujillo dijo que se trataba de un avión del presidente Arévalo de Guatemala que había venido

escoltándonos. Nadie le creyó esa falacia. La explicación más lógica es que se trataba de una unidad de la embajada de los Estados Unidos de la que sí teníamos más de una constancia de que había seguido nuestros pasos desde Guatemala. Lo cierto es que no volvimos a ver el aeroplano y que no tardó mucho tiempo sin que hiciera su aparición el guardacostas cuya llegada a la bahía había sido anunciada por el dueño de la camioneta que se nos ofreció para el transporte de las armas.

Poco después de la aparición del pequeño aeroplano los aviadores apagaron los motores y abandonaron la cabina. Cuando nos pasaron por el lado los tres llevaban debajo del brazo un pequeño bulto en el que supuse llevarían sus pertenencias más preciadas. Nadie les dijo una sola palabra. En lo que dijeron en inglés comprendí que se dirigían a la orilla. El único que los acompañó fue el nicaragüense Alejandro Selva. Tal vez pensó que junto a ellos tendría más garantías que quedándose con nosotros. Nunca más los volví a ver.

Después de la partida de los aviadores era obvio que nada nos quedaba por hacer cerca del hidro-avión. No fue necesario tomar una decisión conjunta. Sin que nadie lo ordenara recogimos lo que pudimos cargar sin muchas molestias y emprendimos la marcha hacia la orilla más cercana. Entre las cosas que llevábamos estaban algunas armas, dos cantimploras y dos frazadas.

Cuando llegamos a la orilla, Gugú notó la ausencia de José Rolando y emitió un silbido con el que ambos acostumbraban a llamarse; pero no recibió respuesta. En ese momento nos percatamos de la llegada del guardacostas porque encendió un potente reflector que iluminó el área en donde se encontraba el Catalina. Al ver la luz nos ocultamos detrás de unos matorrales y esperamos unos instantes. La luz estuvo encendida como medio minuto. Cuando la

apagaron nos internamos un poco más en la maleza y permanecimos en completo silencio. A los dos o tres minutos volvieron a encender el reflector, oímos claramente una voz que en tono insultante nos amenazaba y de inmediato el tableteo de una ametralladora seguido de una fuerte explosión que iluminó todo el recinto como si fuera de día. Los tanques del Catalina habían sido tocados por las balas. Al primer estallido le siguieron otros de menor potencia.

Fue un espectáculo aterrador ver aquel aparato incendiado en medio de la noche acompañado por el estruendo que hacían los proyectiles que explotaban dentro de él. Pero lo más sobrecogedor de todo era el conocimiento de que habían quedado dentro de aquel infierno tres compañeros todavía con vida a lo que se sumaba la incertidumbre por la ausencia de José Rolando.

Luego que el fuego aminoró hasta el punto que no iluminaba el sitio en donde permanecíamos escondidos, nos aprestamos a seguir caminando tierra adentro. En esos momentos oímos claramente un similar al que había emitido Gugú llamando a nuestro compañero. Esta vez se trataba del propio José Rolando que nos llamaba. Grande fue nuestro regocijo al saber que no había perecido dentro del Catalina. Cuando nos reunimos nos contó que cuando encendieron por primera vez el reflector se encontraba en la cabina de mando calentándose debido a que había caído en un hoyo y se había empapado completamente. Que cuando apagaron la luz logró salir por el lado opuesto al del guardacostas de manera que al encenderla de nuevo y comenzar a disparar él se encontraba ya bastante lejos del Catalina. Cuando éste hizo explosión se agachó en el agua y caminó en esa incómoda posición hasta ganar la orilla en un sitio no muy distante de donde nos encontrábamos nosotros.



Vista del embarcadero de Luperón desde donde cientos de personas nos vitoreaban.



Alfonso Leyton, que ya herido murió carbonizado en el Catalina.

La fuga a través de los montes

Cuando nos aprestamos a abandonar el escenario de aquellos acontecimientos dirigí una última mirada hacia los restos del Catalina. Noté que todos los compañeros hicieron lo mismo. Sin que nadie dijera una sola palabra, fue como un último homenaje a los compañeros que dejábamos atrás: a Hugo Kunhardt, a Salvador Reyes Valdés, a Alfonso Leyton y a Alberto Ramírez.

Nuestro grupo se había reducido a siete de doce que éramos solamente unas horas antes. Cuatro ya habían muerto y otro había decidido echar su suerte junto a los tres aviadores norteamericanos. Pasarían algunos meses antes de que supiéramos cuál fue el destino de Alejandro Selva y de la tripulación del Catalina. Tres días después del desembarco fueron capturados y fusilados en el acto. Dejar vivos a esos tres muchachos norteamericanos era un precedente que Trujillo no quería dejar sentado. Alejandro Selva fue víctima de esa circunstancia.

Iniciamos un deambular por sitios completamente desconocidos. El único familiarizado con esos parajes había sido Hugo. Luego sabríamos que una gran parte de los terrenos que recorreríamos eran propiedad de su padre.

Debido a ese desconocimiento, casi siempre caminamos haciendo círculos en vez de ir en línea recta que hubiera sido lo correcto si queríamos alejarnos de Luperón como era nuestro deseo ya que el plan que trazamos a la carrera era acercarnos a Haití, cruzar la frontera y ponernos a salvo en aquel país. Fue un propósito que no se ponderó

suficientemente; pero que se habló de él y mientras caminábamos esa era la idea que nos movía.

Esa primera noche caminamos sin detenernos. Hablamos muy poco durante ese lapso.

Nos cogieron los claros del día subiendo un pequeño cerro desde donde dominábamos un bello paisaje; pero sin la menor idea del sitio en donde nos encontrábamos. Al salir el sol nos orientamos y nos dirigimos hacia el Oeste en busca de la frontera con Haití.

Cuando llegamos al firme del cerro hicimos un alto. Un poco más tranquilo, aunque todavía un tanto traumatizado por los recuerdos de la noche anterior, comencé a hacer preguntas.

Alfonso Leyton fue la primera víctima a pesar de haber sido el último en ser llevado al Catalina. Nunca supe por qué Leyton se situó debajo de un poste de luz con su ametralladora en posición de tiro en donde fue herido por un soldado raso antes de que apagaran las luces. Se trataba de un arma especial que tenía dos patitas en la parte delantera que se afincaban en el suelo. Fue esa nuestra única baja producida por el enemigo en la acción del desembarco y a pesar de que el soldado tiró desde una cocina hacia la que había huido, según su propia confesión, Trujillo lo ascendió inmediatamente a teniente y lo declaró héroe nacional.

Respecto al fracaso de la acción para ocupar la oficina del telégrafo, tal vez el punto más importante de nuestra estrategia porque su captura nos permitiría ganar tiempo para hacer contacto con el Frente Interno antes de que se iniciara nuestra persecución, se debió a que cuando los encargados de realizar dicha acción se dirigían hacia su objetivo se encontraron en el camino con algunos músicos uniformados que portaban instrumentos de metal. En ese momento y en otro lugar sonó el tiro que hirió a Leyton. Uno de los nuestros confundió a los músicos con una patrulla del ejército y

les lanzó una granada de estruendo, la que fue seguida de algunos disparos de ametralladora. Esto alertó al encargado de la planta eléctrica, quien de inmediato cortó la corriente dejando el pueblo a oscuras.

La muerte de Alberto Ramírez y la herida de Hugo se debieron a un lamentable incidente producido por la cortedad de vista del segundo y a que el primero era el único de los nuestros que usaba casco de ingeniero en vez de la gorra que los demás llevábamos. Esas dos contingencias, sumadas a la oscuridad que ya reinaba, hicieron que Hugo confundiera a su compañero con un soldado enemigo y le disparara. El nicaragüense ripostó desde el suelo e hirió a Hugo en el vientre.

Manuel Calderón me relató que cuando se inició la marcha para tomar el pueblo y la gente comenzó a huir tirándose al agua desde el embarcadero, Alejandro Selva había disparado indiscriminadamente introduciendo su ametralladora por debajo del piso de madera del muelle; se presumía que había matado o herido a varias personas. Sin embargo, nunca supe que hubiera muerto nadie a consecuencia de esos disparos. Por lo menos si hubo algún muerto o herido Trujillo se lo calló.

La única baja que el gobierno aceptó haber sufrido durante la acción del desembarco fue un cabo de la policía quien desde su lecho de enfermo en el hospital militar declaró a corresponsales extranjeros que quien lo hirió fue uno de los norteamericanos que nos acompañaban. Fue ésta una patraña de Trujillo inventada con miras a justificar el fusilamiento de los tres aviadores.

En realidad, fue Miguelucho quien hirió al cabo después que éste se hubo rendido cuando se enteró de la muerte de Alberto Ramírez y de las heridas de Hugo y de Alfonso Leyton. Fue un incidente promovido por el estado de excitación reinante en esos momentos.

Cuando más tarde Trujillo lanzó la especie que culpaba al norteamericano ninguno de nosotros la desmintió. Con ese silencio no le hacíamos daño a nadie puesto que los aviadores ya habían muerto. De esa manera le evitamos a Miguelucho los inconvenientes que ello le acarrearía. Además, el gobierno sabía que quien había herido al cabo fue uno de nosotros puesto que el incidente ocurrió delante de varios testigos que no tenían ningún interés en ocultar la verdad a menos que así se lo hubieran ordenado. Lo que hicimos fue utilizar una mentira de Trujillo en provecho de uno de los nuestros. No había caso en desmentir al tirano perjudicando a Miguelucho.

A pesar de que no habíamos dormido en las últimas 48 horas, después de descansar por corto tiempo, emprendimos la marcha de nuevo. Ya el agua de las dos cantimploras se había agotado y comenzábamos a sentir los rigores de la sed acrecentada con el calor que nos producía el caminar bajo el sol.

Nadie se quejaba del hambre, en cambio a cada momento algunos manifestaban la mortificación que les producía la falta de agua. En una ocasión le dije a Miguelucho que daría cualquier cosa por beber algo y él rápidamente se volvió y me dijo: "Pues abre la boca que aquí tengo una cosa para ti", al tiempo que hacía el gesto peculiar de quien va a orinar. Aquello produjo una risotada general. A pesar de lo crítico de nuestra situación todavía nos quedaban ánimos para reír.

Serían más o menos las dos de la tarde cuando oí la voz de Miguelucho, quien desde la cabeza de la columna dijo: "Aquí está el agua". Aunque lo hizo en un tono alto se expresó con mucha naturalidad. Como si no la hubiéramos estado buscando con tanta ansiedad. Era esa una de sus características. Difícilmente perdía la ecuanimidad. Por eso los que lo conocíamos a fondo comprendíamos lo mucho

que le habían afectado los incidentes que lo impulsaron a disparar contra aquel cabo de la policía.

El agua que había encontrado Miguelucho provenía de un pequeño arroyo de contenido no muy limpio; pero que a nosotros nos pareció el más puro y cristalino del mundo.

Antes de tomar agua y meter la cabeza por completo en el arroyo me detuve un instante a contemplar a los compañeros que habían llegado antes a su cauce. La sensación de alivio que experimenté, aunque duró poco, me hizo olvidar momentáneamente lo grave de la situación en que nos hallábamos. Fue como si nuestro único objetivo fuera el encontrar agua. Estoy seguro de que todos sentimos la misma sensación. Esto así por el gran regocijo que nos invadió. De momento olvidamos las precauciones que nos habíamos impuesto entre las que se encontraba en primer término el guardar el mayor silencio posible.

Llenamos las dos cantimploras y reiniciamos la marcha rumbo a Occidente.

No habíamos caminado ni medio kilómetro cuando Horacio se detuvo debajo de un árbol, se acostó en el suelo y dijo que no podía continuar la marcha. Manuel Calderón, quien tenía estudios avanzados de medicina, se le acercó y luego de examinarlo comprobó que tenía una fiebre altísima.

Nos detuvimos y luego de deliberar decidimos construir una especie de camilla con una de las frazadas y unos paños que cortó Gugú con el único instrumento cortante que teníamos.

Este incidente hizo aminorar nuestra capacidad de acción puesto que debíamos cargar a nuestro compañero, lo que hicimos por turno. Así estuvimos caminando toda la tarde. Mientras tanto casi toda el agua se la había bebido Horacio puesto que la fiebre aumentaba su sed. Durante todo ese día no ingerimos ningún alimento.

Al caer la tarde llegamos a un pequeño promontorio en donde decidimos pasar la noche. Todos estábamos extenuados no sólo debido al cansancio físico sino a la falta de dormir.

No dormí bien. Desperté varias veces en medio de pesadillas en las que veía el Catalina en llamas y oía las voces de los tres compañeros que sabía se encontraban todavía con vida en su interior.

Desperté muy temprano; pero como algunos compañeros todavía dormían, me quedé tirado de espaldas en el suelo y di riendas sueltas a mis pensamientos. A pesar del tiempo transcurrido todavía me acuerdo de ellos porque fueron muchas las veces que los comenté con Miguelucho durante los ocho largos meses que pasamos en las cárceles de Trujillo.

Como es natural uno de los motivos que más ocupaban mi mente en aquellas primeras horas de la fuga a través del monte era el de nuestro destino inmediato. Tenía la sensación de que ninguno de nosotros sabía a ciencia cierta lo que haríamos en el minuto siguiente.

Después que abandonamos el Catalina en nuestro ánimo nunca hubo un propósito definido como no fuera el de caminar hacia el Oeste porque casi inconscientemente pensábamos que si llegábamos a cruzar la frontera escaparíamos de las garras de Trujillo. Y ni siquiera esa meta adquiriría verdaderos perfiles, por lo menos de una manera clara. Además, la enfermedad de Horacio había contribuido a dar a nuestra caminata rasgos más definidos de una fuga sin esperanzas.

Cuando todos estuvimos dispuestos a continuar nuestro camino y como el único preparativo que debíamos hacer era determinar a quienes correspondía cargar la camilla en que transportábamos a Horacio, casi de inmediato reiniciamos la marcha. De nuevo comenzamos a sentir el imperio

de la sed. Ya las cantimploras estaban agotadas desde la noche anterior.

Además de la sed, el hambre y el propósito de dirigirnos siempre hacia el Oeste, otra de nuestras preocupaciones era evitar el encuentro no sólo con los soldados de Trujillo, sino también con los campesinos. Sabíamos que desde que fuéramos vistos por cualquier persona seríamos denunciados a las patrullas que andaban en nuestra persecución. De esto ya teníamos evidencias porque más de una vez mientras caminábamos por los cerros las habíamos visto por los caminos que divisábamos a lo lejos. Y teníamos la seguridad de la denuncia porque sabíamos cómo se vivía en Santo Domingo bajo la tiranía. Cualquier persona que se hiciera sospechosa de colaboración con nosotros sabía que sería castigada con la muerte. Trujillo era implacable. Y el pueblo tenía muchas pruebas de ello. Esa segunda mañana caminamos por un terreno que nos brindaba más protección contra el sol. La vegetación era tupida y el terreno llano. Esto hizo que nos fuera más fácil llevar la carga de la camilla y hasta apresurar un poco más el paso con miras a ganar unas altas montañas que divisábamos a no muy lejana distancia. Pensábamos que allí encontraríamos más protección contra el enemigo y que además podríamos proveernos de algunos alimentos y, sobre todo, de agua.

A mediodía, Gugú, quien casi siempre iba en la vanguardia, nos anunció que había visto un bohío en lo alto de un pequeño cerro. Se decidió que fueran dos a explorar mientras los demás esperarían debajo de un árbol cuidando a Horacio quien todavía seguía con una fiebre altísima que le hacía perder el conocimiento por momentos.

Gugú y Miguelucho fueron a hacer la exploración armados con sendas ametralladoras. No se hicieron esperar mucho. Regresaron con una guanábana madura, lo único que había en la vivienda campesina. Hacía poco que el bohío

había sido abandonado precipitadamente a juzgar por algunos indicios encontrados por nuestros exploradores. Luego sabríamos que toda la región había sido mandada a evacuar y que los hombres aptos habían sido concentrados para ser utilizados en nuestra persecución.

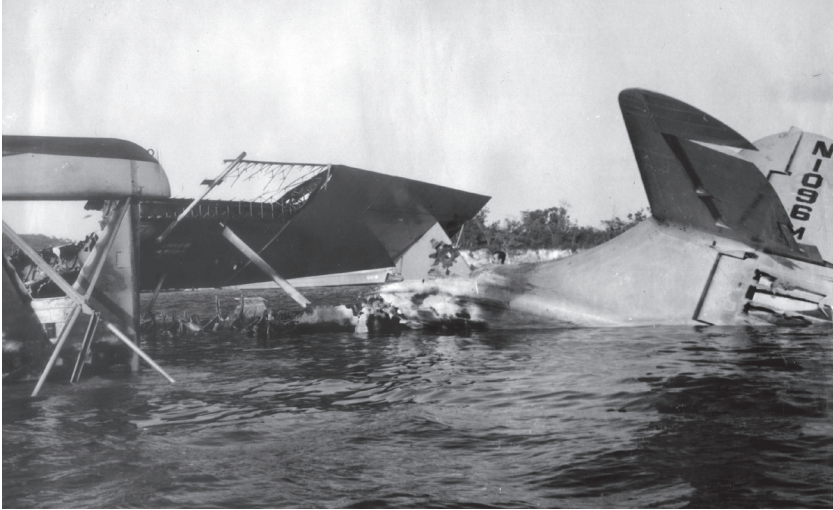
No fue sino hasta la media tarde cuando logramos encontrar un poco de agua en una cañada casi seca.

Después que Horacio comió parte de la guanábana y tomó agua mejoró bastante y aunque la fiebre no desapareció del todo pudo ponerse en pie y caminar ayudado por uno de nosotros. De esa manera la marcha se hizo más fácil y pudimos avanzar con más celeridad.

Cuando ya había caído la tarde encontramos otros bohíos que también lucían desiertos y a los que resolvimos acercarnos.

Buscamos un sitio apropiado para pasar la noche. Lo encontramos en lo alto de un pequeño cerro coronado por unos gigantescos algarrobos.

Supongo que, por la extenuación debida al hambre, a la sed y al desgaste físico, desde que me acosté en el suelo me dormí profundamente.



Forma en que quedó el Catalina después de ser bombardeado por el guardacostas GC-9 de la Marina de Guerra Dominicana.



Ametralladora con la cual, desde el Guardacostas GC-9, fue bombardeado el avión Catalina.

La captura

A las siete de la mañana me despertó el ruido producido por varias cotorras posadas en uno de los Algarrobos. Eran no menos de veinte o treinta y el alboroto que hicieron fue más que suficiente no sólo para despertarnos sino para descubrir nuestra presencia a los perseguidores que desde hacía dos días casi nos pisaban los talones.

Cuando nos aprestábamos a continuar la marcha oí a Miguelucho que dijo: “Se acerca un grupo de campesinos encabezado por uno armado con una escopeta”.

Ya he dicho que desde que abandonamos el Catalina en ningún momento buscábamos enfrentamientos con los soldados de Trujillo. Repito que nuestra meta inmediata era llegar a la frontera con Haití con la remota esperanza de buscar refugio en ese país. Lo que sí estaba en nuestros planes era vender caras nuestras vidas si nos encontrábamos con una patrulla del ejército.

Pero no habíamos contado con que nuestro primer encuentro sería con un grupo de campesinos comandados por uno de ellos pobremente armado con una escopeta.

Por eso nuestra reacción no fue de defensa ni mucho menos de ataque. Los primeros en dar la cara fueron Gugú y José Rolando. Por previo acuerdo tomado entre todos con la celeridad que el caso requería nos identificamos como un grupo de agrimensores. Los campesinos no dieron muestras de ninguna suspicacia. Se creó una falsa situación en la que tanto ellos como nosotros sabíamos cuál era la verdad del otro; aunque por conveniencia mutua, al menos por el momento, aceptaron nuestra versión como correcta y

nosotros seguimos actuando de manera que se mantuviera la armonía dentro de la comedia en la que jugaron un papel de mucha importancia las pocas armas que logramos salvar de la catástrofe del Catalina ya que fueron ocultadas dentro de una de las frazadas y transportadas en hombros mientras duró la farsa.

Ya antes dije que siempre tuve la impresión de que desde el comienzo de la fuga ninguno de nosotros tenía conciencia de lo que haríamos en el minuto siguiente. Esto es, que no teníamos ningún plan preconcebido. Que actuábamos improvisadamente por la cruda realidad que teníamos por delante.

Teníamos tan adentro la sensación del fracaso que aceptábamos la derrota hasta el punto de que a nadie jamás se le ocurrió pensar que aquellos siete supervivientes en fuga y tan pobremente armados podrían tomar ninguna iniciativa aparte de salvar la vida ni hacer ningún movimiento que no fuera estimulado por el instinto de conservación. Escribo estas consideraciones a más de veinticinco años de aquellos lejanos hechos con la certeza de que los impulsos que me movieron a aceptar como buenos todos los actos en los que fui factor viviente y ejecutante estuvieron inspirados en cuanto digo ahora. Tal vez alguien piense que el presentar las cosas así desvalorizaría y descoloraría el inmenso sacrificio de las jóvenes y preciosas vidas que se perdieron en aquella riesgosa empresa. Sin embargo, creo que siempre la verdad anda de la mano con la gloria y que si se oculta la una se empaña la otra. Por otra parte, la sublimidad del sacrificio de nuestros compañeros jamás podrá depender de los detalles anecdóticos que precedieron o siguieron a sus muertes. Sólo el hecho de la ofrenda de sus vidas en aras de la libertad de sus hermanos da la dimensión de su holocausto.

El grupo de campesinos no era de más de diez o doce. Sin que nadie lo ordenara, tan pronto hicimos contacto con ellos iniciamos la marcha y a los pocos minutos de caminata llegamos a unos bohíos. Nos brindaron café y comenzaron a prepararnos comida. A poco notamos que el número de campesinos fue aumentando considerablemente de modo que pronto estuvimos completamente rodeados. Algunos estaban armados de cuchillos y otros de machetes.

¿De quién fue la idea de marcharnos de aquel sitio? Nunca lo supe. Más tarde en la prisión Miguelucho hizo el siguiente comentario: “Si nos hubiéramos quedado en ese bohío se hubieran salvado Gugú y Calderón”. El caso es que resolvimos irnos y así lo hicimos saber a los campesinos quienes no pusieron ningún reparo a nuestra decisión. Por el contrario, la aceptaron de inmediato y uno de ellos, de nombre Juaniquito se brindó para servirnos de guía. Luego supimos que ese gesto le costó la vida.

Con Juaniquito a la cabeza abandonamos aquel lugar sin haber probado los alimentos que nos preparaban y cuyo aroma hacía rato llegaba a mi olfato.

Como siempre, caminamos en fila india. Después de nuestro improvisado guía iba Gugú, quien por el quebranto de Horacio se había convertido en líder del grupo. Después en el mismo orden le seguíamos Manuel Calderón, Córdova Boniche, Horacio, Miguelucho y yo y cerrando la marcha con el bulto de las armas al hombro, José Rolando.

En ese orden nos alejamos del bohío y del grupo de campesinos.

¿Cuáles eran mis pensamientos en esos instantes? Por más que traté luego de reconstruirlos no logré hacerlo. Sólo sé que tenía frente a mí la silueta de Miguelucho y que la seguía hacia donde quiera que se dirigía. Después él me dijo que le sucedía lo mismo respecto a quien lo precedía.

Así nos mantuvimos caminando por espacio de una media hora.

De pronto los acontecimientos comenzaron a desarrollarse con precipitación.

Por mi espalda sentí gente que venía corriendo y cuando miré vi a un soldado que se acercaba armado de una ametralladora en el preciso instante en que comenzaba a disparar. Instintivamente me tiré al suelo y vi que José Rolando hacía lo mismo mientras colocaba el bulto sobre la tierra. Alcancé a ver a Miguelucho que también yacía acostado; pero a los demás no podía verlos porque me lo impedía un desnivel del terreno. El guardia de la ametralladora me pasó por el lado siempre disparando y también desapareció de mi vista al llegar a la pequeña hondonada que formaba el desnivel que me ocultaba a mí, a Horacio y a los demás compañeros. Sin darme cuenta por donde habían llegado, todo el espacio a mi alrededor se llenó de campesinos y de algunos soldados armados. Vi venir a uno con un rifle agarrado en posición de golpear con la culata, miró a Miguelucho, siguió hacia mí, me lanzó una rápida mirada y luego se dirigió hacia el sitio en que estaba José Rolando y le descargó un fuerte culatazo en un lado de la cara. José Rolando no emitió el más leve quejido y se desplomó sin sentido. Al ver esa acción pensé que yo sería el próximo; pero detrás del soldado había llegado un campesino, casi un anciano, quien se me tiró encima esgrimiendo un largo cuchillo y me cubrió con su cuerpo mientras me decía al oído: “no se apure, que yo soy su garantía”.

En el primer momento no aquilaté lo que aquello significaba. Sólo sé que desde el suelo y a través de los brazos de mi protector vi que el soldado se alejaba de mi lado.

Todo había sucedido en tan corto tiempo que no había podido reflexionar acerca de la nueva situación. Una vez que el soldado se alejó y que el viejo campesino se me

quitó de encima me entró la preocupación de que tal vez los compañeros que habían quedado fuera de mi radio visual hubieran sido muertos por el soldado que disparaba con la ametralladora. Por eso sentí un relativo alivio cuando ya sentado en el suelo al lado de Miguelucho y de José Rolando que ya había recobrado el sentido, vi que traían a Horacio y a Córdova Boniche y los sentaron a mi lado. De inmediato pregunté por los que faltaban. Gugú y Calderón habían logrado huir porque como los primeros tiros sonaron por la retaguardia y ellos iban muy adelante pudieron correr y escabullirse por entre unos matorrales. Luego supe que Córdova Boniche intentó hacer lo mismo; pero se enredó con unos bejucos, y al caer al suelo el guía Juaniquito se le había ido encima con un colín en la mano y no le había permitido escapar. Muy lejos estaba el muchacho nicaragüense de pensar en esos momentos que con esa acción se le había salvado la vida.

Habíamos sido hechos prisioneros en la mañana del 22 de junio, o sea, más o menos cincuenta horas después de nuestro desembarco. Se cerraba un ciclo más y se abría otro pleno de nuevas interrogantes.

El cautiverio

Cuando estuvimos sentados en el suelo nos rodearon no menos de cincuenta campesinos que gritaban a coro: “¡No los maten! ¡No los maten! ¡No los maten! ¡No los maten!”

Era muy grato oír aquel conjunto de voces al que achacamos la conducta moderada de los soldados que armados de ametralladoras y fusiles dominaban la situación.

De los soldados tengo presente a tres en mis recuerdos de esos momentos.

El primero fue el que hizo la elección entre José Rolando, Miguelucho y yo y se decidió por el primero para darle

el culatazo. ¿Con qué criterio lo eligió sobre todo después de haber estado más cerca de los otros dos? La opinión de Miguelucho, expresada más tarde en la prisión, fue que creyó que José Rolando era norteamericano. Tal vez esa fue la razón, porque los rasgos físicos de nuestro compañero podrían llevar a esa confusión.

Otro al que no puedo olvidar es a un raso que armado de una ametralladora se nos paró por delante y mientras rastrillaba el arma ordenó que nos pusiéramos en pie. Nos colocó uno al lado del otro y gritó a los campesinos que se encontraban detrás que desalojaran ese sitio. Al ver su actitud y las órdenes que había dado pensé que se trataba de un fusilamiento. La algarabía que formaron los campesinos al tiempo que corrían hizo que entrara en escena el tercer miembro del ejército que se hizo inolvidable para mí por su actitud en esos dramáticos momentos. Se trataba de un sargento de apellido Hernández que traía en sus manos las armas que nos habían pertenecido. Su calma e impassibilidad contrastaban enormemente con el nerviosismo del raso de la ametralladora. Con un gesto le ordenó que se estuviera tranquilo al tiempo que hizo una señal para que nos volviéramos a sentar. Así lo hicimos.

Entre el instante de la intervención del sargento y el comienzo de los preparativos del soldado transcurrieron unos tres minutos. Durante ese lapso tuve por seguro que nos iban a fusilar. ¿Cuáles fueron mis emociones? ¿Qué pensamientos cruzaron por mi mente?

De una cosa estoy seguro. Frente a la inminencia de lo irremediable no existe ni el valor ni la cobardía. Estoy seguro de que, si el soldado tira el gatillo, como tenía la convicción de que lo haría, los testigos de aquel hecho hubieran dicho que todos morimos valientemente. Sin embargo ¿hubiera sido un gesto de valor morir sin un grito de protesta? ¿Sin una expresión de rebeldía?

Más tarde leí en *“La casa de los muertos”* de Dostoievski que los condenados a muerte aun cuando van camino del patíbulo siempre guardan la esperanza de que a última hora sucederá algo que les salve la vida. Cuando leí eso pensé que tal vez mi pasividad y calma se debió a que esperaba que a la postre sucediera lo que sucedió, esto es, que se trataba en realidad de una farsa montada por el soldado quién sabe con qué sádicos propósitos.

Otro pensamiento que tengo bien claro y que después Miguelucho me comunicó que lo había tenido también: noté lo nítido y azul que estaba el cielo y lo fresco y apacible que estaba el ambiente. Es curioso que en esos momentos se haga una observación de esa naturaleza. Parecería que en un instante así los pensamientos deberían volcarse hacia cuestiones de más profundidad que en el azul del cielo y lo fresco de la brisa.

Al poco rato de estar sentados y en una espera cuyo motivo desconocíamos, se presentó de nuevo el soldado de la ametralladora e intentó repetir la escena anterior. Volvió a ordenar que nos pusiéramos en pie y que los campesinos desalojaran el espacio colocado detrás de nosotros. Cuando nos disponíamos a obedecer, el sargento volvió a intervenir; pero esta vez con energía en la voz dijo al nervioso soldado: “Estese tranquilo Castillo y no moleste más a esos hombres”.

Poco después de ese incidente apareció la primera autoridad civil. Se trataba del síndico de Luperón, cuyas primeras palabras al vernos fueron: “El Jefe estuvo anoche en el pueblo”. En sus palabras se notaba el orgullo que sentía por el hecho de haber estado cerca de Trujillo. Estoy seguro de que en su fuero interno nos agradecía el haber propiciado la oportunidad que se le presentó de poder hablar con el tirano. Por eso al vernos no pudo contener su euforia y de ahí sus primeras palabras. Después dijo otras

cuyo contenido fue reconfortante para nosotros en medio de la crítica situación en que nos encontrábamos.

Creo que esa actitud receptiva del síndico fue lo que movió a Horacio a decirle: “Dígale a Trujillo que yo quiero hablar con él”.

Esas palabras fueron pronunciadas en un tono que impresionó a las autoridades tanto civiles como militares. De tal manera que desde ese momento el trato que recibimos podría calificarse hasta de cordial. El servilismo que imperaba frente al tirano era de tal naturaleza que aquellos infelices servidores del régimen no se atrevieron en lo adelante a maltratar ni siquiera de palabra a personas que era seguro que tendrían el privilegio de ser recibidas y oídas por el propio dictador.

Es indiscutible que cualquiera que hubiera sido la intención de Horacio al hacer esa solicitud, su efecto fue de gran beneficio dentro de nuestra precaria situación.

Después de la llegada del síndico y de otros funcionarios comenzó nuestro traslado hacia el poblado de Luperón.

Respuesta a algunas interrogantes

El trayecto que antes nos había tomado dos días recorrer lo hicimos en menos de cuatro horas. Esto demuestra que siempre nos movimos en círculos en vez de en línea recta. Por donde quiera que pasábamos, encontrábamos gran cantidad de curiosos que salían a los caminos a vernos. Las actitudes de la gente variaban. Muy pocos demostraron hostilidad hacia nosotros. La mayoría adoptó una conducta que quería ser de indiferencia; pero que por sus gestos y algunas palabras sueltas comprendíamos que más bien era de lástima. Pensaban que no saldríamos con vida de las manos ensangrentadas de Trujillo. Y tenían razón dada la historia del régimen. Pocos eran los que habían conservado la vida al oponerse a Trujillo aún en formas menos graves que la utilizada por nosotros. Era la primera vez en los 17 años de tiranía trujillista que se oían tiros en territorio dominicano disparados por armas contrarias a ella. Por eso en opinión de la mayoría pagaríamos con nuestras vidas la acción que habíamos cometido. Eso se leía en el rostro, en los gestos y en las palabras sueltas de aquella gente. Sin embargo, en ningún momento pensé que seríamos asesinados después que hicimos contacto con las primeras autoridades de alguna categoría. Solamente creí que iba a morir cuando aquel soldado nos colocó en posición de ser fusilados. Después, siempre tuve la seguridad de que saldría con vida de aquella aventura. Muchas veces comenté eso con Miguelucho y él compartía esa certeza conmigo.

En la medida en que se corría la voz de nuestra captura, el número de militares uniformados que nos acompañaba

aumentaba considerablemente porque todas las patrullas puestas en nuestra persecución se iban uniendo a la caravana. Cuando llegamos a Luperón nos dimos cuenta de la gran cantidad de soldados que utilizó la tiranía para perseguirnos. Sin embargo, ninguno hizo esfuerzos para realizar el primer contacto con nosotros, fue necesario que los campesinos nos descubrieran para después hacer su aparición. Los veíamos siempre a lo lejos desplazándose por los caminos; pero nunca se internaban en los montes.

A la entrada del pueblo nos recibió un capitán montado a caballo que esgrimía una pistola con la que intentó varias veces disparar al aire; pero siempre se le encasquillaba. Nos dimos cuenta de que se trataba de la pistola calibre cuarenta y cinco de José Rolando. El capitán hizo cabriolas varias veces con su caballo frente a nosotros y dirigiéndose a Horacio le dijo con socarronería: “Ornes, ¿Dónde fue que ganaste esos galones de Coronel”?

Horacio le contestó con aplomo y mirándolo directamente: “En la guerra de Costa Rica”.

El capitán espoleó su corcel y se dirigió al galope hacia el centro del pueblo, no sin antes soltar una sonora carcajada.

Cuando el militar desapareció de nuestra vista Miguelucho me comentó: “Ese capitán fue uno de los que participó en la muerte de mi hermano Fabio cuando lo asesinaron en 1935”.

A poco llegamos al cuartel del ejército. Delante de nosotros el mismo capitán del caballo llamó por teléfono a Santiago y reportó nuestra captura. Parece que la respuesta recibida fue que se nos diera buen trato porque de inmediato ordenó que nos prepararan comida y se nos alojara en el mismo cuartel. De inmediato nos dieron café negro y a la media hora ya estábamos comiendo un succulento plato de arroz con habichuelas, carne y plátanos salcochados con ensalada de tomates y pepinos. A excepción de Horacio,

todos repetimos la comida. Mientras tanto conversábamos con los soldados que nos la sirvieron.

Hasta ese momento la más alta autoridad con quien nos habíamos enfrentado había sido Antonio Imbert Barreras, a la sazón gobernador civil de Puerto Plata. Nos esperaba en un jeep en las afueras del pueblo y en él fuimos trasladados hasta el cuartel. Durante el trayecto que hicimos juntos, dio muestras, sin expresarlo abiertamente, de ese sentimiento, mezcla de compasión y afecto hacia nosotros que adivinaba en casi todos los que se nos acercaban. Pensaban que no saldríamos con vida de aquella empresa.

En 1962, o sea trece años después de esos acontecimientos, Antonio Imbert Barreras era miembro del Consejo de Estado que gobernó al país después del ajusticiamiento de Trujillo en el que tomó parte activa. En esos días yo había regresado de mi segundo exilio y estaba siendo perseguido para ser deportado del país como era norma favorita de ese régimen, lo que me había obligado a esconderme. Alguien descubrió mi escondite en la región de Miches y se lo comunicó al propio Imbert. Este envió a buscarme. Cuando me capturaron y me llevaron frente a él me dijo: “Cuando te llevaron a mi presencia allá en Luperón nada podía hacer por ti a pesar de que tenía la seguridad de que Trujillo te mataría. Ahora es diferente, te doy todas las garantías necesarias para que desenvuelvas tu vida dentro de la normalidad”.

Me acogí a sus garantías y pude moverme sin ningún impedimento durante unos meses.

Habían pasado solamente cuatro días desde que recibimos la señal de partida allá en el Lago Izabal en la costa atlántica de Guatemala. Sin embargo, sentado en el suelo del cuartel del ejército en Luperón esperando que se decidiera nuestra suerte, me parecía que habían pasado muchos más días desde aquel momento. La rapidez del desarrollo

de los acontecimientos no me había dado tiempo para recapacitar acerca de las muchas interrogantes que me faltaban por resolver para completar la historia de ese lapso preñado de experiencias tan extraordinarias. Entre todas las lagunas que tenía había tres que me preocupaban sobremanera. Como cuestión más inmediata me atormentaba el destino de Gugú y de Manuel Calderón.

Otra de mis grandes preocupaciones era: ¿Qué había sucedido a los otros grupos? ¿Habían llegado y estarían luchando en otros sitios o habían sido capturados como nosotros? ¿O era cierto lo que nos habían asegurado, esto es, que éramos los únicos que habíamos llegado?

Y por último, ¿Qué había pasado con los miembros del Frente Interno que esperaban a treinta kilómetros de Lupe-rón las armas que a esas horas estaban en poder de Trujillo? Tendría que pasar mucho tiempo para que conociera las respuestas a esas interrogantes.

La primera que logré conocer fue el destino de Gugú y de Manuel Calderón. A los pocos días de estar presos en la Fortaleza Ozama de Santo Domingo tuvimos el primer indicio de cuál había sido la suerte de esos dos compañeros.

Nos habían bajado al patio del recinto carcelario para retratarnos juntos a las armas que habíamos traído en el Catalina. Todo nuestro arsenal había sido cuidadosamente distribuido en el suelo en un semicírculo en cuyo centro nos colocaron para hacer unas fotografías. Cerca del sitio escogido para que nos colocáramos habían puesto las pistolas calibre cuarenta y cinco. Entre ellas se destacaba la que había pertenecido a Horacio. La reconocimos porque estaba pavonada en oro. Al verla nos miramos instintivamente, pues sabíamos que a última hora y debido a la enfermedad de Horacio, quien portaba esa pistola era Gugú y que en el momento de la retirada del bohío en que nos preparaban la comida, éste la llevaba oculta bajo su camisa.

La presencia de esa arma allí significaba que Gugú también había sido hecho preso y como no estaba con nosotros pensé que lo habían matado junto con Manuel.

Más tarde cuando comenzaron a instruirnos el proceso, en los interrogatorios se me informó y así constaba en el expediente que tanto Gugú como Manuel habían sido muertos porque al ser localizados por una patrulla en la noche del día siguiente a nuestra captura no obedecieron a la orden de rendimiento, por eso los soldados se vieron en la necesidad de dispararles y matarlos.

Esa fue la versión oficial; pero la realidad fue otra muy distinta. Según una fuente digna de crédito proveniente de círculos oficiales muy ligados a la tiranía, ambos fueron capturados y llevados al mismo cuartel de Luperón. Se reportó su captura a Santiago y desde esa ciudad se dio la orden de que fueran sacados de la población y fusilados porque ya Trujillo tenía en los primeros capturados las evidencias necesarias para presentarlas ante los organismos internacionales a la hora de argumentar que había sido atacado desde el exterior por sus enemigos tradicionales entonces personificados en los gobiernos de Cuba, Guatemala y Costa Rica.

Cuenta un testigo presencial que cuando Gugú se enteró de que estábamos vivos y presos en Santiago, dio brincos de contento porque por la manera como se habían desarrollado los incidentes de nuestra captura pensaba que habíamos muerto y que solamente él y Manuel habían quedado con vida. Pero su júbilo le duró poco porque en esos precisos momentos llegó la orden de su fusilamiento. Ambos fueron amarrados y sacados del pueblo por la patrulla que los asesinó.

Años más tarde ya ajusticiado Trujillo los mismos campesinos, testigos del fusilamiento y que cavaron la fosa y los enterraron, guiaron a los que sacaron sus restos que

fueron llevados a Santo Domingo para ser sepultados en el panteón en donde reposan en compañía de sus compañeros muertos en el Catalina, cuyos cadáveres habían sido conservados en el Instituto de Anatomía de la Universidad del Estado gracias a una maniobra del doctor Alejandro Capellán, quien a riesgo de su propia vida los conservó y mantuvo ocultos durante trece años hasta que descabezada la tiranía los entregó a sus familiares y compañeros.

Los detalles de lo que sucedió a los otros grupos los tuve tiempo después cuando ya en libertad logré salir al extranjero y algunos participantes en ellos me los dieron.

Debido a que tuve varias versiones en cierto modo contradictorias, sobre todo respecto al motivo central que dio al traste con la misión de reabastecimiento en Cozumel, utilizaré aquí solamente datos que me dieron don Juan Rodríguez y Miguel Ángel Ramírez, jefes de los dos grupos.

Solamente el avión comandado por el segundo llegó a Cozumel.

Cuando partieron de la base de San José enfilaron hacia dicha isla: pero el comandado por don Juan se desvió con el fin de pasar sobre el lago Izabal para hacernos la señal convenida.

Luego de cumplir esa misión y cuando trató de corregir el rumbo para dirigirse a Cozumel el avión se vio envuelto en una tormenta que lo obligó a torcer la dirección y buscar refugio sobre la costa firme en vez de dirigirse mar afuera hacia la isla.

Según palabras textuales de don Juan, los ocupantes de ese aparato se vieron más cerca de la muerte que nosotros los que desembarcamos en el Catalina. Esto así porque en más de una oportunidad la tormenta estuvo a punto de hacer estrellar el avión. Lograron salvar la vida gracias a la pericia del piloto, que por cierto era el mismo que nos transportó desde San José a Puerto Barrios cuando sufrí

aquellas angustias observando el altímetro. Me relató don Juan que el avión había perdido tanta altura que esperaban de un momento a otro su precipitación a tierra. Tuvieron la suerte de que el piloto divisó una pequeña playa a la que se dirigió logrando aterrizar en un espacio que solamente por las condiciones desesperadas en que se encontraban se decidió a intentarlo.

Una vez en tierra enviaron algunos exploradores que hicieron contacto con las autoridades más cercanas quienes los detuvieron para ser puestos en libertad una vez que se hizo la debida identificación.

En cuanto al otro grupo, según la versión que me dio Miguel Ángel Ramírez, hicieron un vuelo normal desde la base de San José a la isla de Cozumel. Allí aterrizaron sin ninguna dificultad; pero cuando el avión se detuvo fue rodeado por las autoridades militares y, aunque se trató de explicarles cuál era su misión y que de antemano se habían hecho arreglos para el aterrizaje y para el reabastecimiento de gasolina, sin oír razones se les ordenó evacuar la nave y todos fueron hecho presos y las armas incautadas. Les dijeron que allí nadie estaba en antecedentes de su llegada y que fueron dichosos que no los recibieran a tiros cuando se dieron cuenta del atuendo militar y de las armas que llevaban. Estuvieron detenidos en lo que se hicieron diligencias para aclarar su situación.

El único móvil que tengo al dar estas versiones es destacar las razones por las cuales solamente nuestro grupo tocó tierra dominicana de los tres que salieron de Guatemala. Cuando me enteré de esos detalles ya estaba en el extranjero fuera del alcance de Trujillo y por tanto mi estado de ánimo era muy diferente al que me embargaba cuando todavía permanecía en las garras del tirano. Por eso no fui un juez implacable cuando recibí las versiones de los dos jefes de los grupos que no habían acudido a la cita. Todo lo

contrario, oí sus explicaciones. porque fue eso lo que ambos hicieron con benevolencia. Sobre todo, cuando recibí la visita de Miguel Ángel Ramírez en mi cuarto del hotel San Luis en La Habana. Era consciente entonces, como lo sigo siendo, de que a ninguno de los dos se les podía recriminar por la manera como se habían desarrollado los acontecimientos.

En cuanto a don Juan, es obvio que en su caso influyó un accidente al cual nadie se podía sustraer como fue la tormenta que los envolvió. No había ninguna duda de que el desenlace que tuvo su gestión fue originado por esa contingencia de la cual dieron testimonio todos los componentes del grupo.

En cuanto a Ramírez también jugaron un papel preponderante en su desenlace cuestiones fuera de su control. Es innegable que no podían predecir la conducta de los militares mexicanos que los hicieron presos.

Hay quienes aducen que en el fracaso de la gestión en la isla de Cozumel jugó un papel importante lo mal que se coordinaron las diligencias. Pero los expedicionarios nada tuvieron que ver con la buena o la mala coordinación que se hizo previamente a su llegada.

Respecto a la tercera preocupación que me embargaba mientras yacía tirado en el piso del cuartel del ejército en Luperón, tendría que pasar mucho tiempo antes de que me enterara de los dolorosos acontecimientos que se habían desarrollado en la noche misma de nuestro desembarco.

Los líderes del Frente Interno en la región de Puerto Plata, con quienes debíamos hacer contacto directamente, habían sido traicionados desde mucho antes de nuestra llegada.

Trujillo tenía conocimiento de que los principales dirigentes de ese grupo eran Fernando Suárez y Fernando Spignolio. Estaba enterado de que hacía tiempo habían

recibido algunas armas desde el exterior y que esperaban otras que les serían llevadas dentro de poco; pero no sabía ni la hora ni el sitio de llegada. El traidor que lo había informado no tenía esos datos porque los lugares de desembarco y sus fechas exactas no habían sido divulgados a nadie. Ya antes me referí a lo celoso que era don Juan a ese respecto. Por eso lo más que se había llegado a permitir fue colocar a treinta kilómetros de nuestro sitio de arribo a los hombres que debían hacer contacto con nosotros.

Trujillo tenía vigilados a esos dos dirigentes. Estos por su parte se habían dado cuenta de que les seguían los pasos. Por esa razón cuando supieron que la invasión era inminente, no salieron de Puerto Plata y se quedaron en la casa de uno de ellos en espera de noticias para movilizarse tan pronto tuvieran el aviso de nuestra llegada.

Cuando Trujillo se enteró del desembarco, inmediatamente ordenó que la casa en que tenía ubicados a Suárez y a Spignolio fuera atacada por fuerzas del ejército.

Cuentan los vecinos que los soldados fueron implacables y que después de una verdadera batalla campal en la que los líderes del Frente Interno se defendieron valientemente al fin sucumbieron por lo desigual de las fuerzas. Los cadáveres de ambos fueron sacados de la vivienda acribillados a balazos.

Pero no fueron éstas las únicas víctimas producidas por la traición. También Negro Sarita y sus hermanos fueron perseguidos y asesinados por los esbirros de la dictadura.

Después del desembarco, Trujillo ordenó que se investigara en los alrededores de Luperón con el fin de conocer cuales campesinos se habían movilizado en los días que lo precedieron. Todo aquel que no pudo justificar su traslado de un sitio a otro se hizo sospechoso de colaboración con nosotros y muchos pagaron con sus vidas el haberse hecho reos de esas sospechas.

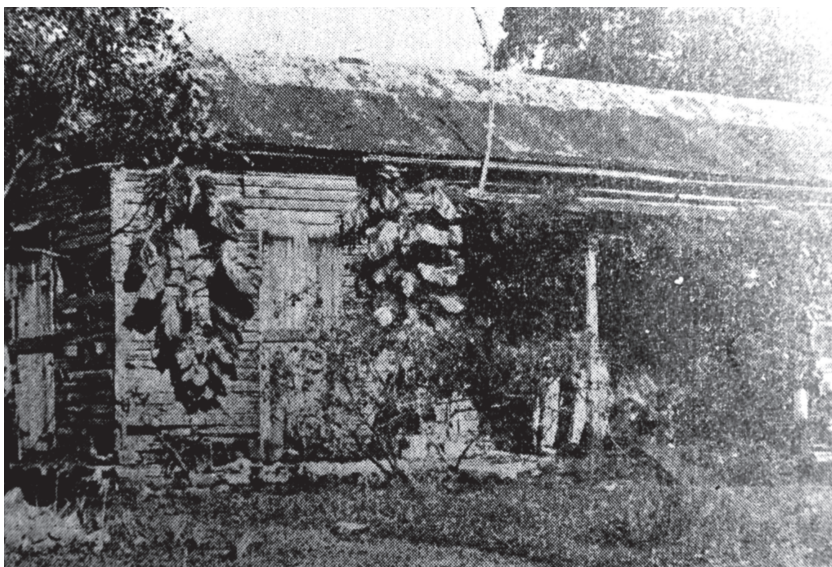
Mientras esperaba en el cuartel del ejército de Luperón estaba muy lejos de sospechar siquiera cuál había sido ya el destino de todas esas personas que de una u otra manera habían estado ligadas a la empresa cuyo fracaso me había llevado a la difícil situación en que me encontraba.



Doctor Alejandro Capellán. A riesgo de su vida mantuvo conservados los cadáveres de los cuatro expedicionarios carbonizados en el Catalina durante más de trece años.



“Hasta ese momento la más alta autoridad con quien nos habíamos enfrentado había sido Antonio Imbert Barreras, a la sazón gobernador civil de Puerto Plata.



Casa en las afueras de Puerto Plata en donde fueron asesinados los dirigentes Fernando Suárez y Fernando Spignolio



Fernando Spignolio, líder del Frente Interno en la región Norte, asesinado la misma noche del desembarco conjuntamente con Fernando Suárez.

Traslado a Puerto Plata y a Santiago

Estaba sumido en mis cavilaciones en el frío piso del cuartel de Luperón cuando se presentó un soldado con unas sogas en la mano y ordenó que nos pusiéramos en pie. De inmediato las repartió a cuatro soldados quienes procedieron a amarrarnos las manos a la espalda. Esa acción me sorprendió porque contrastaba con el trato que hasta ese momento nos habían dispensado.

Cuando nos tuvieron bien atados el capitán dio la orden “Llévenlos al guardacostas”.

Casi a empujones nos sacaron del cuartel y nos montaron en un jeep. En todo el trayecto no vi a ninguna persona. Al llegar al embarcadero todo el recinto estaba igualmente desierto. Luperón me dio la impresión de un pueblo fantasma. Solamente los soldados estuvieron presentes en la maniobra de introducirnos en el guardacostas, lo que dio algún trabajo porque no podíamos valer debido a lo fuertemente maniatadas que teníamos las manos. Al fin, después de algunas dificultades y ayudados por los soldados, nos encerraron en un camarote en el que había cuatro literas. En la puerta colocaron un marinero armado de una ametralladora.

Pronto sentimos que la nave comenzó a moverse e iniciamos un molesto viaje hasta Puerto Plata que duró unas dos o tres horas.

El marinero resultó ser un muchacho muy conversador y a pesar de que se había iniciado un período de no muy buen trato, desde que se quedó a solas con nosotros comenzó a hacernos preguntas. Lo primero que hizo fue indagar

por nuestros nombres. Al último a quien preguntó fue a mí y cuando se lo dije se mostró interesado y su próxima pregunta fue si yo era pariente de Rafael Arvelo, alto oficial de la marina. Le mentí diciéndole que era mi hermano. Se desahizo en alabanzas a mi “hermano” y dijo que todo lo que era se lo debía a él: Me di cuenta de que tal vez podría sacar algún provecho del agradecimiento que guardaba aquel marinero a mi pariente, porque, aunque no era mi hermano se trataba de un primo hermano de mi padre. Sin perder tiempo le dije: “Pues si estás tan agradecido de mi hermano, quítame esta sogá que me está molestando tanto”. Para mi sorpresa y la de mis compañeros, el marinero soltó la ametralladora y me desamarró las manos.

De esa manera todo el trayecto en el guardacostas y después en el camión que nos transportó a Santiago lo hice con las manos libres mientras los demás lo hicieron maniataados. A pesar de que todos los soldados y autoridades que vimos en el trayecto se dieron cuenta de esa singularidad a nadie se le ocurrió ni siquiera pensar el porqué de ella ni mucho menos en tratar de corregirla. En un comentario que hicimos de ese hecho más tarde José Rolando dio la siguiente versión: “Eso fue posible porque nadie se atrevía a tomar una decisión acerca de nosotros. Desde el primer momento fuimos considerados como prisioneros particulares del propio Trujillo”. José Rolando tenía razón. Trujillo dio órdenes de que nadie se metiera con nosotros. Se dio cuenta del filón que tenía entre manos para utilizarlo contra sus enemigos del exterior, como al fin lo hizo cuando se le presentó la oportunidad. Siempre sostuve y sigo sosteniendo, que esa contingencia fue lo que nos salvó la vida. Que pese a los esfuerzos que hicieron algunos de los personeros del régimen para que nos eliminara físicamente, esto no fue posible porque Trujillo nos necesitaba. Luego, cuando ya no le servíamos porque perdimos ese valor frente a la

problemática internacional, ya no pudo eliminarnos porque había contraído el compromiso de respetar nuestras vidas frente algunos organismos internacionales. Por esas contingencias nos salvamos, contrario a la versión de algunos panegiristas del tirano que han tratado de presentar las cosas como si nos hubiéramos beneficiado de una supuesta magnanimidad de la que jamás dio muestras Trujillo en los treinta años que sojuzgó al pueblo dominicano.

Cuando arribamos al muelle de Puerto Plata, éste se encontraba también completamente desierto a pesar de que sería poco después de mediodía. Allí nos esperaba un camión cubierto con una lona al que fuimos trasladados. El oficial del ejército que nos esperaba era el capitán Rafael Rojas a quién conocía desde ni infancia. Cuando me reconoció no pudo ocultar el disgusto que le causó verme en esas circunstancias. Por su gesto y sus palabras comprendí que también había experimentado el mismo sentimiento mezcla de lástima y simpatía a que me he referido antes.

El viaje por aquella peligrosa carretera de Santiago a Puerto Plata lo hicimos dando tumbos y en más de una ocasión mis compañeros se veían arrojados de un extremo a otro debido a que no podían valerse de las manos. Cada vez que el camión cogía una de las tantas curvas de la carretera rodaban por el piso. Como yo llevaba las manos libres podía auxiliarlos colocándolos en posiciones cómodas cada vez que perdían el equilibrio.

Como no podía ver por donde íbamos debido a la lona que nos cubría no supe cuando entramos a la ciudad de Santiago. Sólo cuando se detuvo el camión y ordenaron que saliéramos me di cuenta de que estábamos en el patio de la Fortaleza San Luis de esa ciudad.

Nos encerraron en celdas solitarias.

Ya había caído la noche cuando se abrió la puerta de mi celda y entraron un soldado y un oficial. Sin decir palabra el

soldado me agarró las manos y me las ató a las espaldas con tal fuerza que me quejé de que me estaba entorpeciendo la circulación de la sangre. El soldado nada me contestó. Su respuesta fue apretar más los nudos y empujarme al tiempo que tanto él como el oficial abandonaban el recinto.

Cuando se fueron me senté en el suelo sin comprender por qué habían vuelto a amarrarme de aquella forma.

Al poco tiempo volvió a abrirse la puerta y se presentó el mismo soldado; pero esta vez acompañado por el capitán Rojas, el mismo que me había reconocido en el muelle de Puerto Plata. El soldado me agarró por las manos y me empujó hacia adelante hasta sacarme de la celda. Salimos al patio y el soldado continuó empujándome en forma desconsiderada. El capitán lo recriminó diciéndole: “Déjelo, no lo empuje, no es necesario”.

Seguimos caminando normalmente. El soldado se limitó a agarrarme por un brazo hasta que llegamos a la puerta de un recinto que estaba profusamente iluminado. Desde el dintel, el capitán me tomó por el brazo y me colocó en el centro de una habitación en la que había una gran mesa detrás de la cual estaban sentadas algunas personas. Como yo venía de la oscuridad, la luz me deslumbró y no fue sino a los pocos segundos cuando pude distinguir los rostros de los allí presentes.

Cara a cara con Trujillo

Grande fue mi sorpresa al reconocer al dictador Trujillo presidiendo aquella mesa. Lo rodeaban el licenciado José Ernesto García Aybar, después supe que era Procurador General de la República; el licenciado Mario Abreu Penzo y otros cuyos nombres desconocía. En pie detrás del tirano, estaban el general Felipe Ciprián y algunos civiles entre los que distinguí a Manuel de Moya Alonzo.

No bien estuve delante de la mesa, Trujillo con su voz atiplada dijo señalándome con un gesto y dirigiéndose a sus acompañantes: “Este es otro de los traidores”. Lo dijo en referencia al puesto de vicecónsul que había dejado cuando fui a Cayo Confite y que tanto Horacio como José Rolando también habían abandonado cargos desde el exterior.

De inmediato le contesté: “Traidor, no, yo renuncié al empleo que tenía”.

— ¿Y por qué renunció?, me preguntó.

— Porque yo soy un hombre de izquierda.

— Si Ud. es de izquierda ¿Por qué aceptó empleo de un gobierno de derecha? Para traicionarlo, ¿verdad?

En eso el licenciado García Aybar y Trujillo conversaron algo que no capté.

El licenciado García Aybar me preguntó: ¿Qué entiende Ud. por un hombre de izquierda?

Durante los instantes que mediaron entre la última pregunta de Trujillo y la del licenciado García Aybar me di cuenta de que me había metido en un terreno peligroso al mencionar la palabra “izquierda” en aquellas circunstancias.

Por eso cuando oí la pregunta del licenciado ya había recapacitado. Debía buscar una salida a la situación sin tener que referirme a cuestiones espinosas como que las derechas oprimen a los pueblos y las izquierdas por el contrario luchan por sus reivindicaciones.

Por eso respondí: “Ud. sabe que en los parlamentos una parte de sus componentes se colocan a la izquierda de la presidencia y otra a la derecha. A los seguidores de los primeros les llaman izquierdistas y a los segundos derechistas”.

Cuando aquellos omnipotentes señores oyeron mi perogrullesca respuesta se miraron y fue el mismo Trujillo quien cambió el curso de la conversación al preguntarme

— ¿Qué le pasa en las manos?

—Que estoy amarrado, le dije volviéndome para que pudiera ver las sogas.

—Desamárrenlo, ordenó.

Un soldado vino corriendo y comenzó a cumplir la orden.

Mientras se realizaba la operación Trujillo me preguntó:

—¿Tienes hambre o sed?

—Las dos cosas, le contesté.

—Que le den de comer y de beber, dijo dando por terminada la entrevista.

En ese momento el soldado había terminado de quitarme las ataduras y él mismo me condujo fuera del recinto.

Ya afuera oí una voz que dijo: “Tráiganlo otra vez”.

Cuando lo hicieron, el licenciado García Aybar me preguntó:

—¿Quién era el jefe de la expedición?

—El General Juan Rodríguez.

—Oigan eso, dijo Trujillo con una risa sardónica que fue coreada por sus acompañantes, dízque Juancito Rodríguez general. ¿Ud. no sabe que ese individuo los traicionó y en vez de venir para acá se fue para México?

Esas palabras me causaron alguna sorpresa; pero nada contesté.

—¿De dónde salieron Uds.? preguntó el dictador.

—De Guatemala, fue mi lacónica respuesta.

—Llévenselo, fue la última palabra que oí de labios del tirano.

En aquel recinto había otra persona, a quien conocía íntimamente, estaba sentada a un extremo de la mesa. Pero su papel era muy diferente a los del tirano y su compar-
sa. Su presencia allí era hija de las circunstancias. Estaba realizando su trabajo cotidiano y estoy seguro de que sus angustias fueron muy grandes por el gran afecto que siempre me tuvo y que sabía yo también le tenía. Se trataba de

Miguel A. Peguero hijo, el mejor taquígrafo parlamentario del país. Estoy seguro de que cuando me vio su sorpresa fue tan desagradable como la mía. Peguero hijo, Peguerito o Ph como lo conocíamos en el mundo deportivo, había sido mi mentor y guía cuando me inicié varios años antes como cronista de deportes en el diario *La Nación* siendo él redactor en jefe de esa disciplina.

Mientras duró la entrevista no levantó la cabeza ni una sola vez de su libreta de apuntes y las únicas miradas que le dirigí fueron de soslayo. Después en la prisión pensé mucho en Peguerito y uno de mis propósitos cuando se crearan las circunstancias era hablar con él. Tenía la impresión de que fue testigo de algunas conversaciones de esa noche que me hubiera gustado conocer en detalles. Después ese deseo se convirtió en mera curiosidad. Sin embargo, nunca tuve la oportunidad de conversar con mi antiguo maestro. En el lapso que estuve libre en el país antes de salir para mi segundo exilio no quise buscarlo porque sabía que no hubiera sido conveniente para él cualquier clase de relación conmigo. Cuando regresé después del ajusticiamiento del déspota, doce años más tarde, ya mi antiguo amigo y colega estaba en su lecho de muerte con una dolencia que le impedía hablar. A pesar de que había expresado su deseo de que lo fuera a visitar, no me sentí con fuerzas para verlo en esas condiciones. Estuve aplazando la visita hasta que un día me anunciaron su fallecimiento. Sólo cumplí con el maestro concurriendo a su sepelio.

Siete días en Santiago

Después que me dieron de comer y beber me trasladaron a una celda en la que ya estaban Miguelucho y José Rolando. Supimos por un sargento que nos llevaba la comida y nos atendía como si fuera nuestro sirviente, que Horacio

había sido llevado a una clínica y que lo habían sometido a tratamiento debido a una pulmonía y que Córdova Boniche estaba junto con él en una celda que quedaba frente a la nuestra.

Al día siguiente nos llevaron ropa limpia incluyendo interiores y zapatos. Según nos dijo el sargento la comida que nos llevaban era de uno de los mejores restaurantes de la ciudad. En verdad que estaba sorprendido del trato que nos daban. Más que prisioneros parecíamos huéspedes de una pensión. Todavía no teníamos conciencia clara de ello; pero luego nos dimos cuenta de que todo se debía a la maniobra de Trujillo para presentarnos como prueba viviente de que había sido agredido por los gobiernos de Costa Rica, Guatemala y Cuba. Nada de eso sospechábamos entonces. Como nada me exigían en cambio, hacía provecho de la situación.

En la noche siguiente de nuestra llegada me sacaron de la celda y me llevaron a una habitación en donde había una sola silla. El sargento me dijo que me sentara y esperara. Como a los cinco minutos se presentó un hombre blanco y alto quien sin hablarme ni una palabra estuvo mirándome por espacio de dos o tres minutos. Tan silencioso como entró así mismo salió sin siquiera saludarme. La sorpresa que me causó aquello y lo poco que duró el incidente no me permitieron indagar con aquel señor de qué se trataba. Nunca más lo volví a ver.

De regreso a la celda Miguelucho y José Rolando me contaron que a ellos les había sucedido igual con el mismo personaje. Los tres estuvimos de acuerdo en que se trataba de un norteamericano, aunque no habló ni una palabra. Su aspecto y su atuendo indicaban que se trataba de un ciudadano de los Estados Unidos; pero su propósito al examinarnos de esa manera quedó en el misterio para nosotros.

Otro día me sacaron de la celda y me llevaron a un sitio en el que había un escritorio detrás del que se encontraba un oficial del ejército de apellido Cruz, a quien conocía desde los días de mi juventud en San Carlos. Este me mostró los implementos que yo usaba desde Cayo Confite para cifrar y descifrar los mensajes y que me habían sido entregados por Aristides Sanabia. El único interés del oficial era conocer como funcionaban esos artefactos. De cómo averiguó que era yo precisamente quien conocía su manejo nunca lo supe. Lo cierto es que ni siquiera me preguntó si lo sabía, sino que, en tono cortés, me pidió que le enseñara cómo hacerlo. Consideré que eso no implicaba la revelación de ningún secreto y estuve una buena parte de la mañana adiestrándolo en esos menesteres. En realidad, no sé si al fin aprendió, pues su actitud no fue la de un discípulo aplicado. Más bien parecía que hacía aquello porque se lo habían ordenado; pero no tenía ningún interés en su aprendizaje.

Siete días pasamos en la Fortaleza San Luis de Santiago.



Miguel A. Peguero hijo, “mientras duró la entrevista no levantó la cabeza ni una sola vez de su libreta de apuntes”.



El Licenciado José Ernesto García Aybar me preguntó “¿Quién era el jefe de la expedición?”.

Traslado a Santo Domingo

Una mañana temprano ordenaron que saliéramos y nos montaron en una guagua del ejército. Como nos habían ordenado que lleváramos las pocas pertenencias que teníamos, comprendimos que se trataba de un traslado. Efectivamente fuimos llevados a la Fortaleza Ozama de la capital.

Nuestra llegada a aquel recinto fue un acontecimiento. Cuando se supo de nuestro arribo una gran cantidad de militares se aglomeró alrededor del vehículo para vernos descender. Nos llevaron a una pequeña oficina y allí llenaron algunos trámites rutinarios. Transcurrió una media hora sin que nada sucediera. Supongo que estaban esperando instrucciones. Mientras tanto frente a nosotros desfilaron muchos oficiales, algunos de los cuales conocía de vista y a otros por sus nombres. Fueron pocos los que hicieron algún comentario. Casi todos nos echaban un vistazo y abandonaban el lugar en silencio. Sólo uno de los hermanos del dictador tuvo una frase hiriente para nosotros cuando dijo mirándonos con insolencia: “Estaría bueno caerles a balazos”, mientras hacía ademán de desenfundar la pistola.

Llegó la orden de encerrarnos y fuimos conducidos a sendas celdas solitarias. Cuando me quedé solo di riendas sueltas a mis pensamientos. ¿Qué sería de nosotros a contar de ese momento? A pesar de que no temía por mi vida, no dejaba de encontrar raro el tratamiento que nos habían dado hasta entonces. No pensaba que nos matarían. Pero tampoco había entrado en mis cálculos que seríamos tratados de esa manera, tan suave. Fuera de la frase hiriente del

hermano de Trujillo todos los militares se habían comportado correctamente. Algunos hasta con cortesía, como aquel sargento de Santiago. En verdad que estaba sorprendido.

Aunque desde donde estaban no podía ver a los dos compañeros que ocupaban las dos solitarias vecinas a la mía, traté de hablarles. Pronto recibí respuesta. Tenía a Miguelucho a la izquierda y a José Rolando a la derecha. Como no sabía si algún soldado podía estar escuchando me limité a hablar de cosas banales. Pregunté a Miguelucho si creía que seguirían dándonos la comida de Santiago. Fue José Rolando quien me contestó diciendo: “Prepárate para el chao de los presos: harina con salsa de habichuelas”.

Por decirle algo le recriminé su pesimismo. Quedamos en que lo mejor era esperar, lo que no fue por mucho tiempo. José Rolando tenía razón. A poco nos llevaron la comida de los presos de la que sólo por referencias tenía noticias. En un plato de aluminio con más espacios abollados que lisos nos sirvieron un poco de harina de maíz con un líquido por encima que se presumía era salsa de habichuelas por la presencia de dos o tres granos de esa leguminosa. La harina estaba salcochada casi sin grasa y muy desabrida. Junto con el plato nos dieron un jarro hecho con un envase de salsa de tomate lleno de agua.

Los que llevaron la comida no dijeron ni una palabra. Se trataba de dos presos comunes y un sargento quien abrió la puerta de las rejas y se retiró a un lado a fiscalizar los movimientos de los presos-sirvientes. Entre éstos, uno era un personaje con el que tendríamos alguna relación durante nuestro cautiverio.

Se trataba de un delincuente común que había sido un gran jugador de pelota. Tenía una personalidad atrayente y simpática. Por su gran ascendiente sobre los demás reclusos había ganado el puesto de preboste, esto es, de una especie de jefe de celda entre cuyas funciones estaba la de

castigar a sus compañeros cuando cometían alguna falta dentro del penal. En esa ocupación había varios presos comunes; pero éste era el jefe de todos. Era un hombre muy corpulento y con un timbre de voz aguda que se escuchaba a gran distancia. Todos lo conocían con el nombre de Chino Fafá. Supongo que ese era su apellido; pero su nombre de pila nunca lo supe.

Ese primer día y en un descuido del sargento, el Chino Fafá me hizo un guiño que me hizo comprender que teníamos su simpatía. Más tarde esa simpatía nos proporcionaría algunas pequeñas ventajas que dentro de la cárcel eran inapreciables. Por ejemplo, conseguir periódicos en los días en que se nos había prohibido terminantemente el contacto con el mundo exterior.

Una visita inesperada

No había pasado ni media hora de la comida cuando recibimos la más inesperada de las visitas: el general Negro Trujillo con un séquito de más de veinte oficiales de alta graduación. Este era el menor de los hermanos del tirano y siempre fue su favorito por el incondicional sometimiento a su voluntad de que dio siempre muestras. En esos días ostentaba el cargo de Jefe del Ejército y estaba considerado como la segunda figura del régimen. Sólo Trujillo estaba por encima de él en grado y prestigio entre los militares.

Antes de su llegada nos habían sacado de las solitarias y nos alinearon de cara a una pared de manera que cuando nuestro visitante entró a la celda a la que nos habían trasladado no pudimos verle el rostro. Supimos de quién se trataba cuando él mismo nos ordenó que nos volviéramos. Todo aquello se había hecho dentro del más estricto silencio. La primera voz que se oyó fue la de él y fue el único que habló durante los cinco minutos que duró su visita,

aparte de las respuestas que dimos a sus preguntas y a los “Sí general”, “A su orden, general” que decía el subalterno a quien dirigía la palabra o le daba una orden.

Era un hombre bastante joven y muy parco en palabras. De color bastante oscuro. Nunca nos miró de frente. Aunque eran casi las doce del día se le notaba el maquillaje tanto en el arreglo del pelo como en los afeites de la cara.

Sus preguntas fueron pocas. Que cómo nos habían tratado. Que si estábamos cómodos en esa celda. Que si necesitábamos algo. Que si encontrábamos buena la comida.

A todo contestábamos con monosílabos. Sólo en la última pregunta Miguelucho hizo un comentario que hizo sonreír a todos: “Ese chao no estaba muy bueno que digamos”, fueron sus palabras. El general llamó al sargento y le dijo: “Que les den el de los guardias”.

Cuando se iba puso una mano sobre uno de los camastros de madera que había en la celda y sin mirar al sargento le ordenó que nos pusieran colchones.

Cuando se fue el general con su comitiva hicimos una especie de junta entre nosotros e hicimos algunos comentarios respecto al significado que pudieran tener esas muestras de buen trato que nos habían dado. Por mi parte no alcanzaba a comprenderlo. Me resistía a creer que todo se debía a una distinción especial por parte de Trujillo. Estábamos de acuerdo en que todos actuaban de esa manera por instrucciones directas del tirano. O sea, que no comprendía por qué él actuaba de ese modo. Acabábamos de llegar a la Fortaleza Ozama y estaba completamente ajeno a ciertos incidentes de los que me enteraría mucho más tarde y que era, en parte, la clave de la conducta que se estaba siguiendo con nosotros.

No pasó una hora sin que llevaran cinco colchones para las literas que habíamos elegido. En la cena, que se repartía a las cuatro de la tarde, nos llevaron cinco platos

de la comida de los soldados. No era una gran cosa; pero comparada con la de los presos podía considerarse como excelente. Consistía en arroz, habichuelas, carne y plátanos. Había días en que la variaban en algo; pero esa era la base de la alimentación que daban a los soldados. Esa comida la estuvieron sirviendo invariablemente durante todo el tiempo que permanecimos allí a pesar de que al segundo día nuestros familiares habían conseguido el permiso de suministrar los alimentos. Nunca más comimos la de los soldados; pero como había sido una orden directa del general, nadie se atrevía a cambiarla. De manera que llegaban los cinco platos y así mismo se iban sin que ninguno de nosotros los tocara. Al principio pensábamos que de esa manera se beneficiarían algunos presos; pero por unas palabras y unos gestos del Chino Fafá a una pregunta que le hice comprendí que alguien hacía negocio con esos diez platos de comida. Nunca llegué a saber si se trataba del sargento o de alguien más alto que él. Una cosa era cierta, ese incidente fue un índice más de la corrupción que reinaba dentro de aquel recinto.

Comenzamos así nuestra vida carcelaria. ¿Qué tiempo duraría aquello? ¿Hasta cuándo estaríamos allí? En los primeros días nadie comentaba acerca de esas cosas. Por el momento no tenía preocupaciones de esa especie. Mucho era que estuviera vivo y que las condiciones en que me encontraba no fueran de sufrimientos y privaciones. Se puede decir que lo teníamos todo, excepto, desde luego, la libertad.

Pero había un aspecto del asunto que no se comentaba en voz alta; pero que estoy seguro les preocupaba a todos como me preocupaba a mí. ¿De qué había valido el sacrificio de nuestros compañeros? ¿Hasta qué medida atrasaba nuestro fracaso la llegada del momento de la liberación de nuestro pueblo de las garras de la tiranía?

Muchas veces pensaba que tal vez los que no habían podido llegar, aunque no conocía las razones en detalles, estuvieran organizándose para intentarlo de nuevo.

Inicio de una comedia y otros incidentes

Trujillo tenía prisa en desarrollar sus planes para presentarse como víctima de lo que él llamaba el comunismo internacional personificado por los gobernantes de Cuba, Guatemala y Costa Rica. De inmediato comenzó un programa propagandístico en el que el caso de Luperón jugaría un papel importante.

Por eso no perdió tiempo en darle publicidad al asunto. Lo primero que debía presentar a los sectores internacionales era la evidencia de nuestro caso. Nada mejor para hacer patente ese propósito que celebrarnos un juicio y en él sacar a relucir los pormenores de nuestra empresa. Manejando bien sus recursos sabía que ese era el medio idóneo para que la prensa tanto nacional como internacional se hiciera eco de esos pormenores. Por eso a los dos o tres días de nuestra llegada a la ciudad de Santo Domingo, a la que años antes en el más ridículo alarde de egolatría le había hecho cambiar su secular nombre por el suyo, comenzaron los interrogatorios para la instrucción del proceso.

Una mañana me llevaron al Palacio de Justicia y un juez, al interrogarme acerca de mi participación en los hechos, me enteró de muchos detalles que no conocía. Allí me ratificaron las muertes de Gugú y de Manuel Calderón. También me enteré de la suerte de Alejandro Selva y de los tripulantes del Catalina. Aunque fueron versiones amañadas al interés del régimen, por lo menos sirvieron para tener la certeza de que esos compañeros habían muerto.

Con antelación nos habíamos puesto de acuerdo para dar las mismas declaraciones en lo referente a nuestras conexiones con los gobiernos de Cuba, Guatemala y Costa Rica.

Nuestro punto de partida desde Guatemala era un hecho que no podíamos ocultar porque de algún sitio teníamos que haber salido y además porque estábamos seguros de que en los incidentes de los otros grupos tenía que haber salido a relucir ese dato. Por eso resolvimos que ese era el único país a mencionar en nuestras declaraciones. Otro dato que no podríamos ocultar era la ayuda recibida de algunos elementos oficiales de ese país.

En sentido general debíamos declarar las cosas cuyo conocimiento era obvio. No había caso en ocultar datos que Trujillo ya conocía sin que nosotros se lo dijéramos.

Otro de los acuerdos fue que en las referencias a personas hacerlo con aquellos que sabíamos no se perjudicarían. Esto es, personas cuya militancia contra Trujillo era tan notoria que el nombrarlas no era ninguna noticia.

No queríamos ser quijotes ni mucho menos mártires sin provecho. ¿Para qué empecinamos en cuestiones que ninguna ventaja arrojarían a la causa del pueblo dominicano, mientras por el contrario redundarían en perjuicio para nosotros? En términos generales esa fue la táctica que nos trazamos y la que seguí en todas las declaraciones que di tanto en el juicio, en lo personal, como en la única vez que se nos pidió en conjunto.

Mientras la instrucción del proceso seguía su curso y las visitas al Palacio de Justicia constituían una especie de evasiva a la monotonía de la cárcel, fui adaptándome a la rutina de la vida en la prisión. Fui conociendo por dentro las miserias que acompañan la existencia de los infelices que tenían la desgracia de caer bajo las garras de la tiranía por cuestiones políticas. Por la disposición de nuestra celda

con respecto a las solitarias podíamos enterarnos del movimiento de las personas enclaustradas allí.

Nuestra celda estaba dividida por una pared de madera de lo que se podía llamar el sector de las solitarias. De manera que por algunas rendijas podíamos observar sin ningún esfuerzo la entrada y la salida a ese sector. Además, podíamos observar y conversar con los castigados en esos calabozos; pero sin que ellos pudieran vernos.

Para llegar al tercer piso en donde estábamos ubicados era necesario abrir previamente tres puertas. Desde que abrían la primera, lo que notaba por el ruido de los cerrojos, me ponía en guardia y si oía abrir la segunda sabía que se dirigían donde nosotros o al recinto de las solitarias. Al no percibir el ruido que se hacía al abrir nuestra puerta sino el de una de las solitarias, de inmediato corría a mirar por una de las rendijas.

De esa manera me enteraba de que o habían metido a uno nuevo o de que habían sacado a alguien. Aparte de la novedad que ello significaba, cuando se retiraban los guardianes y podía conversar con los detenidos les pedía noticias de los acontecimientos ocurridos fuera de la prisión. También me enteraba de verdaderos dramas hijos de la situación en que se vivía bajo la dictadura.

Cuando encerraban a un preso lo primero que hacía era preguntarle su nombre y luego me identificaba. Esto así para que éste supiera a qué atenerse y si hablaba no ignorara con quién lo estaba haciendo. Al principio no hacía esto y tuve una experiencia desagradable. Encerraron a un muchacho sancarleño a quien conocía desde mi infancia. Conversé con él durante un rato. Me dijo que había sido víctima de un chisme; pero que era inocente. Que era trujillista y que no se explicaba por qué lo habían metido en ese problema. Después que se desahogó le pregunté si sabía con quién estaba hablando y me dijo que no, que le dijera. Cuando lo

enteré, pegó un grito y salió corriendo hacia atrás y oí claramente cuando se golpeó con la pared del fondo de la celda. Se puso como loco y en voz alta pidió que lo sacaran de allí, que no quería estar cerca de “esa gente”. Que no era amigo de ninguno de nosotros.

Me causó mucha pena aquel incidente y sentí propiciar el gran disgusto que sufrió el pobre muchacho sancarleño quien estuvo preso como una semana y nunca más volví a verlo porque se refugió en la parte atrás de su celda ni mucho menos volví a oír su voz. Por eso después de esa dolorosa experiencia me identificaba primero antes de hablar con alguien. Lo mismo hacían los demás compañeros quienes, desde luego, también participaban en esas conversaciones.

En cambio, otros reclusos cuando sabían con quién hablaban se mostraban abiertos y daban toda la información que se les pedía.

Una mañana, pocos días después de nuestra llegada, encerraron a dos presos. Uno era Máximo López Molina y el otro Félix La O.

Desde que me identifiqué Máximo me enteró de muchas cosas que fueron muy útiles para nosotros. Fue quien me dijo de la muerte de Fernando Spignolio, de Fernando Suárez y de los hermanos Sarita a raíz de nuestro desembarco. Él estaba preso porque lo habían complicado con nuestra empresa Lo mismo a Félix La O y a Bienvenido Creales.

En cuanto a Félix La O lo conocía de nombre desde Puerto Rico porque había sido el capitán de goleta que introdujo las primeras armas enviadas al Frente Interno por los emigrados residentes en ese país.

A estos compañeros también se les instruyó proceso y fueron condenados a 20 años de prisión acusados de pertenecer al Frente Interno. La prisión y proceso de López

Molina, Félix La O y Bienvenido Creales fue una de las fases de la maniobra de Trujillo para demostrar a su manera la magnitud de la trama que se había urdido contra él. Es cierto que existía el Frente Interno; pero de acuerdo con los tradicionales métodos trujillistas lo lógico era que a todos los implicados dentro de ese organismo fueran asesinados como lo hizo con Suárez, Spignolio y los demás. Sin embargo, López Molina y sus compañeros fueron objeto del montaje propagandístico para consumo exterior que puso en práctica con nosotros. Hago hincapié en esto para fortalecer la tesis de que Trujillo preservó nuestras vidas con miras a ese montaje. Lo mismo puedo decir en los casos de López Molina, de La O y Creales. En cuanto a este último también se benefició al principio de esas circunstancias; pero a la postre pagó con la vida su dedicación a la lucha contra la tiranía. A él no le alcanzaron las incidencias posteriores que nos salvaron tanto a nosotros como a los dos muchachos cuya presencia en las solitarias, desde luego dentro de la gravedad de la situación, nos hicieron pasar algunos momentos de esparcimiento con su conversación y con uno que otro incidente propio de la vida de los presos que padecían bajo la tiranía.



Máximo López Molina, condenado a veinte años de trabajos públicos acusado de estar complicado en nuestra empresa.



Foto tomada en el patio de la Fortaleza San Luis de Santiago al día siguiente de la captura. De izquierda a derecha: Córdova Boniche, Tulio H. Arvelo, José Rolando Martínez Bonilla, Horacio Ornes y Miguel Ángel Feliú.

El proceso y la Sentencia

Cuando al fin la instrucción estuvo lista, se montó la farsa del proceso.

Mientras duraron las audiencias, se rompió la monotonía del presidio. Éramos llevados dos veces al día al Palacio de Justicia, de Ciudad Nueva, lo que significaba cuatro viajes a través de la ciudad que aunque se realizaban haciendo siempre el mismo recorrido los disfrutaba con verdadera fruición. Una de las alternativas más aprovechadas era ver de lejos a alguna persona conocida.

Ese inocente aliciente llegaba a su clímax cuando llegábamos al Palacio de Justicia. En la puerta y en los pasillos siempre encontrábamos una gran cantidad de gente que nos esperaba. Amigos, parientes, simpatizantes y simples curiosos se aglomeraban allí cada vez que entrábamos o salíamos.

A pesar de que nadie se atrevía a saludarnos y mucho menos a dirigirnos la palabra, con la expresión de sus rostros y uno que otro movimiento de sus manos nos hacían comprender que gozábamos de la simpatía de aquel conglomerado que era asiduo a todas las audiencias.

En muchos de esos rostros y expresiones descubrí los signos de conmiseración que ya había advertido en algunas de las personas que habían estado cerca de nosotros. Pensaban que tan pronto pasaran aquellos momentos de exhibiciones y pantomimas montados por Trujillo correríamos la misma suerte de tantos otros que se habían atrevido a oponerse a su sangrienta tiranía.

Por eso no era raro que cuando regresábamos a la celda entre nosotros se oyeran comentarios como éste: “¿Viste a fulana? A la pobre sólo le faltó llorar por nosotros”.

Para cualquier observador ajeno a la situación que imperaba en nuestro país nuestro proceso tenía todas las apariencias de un evento regular. Un juez con todos los aditamentos de su investidura: su toga, su birrete, sus movimientos solemnes y su voz ceremoniosa. Un fiscal con su portafolio y su apariencia de representante de la sociedad. Pero apariencia solamente porque su único papel era el de defensor de los intereses del tirano. Hasta un defensor abogado de oficio había para completar la escena. Este por lo menos ni apariencias tenía de tal. Su anonimato y su silencio perpetuo hacían de él la imagen de la impotencia y la sumisión.

En cambio, había otros signos que hubieran confundido al observador ignorante de la realidad. Entre ellos el innecesario despliegue del aparato militar. Tanto fuera como dentro del que debía ser sagrado recinto de la justicia, adustos soldados con armas largas hacían una ostentosa demostración de prepotencia.

Lo más risible de todo el montaje fue la presentación de los testigos de cargos. Unos veinte infelices como monos amaestrados depusieron en el juicio. Desfilieron todos los que de una u otra manera tuvieron alguna participación durante nuestro desembarco, persecución y captura. Hasta aquel nervioso soldado que hizo un simulacro de fusilamiento narró sus hazañas de aquellos días. Pero el que se llevó la palma del ridículo y el cinismo fue el soldado que desde detrás de una cocina hirió a Leyton. Hizo una ostentación risible y grotesca de los galones de teniente que se ganó por su triste proeza.

Otros que tomaron parte en aquel carnaval fueron algunos de los que nos ayudaron a descargar las armas del

Catalina y colocarlas sobre el muelle. Había uno bastante joven y bien parecido que fue nuestro más diligente y parlanchín colaborador. En el juicio se le notaba el temor de que hiciéramos alusión a su devota diligencia en el desembarco. Desde luego que sus temores fueron infundados.

Como era de esperarse a nuestro abogado defensor no se le ocurrió llevar ningún testigo de descargo. Aparte de que nadie se hubiera atrevido a prestarse a ello, fue obvio que nuestro defensor estaba completamente de acuerdo con el giro que le imprimieron siempre a la mascarada tanto el fiscal como el juez. En su rostro se notaba la ansiedad que sentía porque todo aquello acabara lo más pronto posible con la sentencia que tanto él como todo el mundo sabía que ya había sido dictada desde el despacho del dictador.

De acuerdo con el procedimiento nosotros fuimos los últimos en declarar. Como ya antes nos habíamos puesto de acuerdo en lo que debíamos decir en instrucción, no fue necesario ni siquiera molestamos en hacer reuniones previas para las declaraciones en el juicio.

Todo se reducía a decir que salimos de Guatemala. A solamente mencionar personas a quienes no perjudicara el que se hablara de ellas.

Con ligeras variantes que dependían del papel que cada uno desempeñó dentro de la organización de la empresa, todos declaramos más o menos lo mismo.

En lo único en que todos nos salimos un poco de la línea trazada fue en la extensión de los detalles que dimos. Todos nos fuimos un poco por la tangente. Y era natural que así fuera porque no es igual hacer una exposición de acuerdo con un plan trazado únicamente por el exponente a hacerlo acuciado por preguntas de terceros cuya naturaleza no se conoce previamente. Las preguntas del fiscal doctor Juan T. Mejía Feliú me llevaron por senderos que no estaban previstos. Además, no quería dar la impresión de que quería

ocultar algo. Lo mismo le pasó a los demás, sobre todo en lo relacionado con la participación de algunos extranjeros en nuestros aprestos. Sin embargo, las cosas no llegaron al extremo de perjudicar a nadie. De algo estoy seguro: nadie dentro de nuestro país sufrió el menor perjuicio a causa de una declaración nuestra. Y que conste, que conocía los nombres de los más importantes líderes del Frente Interno con los seudónimos que cada uno usaba para comunicarse con nosotros.

Dentro del juicio no tuve que hacer ningún esfuerzo para ocultar esos nombres y seudónimos. Un poco más adelante se presentaría la ocasión en la que por primera y única vez me vería en apuros en relación con el ocultamiento de esas identidades.

Como remate de la comedia tanto el fiscal como el abogado defensor leyeron sus conclusiones las que en su contenido tenían un denominador común: las alabanzas a Trujillo. El primero concluyó pidiendo la pena máxima aplicable en la República Dominicana por el horrendo crimen cometido por nosotros contra la paz pública y la estabilidad del Estado: treinta años de trabajos públicos. El segundo admitió la evidencia de nuestra culpabilidad y en base a nuestra juventud e inexperiencia pidió al juez que fuera indulgente.

Para cumplir con los más elementales cánones de una comedia bien montada, el juez, el licenciado Homero Henríquez se retiró a deliberar y al cabo de dos horas regresó con el fallo que “su conciencia le había dictado”: Treinta años de trabajos públicos.

Como el espectáculo había terminado bien entrada la noche, llegamos extenuados a nuestra celda y dormí sin que me preocupara en lo más mínimo la terrible sentencia. Sabía que pronto se comenzaría a montar el segundo acto de la comedia.

Promesa de indulto

A los pocos días se nos llevó a uno de los despachos del Palacio de Justicia a una entrevista con nuestro abogado defensor en el juicio.

Al fin por primera vez conversamos más de tres palabras seguidas con ese señor.

A pesar de que ya sospechaba el motivo de su presencia, me causó alguna extrañeza que se le eligiera como vehículo para el montaje del segundo acto del espectáculo.

Nos sentamos en unos mullidos sillones y nos pres-
tamos a oír su intervención. A lo primero que se refirió fue a la proverbial magnanimidad del Jefe, apelativo que todos sus prosélitos aplicaban a Trujillo. Luego dijo que teniendo esa característica como base había solicitado entrevistarse con nosotros. Me di cuenta de que dentro del argumento de la comedia este señor debía aparentar, aún frente a nosotros, que su gestión era cosa exclusiva de él. Que nadie le había insinuado que la iniciara. Si siempre lo había mirado con cierta indiferencia indulgente, desde ese momento le cogí lástima. Era doloroso ver que un abogado medianamente joven como él y que merecía más respeto y consideración, tuviera que representar un papel tan poco edificante como el que estaba obligado a llevar adelante. Sin embargo, como dentro de los procedimientos propios de la tiranía eso era cosa corriente, su actitud no fue extraña para mí. Todo lo contrario, la encontré natural. Estoy seguro de que en los círculos en que se movía nuestro abogado juzgaban que su diligencia le daba prestigio y le abría puertas hasta entonces inasequibles para él. No tengo el dato; pero es casi seguro que su intervención en aquellos acontecimientos significó un ascenso dentro de su incipiente carrera en la judicatura la cual, dicho sea de pasada, estaba en los primeros escaños puesto que los

abogados de oficio eran los más bajos en el escalafón de los empleados judiciales.

Al fin entró en materia. Se trataba de que debíamos solicitar a Trujillo nuestro indulto. Para ello era preciso enviarle una carta motivando esa petición. Desde luego él se brindaba para redactar el documento. Nos habló de las fechas en las que era costumbre indultar a los presos, una de las cuales estaba próxima. Entre nosotros hubo algunos reparos al asunto; pero en el fondo todos estuvimos de acuerdo en hacer la solicitud siempre y cuando se hiciera dentro de las normas que hasta ese momento habíamos observado. Esto es, que no se perjudicara a nadie por causa nuestra y que no hubiera en ella ninguna alabanza al tirano. Esto así porque hasta el momento ninguno de nosotros lo había hecho y que, por tanto, lo considerábamos innecesario. Todo esto dicho con el mayor cuidado porque éramos conscientes de que “nuestro” abogado no era más que un funcionario parcializado en favor del régimen. Quien más objeciones hizo fue Horacio. Por mi parte permanecí en silencio casi todo el tiempo, aunque acepté que se hiciera la diligencia. Comprendía que todo aquello no era más que una faceta más del tinglado montado por Trujillo en el que la preservación de nuestras vidas era uno de los engranajes imprescindibles. Sabía que, aunque me opusiera a sus maniobras, la trama seguiría su curso a pesar de cualesquiera objeciones. Que mientras las circunstancias nos conservaran como mercancía útil dentro de los planes del tirano no debía preocuparme. También sabía que, si cualquiera de nosotros en particular se hubiera constituido en obstáculo para la buena marcha de esos planes, Trujillo tenía los medios suficientes para eliminarlo y continuar con los demás el desarrollo de la farsa. Por eso, no había caso a oponerse quijotescaamente al curso ineludible de los acontecimientos. Por eso en una de mis escasas intervenciones de esa mañana dije, poco más

o menos: "Que redacte lo que sea, de todas maneras, las cosas seguirán su curso". Después, ya en la celda, Miguelucho me preguntó qué quise decir con eso. No me acuerdo la evasiva que le di y no hablamos más del asunto.

A los pocos días volvimos a conversar con nuestro abogado. Nos leyó la carta que llevó preparada en la que solicitábamos el indulto. A decir verdad, no le puse mucha atención a su lectura. Me di cuenta de que decía algo fuera de lo convenido cuando Horacio hizo algunas observaciones referentes a que se hacía referencias al carácter comunista de los gobiernos de Cuba, Costa Rica y Guatemala y a la ayuda que recibimos de ellos. Nada dije; pero pensé que esas objeciones no eran de peso porque si esos gobiernos eran o no comunistas poco podría influir en la veracidad o en lo mentiroso de ese aserto la opinión de cinco prisioneros cuyo criterio se sabía que estaría condicionado por su situación.

Entonces no lo dije; pero sí lo comenté después en la celda: "¿De qué nos valdría oponernos a cualquiera de las partes de la carta si después Trujillo podría hacer las alteraciones que quisiera sin nosotros tener los medios para desmentirlo?"

Cuando mucho tiempo después alguien me mostró lo que la prensa había publicado y me preguntó si era fiel a lo que habíamos firmado, le respondí que lo más seguro era que Trujillo lo había adaptado a su conveniencia; pero que en realidad no podría contestar cabalmente porque nunca conservé copia de ese documento. Agregué que eso no tenía ninguna importancia. Que, aunque se intentara utilizar su contenido para denigrarnos no creo que nadie tendría interés en eso, ya que todos conocían los métodos de Trujillo carentes de los más elementales preceptos morales. Ese asunto de la carta-solicitud de indulto nunca me preocupó, ni le di importancia en lo que a sus efectos se refiere. Esto

es, sabía que nuestra libertad ni dependía de que firmáramos o no esa u otras muchas cartas solicitándola. Sabía que nuestra libertad dependía de la manera como se desarrollaran los acontecimientos a niveles en los que nada podía influenciar nuestra iniciativa.

En efecto, llegaron las fechas en que se suponía debíamos ser puestos en libertad y nada sucedió. Y fue así porque todavía Trujillo no había podido utilizarnos dentro de los planes que se había trazado. La ocasión se le presentaría más tarde. Mientras tanto debíamos seguir esperando en nuestra celda que llegara esa oportunidad.

La vida en la prisión se desarrollaba con la monotonía propia de todos los establecimientos de esa clase en los países poco desarrollados. Si no sucedía algún incidente extraordinario un día se parecía a otro como se asemejan dos gotas de agua. Una diana me despertaba invariablemente a la misma hora. Luego la satisfacción de las necesidades fisiológicas dentro del mismo recinto en la forma más antihigiénica imaginable puesto que se usaba un tanque de hierro que era vaciado una sola vez cada veinticuatro horas, por lo que debíamos soportar su presencia y sus olores durante ese lapso. El desayuno lo hacía casi después del alza de la bandera con alimentos que quedaban del día anterior. La mañana transcurría salpicada de toques de corneta que nunca supe sus significados.

La llegada de la comida rompía el ritmo cansón de la mañana. Todos nos aprestábamos a servirnos en silencio y nos retirábamos a nuestros respectivos camastros a comer casi sin decir palabra. Después del almuerzo, la siesta. Yo jamás había dormido después de comida. Por eso en los primeros días me fue difícil respetar ese ritual; pero pronto también me acostumbé y durante casi dos horas todos dormíamos. Otro toque de corneta indicaba para nosotros el término de ese período. La tarde transcurría lentamente hasta que otro

clarín anunciaba que era la hora de comer para los soldados lo que para nosotros nada significaba puesto que, aunque nos llevaban la comida de éstos, nunca la tocábamos. Luego otra corneta nos anunciaba la bajada de la bandera. Era esa casi siempre la señal para que comiéramos algo de lo que habíamos guardado del mediodía. Cuando comenzaba a caer la tarde nos aprestábamos a acostarnos. La mayoría de las veces cuando sonaba el toque de silencio que cubría todo el recinto de la fortaleza, ya hacía ratos que me había dormido.

Ese patrón de los días era a veces roto por acontecimientos, unos intrascendentes; pero otros de tan profundo impacto que dejaron huellas indelebles en mi memoria. Algunos hubo que eran el más patente testimonio de la situación en que se vivía bajo la férula de aquel régimen despótico y despiadado. Unos me afectaban directamente, otros sólo como a ser humano que sufría por las desgracias de nuestros semejantes.

Doble asesinato

Una tarde se rompió la monotonía con el ruido que hicieron al abrir la puerta del primer piso. Me puse en alerta; pero sin moverme de mi camastro. Al oír que abrían la del segundo redoblé la atención. Sólo faltaban la del tercero y la de nuestra celda para que la visita fuera para nosotros. Cuando sonó la tercera puerta, ya estaba en tensión, aunque sin moverme de mi sitio. Quedé a la expectativa. Sólo faltaba el último aviso, o la apertura de una de las solitarias, en cuyo caso correría a una de las rendijas a atisbar; o el de nuestra puerta. Pero ese último aviso no se producía. Aquello era inusitado. Sabía que habían subido; pero ¿Dónde se habían metido? Por el contrario, oí cuando de retirada cerraron la puerta del tercer piso y luego la del segundo y la

del primero. Era la primera vez que eso sucedía. Con cuidado me dirigí a mi ranura favorita. Desde allí dominaba todo el recinto de lo que llamábamos la antesala de las solitarias. Escruté bien por temor a que se hubiera quedado alguien en acecho con el fin de escuchar nuestras conversaciones.

Había una sola persona en aquel sitio y por su aspecto reconocí que se trataba de un preso. Cuando lo vi acababa de amarrar un extremo de su hamaca en uno de los barrotes de la puerta de la solitaria central y el otro en uno de la ventana que daba al patio de la fortaleza. Cuando le llamé la atención miró a todos los lados sorprendido porque al principio no pudo determinar de donde procedía mi voz. Di un golpecito en la pared para orientarlo e iniciamos el siguiente diálogo:

—¿No encuentras raro que te hayan dejado fuera de las solitarias?, fue mi primera pregunta.

—Estoy tan acostumbrado a que estas gentes siempre hagan lo que uno menos espera que no le he dado importancia al asunto.

—Parece que vienes de lejos. Traes muchas pertenencias.

—Vengo de San Juan de la Maguana en donde estuve preso como un año. Pero esta no es la primera vez que me cogen.

—¿Y por qué te cogen?

—¿Por qué va a ser? La primera vez me metí en un lío y ahora cada vez que pasa algo me agarran. Pero nunca me habían traído a la capital.

Cuando José Rolando y Miguelucho se dieron cuenta de que había un preso dispuesto a hablar, buscaron su hoyo e intervinieron en la conversación. Horacio casi nunca lo hacía y Córdoba Boniches, tal vez por su condición de extranjero, no le interesaban esos intercambios.

Fue Miguelucho quien le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El muchacho, que no tenía más de veinte años, dio su nombre del que sólo he retenido el apellido. Por más que después he tratado de acordarme de su primer nombre no he podido. Pertenecía a la familia Infante.

Siguió la conversación por largo tiempo y aunque rehuía entrar en detalles acerca de los motivos de su prisión pude darme cuenta de que era una víctima más de la tiranía. Siendo un jovencito escribió algo en la escuela que cayó en manos de un espía que lo denunció. En esa ocasión estuvo preso unos días; pero desde entonces y como estaba fichado como enemigo del régimen en cada redada que hacían lo metían en la cárcel. Por lo menos eso fue lo que colegí de lo que me dijo.

En un momento de pausa y sin darle mucha importancia a sus palabras dijo: "Supongo que Uds. son los de Luperón. Todo el mundo habla de Uds. Un preso en San Juan dice que fue alumno de Arvelo en la Normal. No me acuerdo de su nombre porque todo el mundo lo llama por su apellido Martínez".

Me le identifiqué y seguimos conversando de temas intrascendentes hasta que expresó su deseo de dormir porque en la noche anterior no pudo hacerlo por los interrogatorios. Lo dejamos tranquilo y casi nos olvidamos de nuestro vecino.

A medianoche de ese mismo día me despertaron otra vez los ruidos de las puertas al abrirse. Como era obligatorio dejar las luces encendidas pude ver lo que sucedió en la antesala de las solitarias. El sargento subió acompañado de dos soldados más y se llevaron a Infante sin pronunciar una sola palabra.

Aquello me hizo temer lo peor para el infeliz muchacho de San Juan de la Maguana.

Al día siguiente nos tocó baño lo que hacíamos en el primer piso cuando lo permitía el sargento. Allí nos

encontramos con Máximo López a quien no había vuelto a ver desde que se lo habían llevado de la solitaria hacia más o menos un mes. Con palabras cortadas por la emoción de pasada nos dijo: “Anoche mataron a Tavarito y a un muchacho que bajaron de las solitarias del tercer piso”.

Aquella noticia me dejó frío. Comprendí lo que había sucedido. No habían encerrado a Infante en una solitaria porque estaba sentenciado a muerte y se ahorraron el trabajo de abrir la ergástula sobre todo si sabían que tenían que volver a abrirla cuando fueran a buscar al reo. Aquel detalle me pareció tan absurdo y macabro que estuvo martillando mi mente durante mucho tiempo.

El otro a quien mencionó Máximo López era un preso común. Lo conocíamos muy bien porque tenía fama de ser el mejor pintor con cal que había en la prisión. Me causó alguna extrañeza que lo hubieran asesinado también. Muchos años después ya ajusticiado el tirano, Máximo López me contó con detalles lo que vio y oyó aquella tétrica noche.

Su celda estaba colocada a ras del patio. Por uno de los intersticios de su puerta de madera pudo presenciar el drama. Lo habían despertado las voces del sargento y de un alto oficial.

—Que bajen de la solitaria al preso que trajeron esta tarde desde San Juan, ordenó el alto oficial.

—Ya está amarrado en la camioneta, informó el sargento.

—Pues que traigan a Tavarito. Vamos a aprovechar para arreglarlo esta noche.

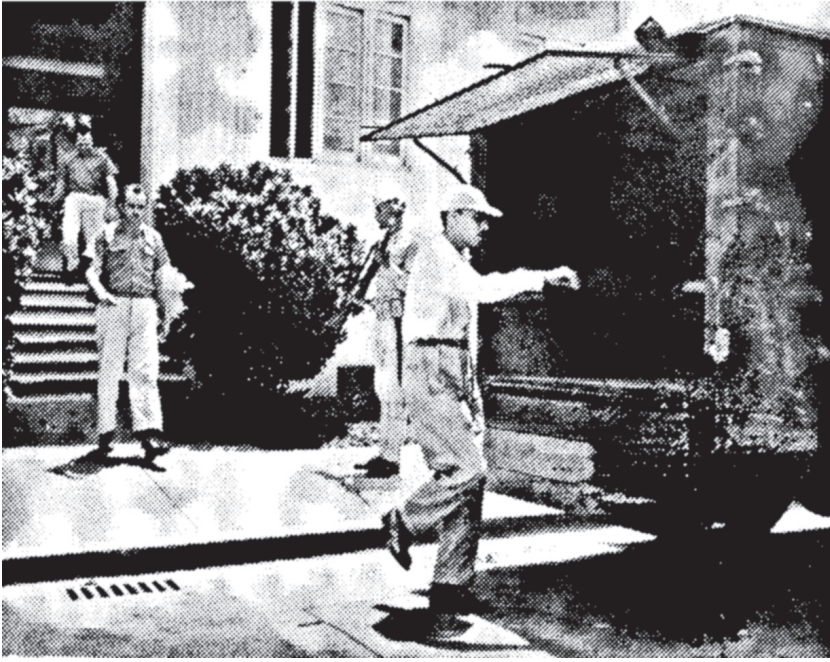
No pasaron tres minutos sin que trajeran amarrado al infeliz pintor.

Cuando estuvo frente al alto oficial éste le dijo: “Ahora me vas a pagar la mala crianza que me hiciste”. “Llévense-lo”, ordenó dando la espalda.

Cuenta Máximo López que como a las dos horas regresaron el sargento y los dos soldados que realizaron los asesinatos. El primero tiró un tubo de hierro en el suelo y comentó: “Ese Tavarito gritó como un chivo”.



Torre del Homenaje en la Fortaleza Ozama en cuya celda No. 8 estuvimos prisioneros.



Ornes, Arvelo, y Martínez B. a la salida de las audiencias.

“Las preguntas del fiscal doctor Juan T. Mejía Feliú me llevaron por senderos que no estaban previstos”.



Agilidad mental de Miguelucho

En los ocho meses que permanecí en la cárcel de la Fortaleza Ozama, sólo una vez fui sacado de la celda para una investigación. Fue una mañana y durante el trayecto hacia el lugar en donde me interrogaron me hice mil conjeturas. Media hora antes habían ido a buscar a Horacio.

¿De qué se tratará? ¿Qué cosa nueva habrá sucedido que me necesiten a mí? Hasta ese día solamente habían bajado de la celda a Horacio en numerosas ocasiones. Ya eso se había convertido en una rutina de tal manera que cuando aparecía el sargento en la puerta en horas fuera de las acostumbradas de la comida o de la sacada del “baché” (recipiente de los desperdicios), Horacio de inmediato comenzaba a vestirse de modo que cuando el carcelero decía con voz cansona y la entonación típica del dominicano inculto: “Cuacú, vístase”, ya Horacio estaba casi listo para salir. El apelativo era una corruptela de la pronunciación del apellido Coiscou que es el de la madre de Horacio.

De ahí que aquella mañana cuando apareció el sargento todos pensamos que se trataba del regreso de Horacio. Por eso nadie se movió y grande fue mi asombro cuando oí que dijo: “Arvelo, vístase”. Como aquello me cogió desprevenido tardé el doble del tiempo que empleaba Horacio para vestirse. Eso impacientó al sargento hasta el punto de que dijo en tono airado: “Apúrese, que a esos generales no les gusta esperar”.

Esa expresión me dio la certeza de que se trataba de un interrogatorio lo que, como es natural, aumentó mis inquietudes.

Me llevaron a la misma oficina en donde estuvimos la mañana de nuestro arribo a la Fortaleza. Encima de una mesa estaban desplegadas dos cartulinas de color azul en las que se destacaban unos renglones manuscritos perfectamente legibles y entre líneas había otros más borrosos, pero que se podían leer también. Me di cuenta de que se trataba de la fotografía ampliada de una carta que conocía muy bien por haberla tenido en mis manos en Guatemala. Eso me alertó y me colocó en ventaja sobre mis interrogadores al eliminar el elemento sorpresa. Por eso desde el primer momento mis respuestas fueron claras y precisas.

Junto a la mesa estaban sentados los generales Fiallo y Caamaño, dos de las figuras más prominentes del engranaje militar de que disponía Trujillo para afianzar su régimen.

La carta en cuestión había sido llevada a Guatemala por el Dr. García Carrasco. En ella los dirigentes del Frente Interno pedían que se acelerara la fecha de la invasión.

En un párrafo se mencionaba a los diferentes líderes por sus pseudónimos y se refería a la vehemencia con que cada uno de ellos urgía nuestra presencia en sus respectivos sectores. De ahí que aparecieran nombres como el de "Cibrían" y el de "Chihuahua".

Como esos mensajes se escribían con tinta invisible entre líneas de una carta de tipo familiar e intrascendente y ya ésta había sido procesada en Puerto Rico, cuando llegó a Guatemala se podía leer con facilidad tanto el mensaje escrito con tinta invisible como el texto con tinta corriente.

La carta quedó en mis manos después que había sido mostrada a don Juan Rodríguez, en mi doble calidad de secretario de éste y de contacto directo entre Puerto Rico y los dirigentes máximos de la empresa.

Por esa razón la reconocí desde que la vi en fotografía ampliada sobre la mesa. Desde ese momento sentí una gran

inquietud y pesadumbre porque si esa carta había caído en manos de los esbirros trujillistas se debió a que la encontraron en el Catalina, de seguro entre la mochila que yo traía. En ese momento no tenía tiempo para lamentaciones. Lo que debía hacer de inmediato era desviar la investigación de manera que tuvieran la certeza de que yo no tenía conocimiento del contenido de la carta y que las negativas que daría acerca de la identidad de “Cibrían” y de “Chihuahua” eran sinceras.

Si hasta el momento no habíamos sido objeto de ninguna clase de torturas era porque en todas nuestras actuaciones no había quedado sospecha de la existencia de ningún dato que a ellos les interesara y que deliberadamente hubiéramos ocultado. Pero en este caso la situación era diferente.

Para Trujillo hubiera sido de gran valor conocer la identidad de los líderes del Frente Interno y el hallazgo de esa carta era una oportunidad aprovechable, aunque para ello tuvieran que torturar a cualquiera de nosotros. Mi situación era muy grave porque yo era el único del grupo que conocía la identidad de esos líderes del Frente Interno. Comprendí que mi tarea inmediata era desvirtuar cualquier indicio que tuvieran de que yo había sido el depositario de la carta. Si lograba desviar esos indicios, la batalla estaba ganada. Desde luego que no podía hacer ese desvío hacia otro de los compañeros capturados. Cuando me preguntaron acerca de la identidad de “Cibrían” y “Chihuahua” negué conocerla en un tono que dejó entrever que algo sabía relacionado con la carta. El general Fiallo tragó el anzuelo y con una inflexión en la voz que quería ser afectuosa me dijo:

—A ver, dime lo que sabes sobre este asunto, no te pesará si lo haces.

—Que Dios me perdone por lo que voy a decir, respondí dando a mi voz el matiz más convincente que pude, porque

me voy a referir a un muerto. Y agregué a seguidas: “Quien sabía de todo esto era Hugo Kunhardt que como secretario de Juan Rodríguez manejaba todos sus papeles”.

La expresión del general Fiallo cambió súbitamente y aunque no me dijo nada me miró con un gesto que no presagiaba nada bueno para mí.

—Que traigan a Feliú, ordenó en un tono que a pesar de su voz atiplada me hizo estremecer. Luego le dijo al general Caamaño en voz más baja, pero no tanto que yo no lo pudiera oír: “Si este ha mentado ya sabremos a qué atenemos”. Después se dirigió a mí y casi me gritó: “Póngase de frente a aquella pared”.

Cuando me dirigía hacia donde me indicó fue cuando reparé en que Horacio estaba de frente a la pared en una posición que podía oír cuanto se hablaba; pero sin poder ver lo que acontecía.

Pasaron algunos minutos angustiosos. Me preguntaba: ¿Qué sucederá si Miguelucho, ignorante de mis declaraciones, decía ateniéndose a la verdad, que yo también había sido secretario de don Juan?

En esas especulaciones estaba cuando sentí movimiento de gente que entraba al recinto y de inmediato la voz del general Fiallo que inquiría autoritariamente: ¿Quién era el secretario de Juancito Rodríguez en Guatemala?

Sin mediar ni medio segundo oí la voz segura y clara de Miguelucho cuando respondió: “Hugo Kunhardt”.

Y a seguidas la expresión airada del general: “Llévense los a todos”.

En la celda pregunté a Miguelucho: ¿Cómo fue que se te ocurrió mencionar a Hugo solamente?

Con su calma habitual respondió. “Si era a ti a quien debía nombrar primero ya tendría tiempo para explicar por qué no lo hice”.

El indulto frustrado

Es una regla invariable que todo preso ansía su libertad; pero esa ansiedad se convierte en obsesión mientras espera salir de la cárcel si se le ofrece la liberación a plazo fijo.

Tal me sucedió en el lapso comprendido entre el día de la promesa del indulto y el fijado para concederlo. Fue un período de 37 días en el que conté las horas una a una. En una tabla de mi camastro fui marcando con una rayita los días que iban pasando y cada vez que hacía una, como en una especie de ritual, pregonaba en voz alta las restantes para la llegada del anhelado momento en que saldríamos a la calle. Como todos participábamos del mismo estado de ánimo, ninguno se quejaba de esa práctica. Por el contrario, cuando en la mañana me disponía a marcar la jornada vencida para anunciar las que faltaban, todos dejaban lo que estaban haciendo para oír mi informe diario. Es curioso cómo los presos hacen de cualquier rutina intrascendente una costumbre en la que ponen todo su interés y dedicación.

Los 37 días se cumplirían el 24 de septiembre, fecha religiosa consagrada a la Virgen de las Mercedes y en la que, según la Constitución Dominicana, el Presidente de la República tiene potestad para otorgar indulto a los presos que a su juicio lo merezcan.

Es de imaginar la impaciencia mezclada con júbilo con que recibí la mañana de ese día. La noche anterior no pude conciliar el sueño por el cúmulo de proyectos que tenía en mente realizar tan pronto estuviera libre. En algunos de esos planes entraban los demás compañeros hasta el punto de que nos habíamos reunido en más de una ocasión para proyectar lo que haríamos.

Muy temprano ya había recogido mis pertenencias. Todos habían hecho lo mismo a excepción de Miguelucho. Cuando le pregunté el por qué me contestó: "Cuando

vengan a buscarnos tendré tiempo de sobra para hacerlo. Después de todo es muy poco lo que me voy a llevar”.

El tono en que dijo aquello notaba un pesimismo que no le había notado antes. Sin embargo, su actitud no disminuyó mi entusiasmo ni mucho menos mi ansiedad.

El momento culminante de mi excitación se produjo cuando al mirar por una de las persianas que daban al patio del presidio vi a un cabo de apellido Luna quien fungía de enfermero de los presos. Este notó mi presencia, dio un paso atrás para colocarse debajo de un pequeño cobertizo para ocultarse de las miradas de los demás soldados que se encontraban allí y una vez que se cercioró de que nadie lo veía me hizo un gesto con la mano mientras pude leer en sus labios claramente cuando dijo: “Se van hoy”.

Ver aquello me produjo tal explosión de entusiasmo que no pude contenerme y grité: “Nos vamos, nos vamos”. Todos corrieron hacia la ventana a indagar el porqué de mi júbilo y de mi seguridad. Les mostré al cabo Luna; pero ya éste había adoptado la actitud de indiferencia propia del carcelero y ni siquiera volvió a mirar hacia nosotros mientras estuvo en el patio. Relaté lo que había visto y mi júbilo contagió a los demás. Menos a Miguelucho quien, a pesar de que también corrió hacia la ventana, había vuelto a su camastro a esperar su turno para usar el “baché”. Continué en los preparativos para lo que después de ese incidente consideraba inminente: la liberación.

Pasaron las horas. Nadie hablaba. Con el oído atento al ruido de las puertas al abrirse nadie realizó ninguna de las actividades acostumbradas. Yo ni siquiera había arreglado el camastro. Me había acostado con el envoltorio de mis cosas colocado a un lado.

Al fin sonaron los cerrojos; pero ya no tenía importancia: era la hora de la comida. Sin embargo, abrigué la esperanza de que el Chino Fafá nos hiciera algún gesto esclarecedor.

Cuando entraron la comida la actitud del Chino como del otro preso que lo acompañaba se me antojó más indiferente que de costumbre. Me pareció que ellos también habían esperado en vano nuestro indulto.

Nunca miraba al sargento cuando entraba a fiscalizar la entrega de la comida; pero ese día le busqué los ojos con la esperanza de encontrar algún indicio que me orientara. Vano empeño. La Esfinge hubiera sido más expresiva que aquella cara de machete.

El resto del día pasó en medio del más grande desaliento. Pasamos la tarde casi sin hablarnos y acostados en los camastros. El único que no parecía muy afectado era Miguelucho. Pero no fue sino al día siguiente cuando hizo el primer comentario con el que se rompió el hielo del pesado ambiente que todavía perduraba desde el día anterior. Se había parado en donde los demás podíamos verlo y en un tono natural y como si se refiriera a otras personas dijo: "Lo que más pena me dio es que con sus bulticos parecían como si se prepararan para ir a dar a luz". La vida en la celda tomó un ritmo normal y sólo de vez en cuando hacíamos alguna referencia a la frustración que nos produjo el haber abrigado en vano la esperanza de la liberación.

Aparte de algunos incidentes de poca trascendencia los días continuaron semejándose tanto entre sí que me parecía como si el tiempo se hubiera detenido.

Ya ni siquiera iban a buscar a Horacio, lo que antes constituía un motivo de entretención porque cuando regresaba lo acosábamos a preguntas para sacarle alguna información respecto a lo que había visto u oído.

Los meses de septiembre, octubre, noviembre y diciembre pasaron casi sin que me diera cuenta. Sólo la visita de mis dos pequeños hijos los domingos, durante unos escasos diez minutos rompían la tediosa monotonía de aquellos días. Parecía como si se hubieran olvidado de nosotros.

La llegada de las navidades sólo sirvió para revivir los recuerdos y añorar más que nunca el estar en el seno de nuestras familias; pero en el aspecto externo nada sucedió aparte de que la comida fue diferente.

Libertad condicional de Horacio

En los primeros días de enero fueron a buscar a Horacio, lo que no sucedía hacía varios meses. Cuando regresó nos dijo que le habían ofrecido ponerlo en libertad condicional dándole por cárcel el poblado de Constanza; pero que antes de aceptar ese ofrecimiento quería consultarlo con nosotros. Todos opinamos que debía aceptarlo porque ese era el primer paso hacia la libertad de todos.

A los dos o tres días Horacio fue puesto en libertad y desde ese momento renacieron las esperanzas de que pronto saldríamos todos.

La ausencia de Horacio cambió un poco el ritmo de la celda. Si el trato que recibíamos era una especie de olvido hacia nosotros, las cosas cambiaron hacia lo mejor.

Las informaciones que teníamos del exterior mejoraron notablemente puesto que de tarde en tarde conseguíamos uno que otro periódico suministrado por un preso común de apellido Lugo quién, nos los vendía a un precio bastante alto; pero que nosotros adquiríamos cada vez que lo ofrecía. El negocio se hacía a través del Chino Fafá, quien en su calidad de preboste en algunas ocasiones era dejado a solas con nosotros. Era una especie de complacencia del sargento, lo que me hizo sospechar que éste se beneficiaba con una parte del precio de venta de los periódicos.

En una ocasión cayó en mis manos un número de la revista editada por las Fuerzas Armadas. Era un ejemplar bastante atrasado en el que se hacía referencia a nosotros. Allí leí algo que me causó alguna extrañeza. Se trataba de

una información en la que se decía que en la noche del día de nuestro apresamiento Horacio había hablado en un mitin que se realizó en Santiago.

No me acuerdo si en la revista se decía algo del contenido de las palabras que pronunció Horacio. Mucho más tarde me enteré de la versión que da en su libro *“Desembarco en Luperón”* de ese incidente, cuando dice: “Me dirigí al pueblo dominicano explicándole que habíamos desembarcado en la costa Norte del país con el ferviente propósito de destruir el gobierno, pero la fatalidad hizo fracasar la expedición. Informé que nuestro plan militar era lógico y no fuimos vencidos por las fuerzas del Gobierno sino por la adversidad. Aproveché la ocasión para rendir un póstumo tributo a los compañeros caídos, diciendo que habían sacrificado sus vidas en plena juventud en aras de las libertades humanas. Y terminé informando que Trujillo había decidido respetar nuestras vidas, con lo que creí forzarlo a un compromiso tácito”.

Más adelante advierte que la prensa dominicana “especialmente *“La Nación”* publicó una versión adulterada” de sus palabras de aquella noche.



El general Federico Fiallo exclamó con voz airada: “Llévenselos a todos”..

Infiltraciones trujillistas en el Frente Interno

También por uno de esos periódicos me enteré de algo que para esos días era completamente desconocido para mí y que con el correr del tiempo sería una de las claves para la comprensión de uno de los detalles más trágicos de toda nuestra empresa.

Fue un suelto en el que Trujillo informaba que en el extranjero había sido asesinado el excapitán de su ejército Antonio Jorge Estévez. Achacaban su muerte a “los traidores de la Patria”, que se habían confabulado con el “comunismo internacional” para derrocar su régimen. Pedía cuentas al gobierno cubano para que esclareciera la suerte que había corrido el señor Jorge Estévez.

En esos momentos estaba muy lejos de pensar que esa noticia se refería al agente que había causado la muerte de los líderes del Frente Interno en la región de Puerto Plata y mucho menos que había sido la persona que llevó a Puerto Rico uno de los desesperados mensajes del Frente Interno y que conjuntamente con la carta a que anteriormente hice referencias movieron a la gente de Puerto Rico a enviar al Dr. García Carrasco a Guatemala.

Más tarde, ya de nuevo en el exilio, pude atar todos los cabos de la trama en la que Antonio Jorge Estévez jugó el papel central.

Este excapitán del ejército de Trujillo había logrado ganarse la confianza de Suárez y de Spignolio hasta el punto de que lo enviaron a Puerto Rico como delegado para informar de su urgencia por el peligro que corrían debido a las

movilizaciones realizadas para colocarse en los sitios estratégicos en espera de la invasión.

A través de él se enviaron los mensajes, que llevó directamente a su amo, indicativos de las zonas por donde desembarcarían los aviones los que, gracias a las previsiones tomadas nunca indicaron los sitios exactos por donde llegaríamos. Debido a esas previsiones Trujillo no nos esperaba por Luperón, lo que nos dio margen para maniobrar libremente por espacio de más de dos horas. Si la expedición fracasó fue por circunstancias imprevistas completamente ajenas a la intervención de Trujillo. En donde se reflejó directamente su mano ayudada por Jorge Estévez fue en el destino de Suarez, Spignolio y los demás integrantes del Frente Interno que fueron asesinados en la región de Puerto Plata.

Después del fracaso de nuestro desembarco y de los azarosos acontecimientos que dieron al traste con los otros aviones, Trujillo urdió una trama con el fin de atraer a territorio dominico a algunos de los líderes de la oposición en el exterior. Para ello utilizó de nuevo a Jorge Estévez por sus buenos servicios en el caso de Spignolio y Suárez.

Su macabro plan consistía en que su agente volviera a Puerto Rico e hiciera contacto con los representantes del Frente Interno en ese país como lo hizo anteriormente. Debía decirles que la organización todavía estaba en pie de lucha y en espera de nuevos grupos armados para iniciar la insurrección.

Lo que no sabía Jorge Estévez era que ya en Puerto Rico tenían conocimiento del fruto de su acción.

Como era demasiado riesgoso tomar alguna medida contra el agente trujillista en aquel medio, se le dijo que el Estado Mayor del Exilio se había desplazado hacia Cuba y que si había alguna posibilidad de reiniciar cualquier acción del tipo que él proponía debía trasladarse a ese país. Que lo único factible era darle las recomendaciones necesarias

para que fuera debidamente atendido. Jorge Estévez tragó el anzuelo y cuando llegó a Cuba ya lo estaban esperando la gente de Eufemio Fernández quienes le hicieron pagar la deuda que había contraído con la muerte de los valiosos luchadores del Frente Interno que perecieron a raíz de nuestro desembarco.

Un desagradable incidente

Después que lo soltaron no volvimos a tener noticias de Horacio hasta fines de enero cuando, una mañana, se presentó el sargento y ordenó: “Vístanse todos”. Nos repitió su ritornelo de que nos vistiéramos aprisa “porque a esos generales no les gusta esperar”.

Nos llevaron a una habitación en la que nunca había estado y en donde nos esperaba Horacio. Lucía mejor de salud y estaba muy bien vestido. La escolta nos dejó solos y nos sentamos en unas sillas colocadas en semicírculo.

Horacio dijo que había ido para que nos pusiéramos de acuerdo en lo que debíamos declarar ante una Comisión de la Organización de Estados Americanos (OEA) que había ido a investigar lo de nuestro desembarco. Agregó que había surgido una nueva faceta del asunto porque el gobierno haitiano acusaba a Trujillo de injerencias en sus asuntos internos. O sea, que además de la acusación contra Cuba, Guatemala y Costa Rica, instrumentada por Trujillo, la Comisión de la OEA investigaría también una acusación de Haití contra el dictador dominicano.

A pesar de que no dio detalles acerca de este último aspecto del problema expresé una opinión que más tarde me causó hondas preocupaciones. Dije que sería intolerable que se nos pidiera declarar sobre algo que desconocíamos. Que además sería contraproducente si interviniéramos en cuestiones que sucedieron mientras estábamos en prisión.

Horacio aclaró que se trataba de involucrar a Haití como participante junto a Cuba, Guatemala y Costa Rica en los preparativos de nuestra empresa. Agregó que él se había opuesto a esa maniobra y que no habían insistido más. Que se había referido a eso como simple información. A final de cuentas nos pusimos de acuerdo en declarar ante la OEA lo que ya constaba en el juicio y que, por tanto, era de público conocimiento.

Después de llegar a ese acuerdo conversamos de otras cosas y Horacio nos enteró de los dos últimos crímenes cometidos por la tiranía, en las personas del Dr. Enrique Lithgow y del ingeniero Trene Pérez. A ese respecto también hice un comentario recriminatorio que un poco más tarde me causó también un gran desasosiego.

En un momento de la plática tal vez por los giros que le estábamos dando a nuestros comentarios, José Rolando se paró, cogió la silla en donde estaba sentado y la colocó junto a una media pared de madera que dividía la habitación de otra más pequeña y se subió a ella a mirar hacia el otro recinto.

Cuando José Rolando inició sus movimientos lo seguí con la vista; pero sin imaginarme lo que se proponía. Después que echó un vistazo por encima de la pared el rostro se le puso pálido, descendió de la silla, la cogió, regresó a su sitio y dijo en un tono que jamás podré olvidar “Ahí al lado están Fiallo y Caamaño oyendo nuestra conversación”.

Tan pronto oí esa terrible noticia sentí el ruido que produjo un sargento al saltar la pared y pasar a la parte en donde nos encontrábamos. Procedió a abrir el candado de una pequeña puerta que comunicaba las dos porciones en que la pared de madera dividía la habitación.

Los dos generales salieron echando pestes. Caamaño se fue inmediatamente; pero Fiallo se quedó insultándonos. Entre otras cosas dijo que esa acción de José Rolando

demostraba que no teníamos confianza en ellos. Que eso le daba la razón cuando le decía al “Jefe” que nosotros no éramos de fiar. Que ese incidente nos iba a costar caro.

Mientras el esbirro se desahogaba no dijimos ninguna palabra. Se había producido una situación verdaderamente desagradable en la que pensaba llevaría la peor parte.

Me hacía el siguiente razonamiento: Algo no estaba muy claro en nuestra situación puesto que esos dos generales se habían expuesto al ridículo en que a la postre cayeron al ser descubiertos infraganti en una acción más bien propia de agentes de ínfima categoría. Cuando se arriesgaron a escuchar nuestra conversación era porque necesitaban pruebas para esgrimirlas en contra nuestra. Pero ¿Pruebas de qué?

Y era en esa parte de mis razonamientos en donde comenzaban mis preocupaciones. Pensaba que mis comentarios acerca de que sería intolerable se nos pidiera intervención en cuestiones que no podíamos conocer, así como mis recriminaciones de los asesinatos de Lithgow y de Pérez serían funestos para mí.

Ese incidente me quitó el sueño durante varias noches. A cada momento esperaba que subieran a buscarme para tomarme cuenta por mis palabras.

Pasaron los días y nada sucedió; pero cuando ya me había calmado porque pensaba que aquello no tendría malas consecuencias, mis cavilaciones y mis temores volvieron a renacer. Esta vez con más fuerza que antes.

Como a la semana de esos acontecimientos, temprano en la mañana, subió el sargento y dijo: “Martínez Bonilla y Feliú, vístanse”.

Declaraciones ante la OEA

Desde el día de la entrevista con Horacio, esperábamos que de un momento a otro nos llevaran a declarar frente a

la Comisión de la OEA. Por eso cuando oímos los ruidos de las puertas pensamos que de eso se trataba y los cuatro comenzamos a vestirnos.

Sentí cierta extrañeza al no oír mencionar mi nombre; pero pensé que se trataba de que no iríamos todos juntos y que después nos llevarían a Córdova Boniche y a mí.

Aquella mañana la pasamos el nicaragüense y yo jugando ajedrez, cosa que hacía tiempo no hacíamos.

Pasado el mediodía regresaron Miguelucho y José Rolando. Hicieron un relato de los incidentes de sus interrogatorios y ambos opinaron que en la tarde iríamos a deponer los dos que faltábamos.

Por enésima vez repasé en mi mente las cosas que iba a decir cuando me interrogaran. Hice varias preguntas más a Miguelucho y a José Rolando acerca de lo que habían declarado a fin de no caer en contradicciones.

Después de comida me vestí y me acosté a esperar el ruido de las puertas. Ni siquiera pude conciliar el sueño de la siesta. Tal era mi impaciencia.

Cuando pasaron de las tres comencé a preocuparme. A las cuatro ya estaba sumido en serias cavilaciones. Cuando tocaron la bajada de la bandera, sin decir palabra me cambié de ropa y sin probar bocado volví a tumbarme en mi camastro dispuesto a dormir.

Si no hubiera sido por el incidente con los dos generales, en nada me hubiera preocupado que la OEA me ignorara; pero me imaginaba que debido a mis comentarios, el general Fiallo había dispuesto otra cosa para mí.

Al día siguiente tampoco fueron a buscarme lo que aumentó mi inquietud que se había calmado un poco durante la noche porque tanto Miguelucho como José Rolando opinaban que de seguro tanto Córdova como yo seríamos llevados a declarar al día siguiente. Pusieron como

razonamiento lógico que el testimonio del nicaragüense sería de singular valor por su condición de extranjero.

Con la llegada del tercer día adquirí la certeza de que no concurriría ante la Comisión. Aunque no lo consideraba un honor, pensaba que por lo menos serviría como un recordatorio ante ese organismo internacional de mi existencia física y de la buena salud de que gozaba lo que, meditaba en mis cavilaciones, podría ser un freno para cualquier plan surgido del incidente de los dos generales.

Nuevas preocupaciones

Pasaron los días y me olvidé de la OEA: pero no desaparecieron por completo mis preocupaciones nacidas de los últimos incidentes porque a ellas se sumaron otras que surgieron de una conversación con Miguelucho.

Fue como a los cinco o seis días de su comparecencia ante el organismo internacional y a propósito de un tema que en más de una ocasión había sido tocado desde los días anteriores a la liberación de Horacio.

La conversación comenzó con una pregunta que me hizo Miguelucho:

—¿Crees que permaneceremos mucho tiempo presos?

—Me parece que no, sobre todo después que soltaron a Horacio. Me parece que están esperando la fecha del 27 de febrero en la que siempre indultan algunos presos. Pero ¿Por qué me preguntas eso? ¿Es que no tienes esperanzas de que nos suelten pronto?

—Es que me han venido a la mente unas palabras que me dijiste una vez y que me tranquilizaron en los primeros días cuando todavía no teníamos seguridad de que nos dejarían vivos.

—¿A qué palabras te refieres?

—Fue cuando dijiste que mientras Trujillo considere que le podemos ser útiles en sus planes frente a los organismos internacionales para presentarnos como pruebas vivas de que fue atacado por sus enemigos, no sólo no nos matará, sino que nos tratará bien. Pues ahora pienso que ya vino la OEA y a lo mejor ni siquiera quedó conforme con nuestras declaraciones. Si ya no nos necesita y además no le servimos como él esperaba, es natural que ya piense castigarnos por lo del desembarco.

La lógica de ese razonamiento de Miguelucho expresada con su naturalidad acostumbrada era tan contundente que ni siquiera me molesté en rebatirlo.

Para salir del paso le dije que no debíamos ser pesimistas y siempre esperar lo mejor. Me agarré del hecho todavía vigente de la libertad de Horacio a sabiendas de que eso no significaba ninguna garantía de que en lo adelante se respetaría nuestra integridad física.

Después de esa conversación no pude dejar de pensar en los innumerables casos en que Trujillo había dado muestras de una saña sangrienta cuando se trataba de ejemplarizar frente a casos que consideraba peligrosos para la estabilidad de su régimen. No me cabía duda de que nuestro caso se prestaba para hacer galas frente al pueblo de su omnipotencia y de la invulnerabilidad de su régimen. Frente a esos razonamientos y dada la historia de las represalias del tirano frente a casos similares, era natural pensar que no permitiría que se pasearan por las calles gente que se habían atrevido a hacer lo que nosotros habíamos hecho.

Todas estas especulaciones cobraban más dramatismo por lo indemne que me sentía dentro de aquellas cuatro paredes y sobre todo porque tenía pruebas de lo poco que valía la vida bajo el trujillato. No se me apartaba de la mente la forma tan fácil, casi deportiva con que aquel alto oficial

dispuso de la vida del infeliz Tavarito. Resonaban en mis oídos las palabras de Máximo López Molina:

“Anoche mataron a Tavarito y a un muchacho que bajaron de las solitarias del tercer piso”.

Más tarde supe que mis temores no eran infundados. Había una verdadera pugna entre altos sectores del trujillismo. Uno, encabezado por el general Fiallo, trataba de convencer al déspota de que debía eliminarnos. Otro, en el que primaban los jerarcas civiles del régimen, abogaba por que se nos perdonara la vida.

Después de la visita de la OEA esa pugna se hizo más patente. Los que querían asesinarnos habían aplazado sus diligencias en espera de que fuéramos utilizados como testigos. Una vez que perdimos esa utilidad redoblaron sus esfuerzos.

Pero surgió un factor que inclinó la balanza hacia el platillo de los moderados. En una recepción dada en honor de los miembros de la Comisión Investigadora de la OEA, el presidente de ésta, el Dr. José A. Mora, pidió a Trujillo que nos pusiera en libertad y nos permitiera salir del país si lo solicitábamos. El dictador no pudo negarse a una petición como esa porque acceder a ella era el fin de fiesta de la farsa del carácter democrático de su régimen y de su nobleza y magnanimidad y cuyo primer acto fue la orden de capturar con vida a los primeros de nosotros con quienes se hiciera contacto.

Frente a esa promesa nuestras vidas estaban garantizadas por lo menos dentro del plazo en que si nos ocurría alguna desgracia sería obvio que se culpaba a los esbirros del dictador. Pero encerrado en la celda no sabía nada de esa promesa como también había ignorado la pugna entre los jerarcas trujillistas en la que estaba en juego mi vida.

Un final accidentado

Una tarde se presentaron algunos funcionarios civiles para notificarnos que el Congreso Nacional había dictado una amnistía general cuyo texto nos leyeron. Si queríamos acogernos a ella debíamos firmar un documento preparado de antemano. Luego que lo firmamos nos dijeron que el día 25 de febrero seríamos puestos en libertad. Para esa fecha faltaban tres días.

Esa vez no hubo ansiedad. Tomé la cosa con calma. Es lo que he dicho respecto a la certeza de que un acontecimiento sucederá. Esperé el momento casi sin emoción, sin apresuramientos ni impaciencia.

En la mañana del 25 nos vestimos desde temprano y como a las diez oímos el ruido de las puertas. En la celda sólo se oyeron dos palabras pronunciadas por Córdova: "Ya vienen".

Esa vez el sargento lució la mejor de sus sonrisas. Hasta quiso ser humano cuando nos aconsejó: "Espero que sepan hacer buen uso de su libertad porque Uds. no son tan brutos". Nos montaron en una guagua y nos llevaron al Palacio de Justicia.

Aunque no comprendía a qué íbamos al Palacio de Justicia ni siquiera me preocupé por indagar la causa. La vista de las calles con el prisma de la libertad en las pupilas me causaba la rara sensación de quien se quita un fardo de encima. Me parecía como si de repente hubiera perdido varias libras de peso. Después Miguelucho me dijo que él sentía como si fuera a flotar en el aire.

Al llegar nos condujeron al despacho del Procurador General de la República, el Lic. José Ernesto García Aybar, el mismo que me había hecho aquella pregunta acerca del izquierdismo en el interrogatorio que me hizo Trujillo. Allí nos encontramos con Horacio.

Este funcionario volvió a leernos la ley de amnistía que tres días antes nos habían leído en la celda y volvimos a firmar un documento en el que aceptábamos acogemos a ella. Fue entonces cuando comprendí de qué se trataba. Era el epílogo de la comedia. Debía quedar una constancia para consumo externo de nuestra liberación y para eso estaban allí los fotógrafos. La ceremonia se me hizo tediosa porque no acababa de llegar el momento en que me permitieran ir a mi casa.

Al fin el Lic. García Aybar dio por terminada la ceremonia y comenzó a guardar algunos papeles en su escritorio. Pensé que ya era hora de que nos fuéramos. Pero nadie daba la orden.

Se creó una situación de embarazo. Nadie sabía qué hacer. Nosotros no nos atrevíamos a insinuar nada. Por fin el teniente de la escolta nos señaló el camino con un gesto y salimos del despacho. Bajamos las escaleras en las mismas condiciones en que las habíamos subido, esto es, en calidad de presos. Llegamos a la calle y nos ordenaron subir de nuevo a la guagua celular.

Pronto me di cuenta de que volvíamos a la Fortaleza Ozama. Horacio se había quedado en el despacho del Procurador General.

En todo el trayecto no hicimos más que mirarnos los unos a los otros sin pronunciar palabra.

Al llegar a la Fortaleza volvimos a la celda que creía haber dejado para siempre.

Me hice mil conjeturas. Pensé que todo no había sido más que una burla y que como ya para el mundo estábamos en libertad, que esa misma noche dispondrían de nosotros.

Pasé el día más desagradable de cuantos viví en prisión. Lo que más me molestaba era que hubieran montado aquella burda farsa. No alcanzaba a comprender las razones de esa extraña maniobra.

Ese día la comida llegó cerca de las tres de la tarde; pero no lo había notado porque no tenía apetito. Lo mismo les sucedió a los demás compañeros. Córdova Boniche era el más desolado de todos. A cada momento repetía que no comprendía por qué habían hecho eso.

Fue una noche de muchas inquietudes. Desperté varias veces creyendo oír el ruido de las puertas.

Al día siguiente no teníamos con qué desayunamos porque toda nuestra despensa la habíamos distribuido entre el Chino Fafá y el otro preso que siempre lo acompañaba. Hasta el sargento se había quedado con parte de ella. Lo mismo habíamos hecho con la ropa, chancletas y otros enseres. Sólo poseía lo que llevaba puesto. Era como si acabara de entrar de nuevo a la cárcel.

A eso de la diez rompió el silencio el ruido de las puertas que se abrían. Como no teníamos otra ropa que ponernos cuando entró el sargento nos encontró a todos vestidos por lo que comentó: “Eta gente sí saben. Ya taban preparao”.

Volvieron a montarnos en la celular y nos llevaron de nuevo al Palacio de Justicia. Pero esta vez íbamos sin escolta. Sólo nos acompañaba el cabo Luna, el mismo que cinco meses antes me había alimentado en vano la esperanza de la liberación. Durante el trayecto dijo que nos soltarían en esa mañana. Nadie hizo el más mínimo comentario. Estaba demasiado escarmentado para demostrar entusiasmo. Por eso tomé la actitud del que está resuelto a soportar cualquier cosa que sucediera.

Cuando llegamos al Palacio de Justicia nos llevaron al recinto policial de esa dependencia. Pensé que nos encerrarían en las celdas preventivas que tienen allí. Pero nos dejaron en el despacho del oficial del día.

Nos sentamos y esperamos sin saber qué. Nadie nos había dicho una sola palabra desde que llegamos. Ni siquiera

el cabo Luna estaba con nosotros a quien hubiera podido preguntar por qué nos habían llevado allí.

Pasaron dos horas sin que nadie fuera a hablar con nosotros. No comprendía lo que estaba sucediendo, pero me tranquilizaba el que no nos hubieran metido en las celdas, cuya presencia adivinábamos por el mal olor peculiar que tienen esos lugares y que llegaba hasta nosotros de una manera que se hacía más molesta porque todavía estábamos en ayunas.

A eso del mediodía el cabo Luna asomó la cabeza por la puerta y con gran misterio nos dijo: "Acaba de llegar el general Fiallo".

Miguelucho comentó, después que el cabo se fue: "A lo mejor éste viene a leernos la cartilla".

Pasaron unos minutos en los que esperé que de momento apareciera la figura odiosa del general; pero fue el cabo Luna quien volvió para decir:

"El general se fue después de hablar con el teniente".

Aquello no me gustó nada. ¿Qué instrucciones habría ido a impartir? ¿Qué será lo que traman ahora? Fueron algunas de las preguntas que me hice.

A eso de las dos de la tarde sentimos que alguien se acercaba por el pasillo. Me puse tenso. Pero la tensión duró poco. En la puerta se dibujó la silueta voluminosa del Lic. García Aybar. Por el atuendo que llevaba se notaba que no venía de su oficina pues estaba en mangas de camisa y lucía sudado y desaliñado.

Entró y sin saludar siquiera se sentó en una esquina de un escritorio y como quien busca las palabras con alguna dificultad nos dijo simplemente que estábamos en libertad. Que podíamos irnos. En eso entró el cabo Luna y dijo lo que menos esperábamos en ese momento: "Tengo instrucciones de llevarlos a la Fortaleza".

No me pude aguantar y por primera vez en todo el lapso en que estuve preso perdí la ecuanimidad y pregunté: “¿A qué tenemos que volver a la Fortaleza? ¿No oyó que el procurador dijo que nos podíamos ir?”

El cabo respondió en tono conciliador: “No se preocupen. Se trata de un trámite de rutina. Todo preso tiene que salir en libertad desde la cárcel. Además, deben recoger sus pertenencias y sus cédulas”.

Ya antes de oír las palabras del cabo me había arrepentido de mi exabrupto. Comprendía que el pobre soldado no tenía ninguna culpa. Si le habían dado esa orden debía cumplirla.

Regresamos a la Fortaleza y nos llevaron a la misma oficina en que nos tomaron los datos el primer día. En una rutina que me pareció ridícula nos preguntaron los nombres y el número de nuestras cédulas. Un sargento se llevó los datos. A poco regresó y dijo al oficial que nos había preguntado los nombres que en los archivos no aparecían nuestras cédulas. Le aclaré que cuando vinimos no teníamos ese documento. Nos miró y como quien cae en cuenta dijo: “Verdad, éste es un caso especial. Pueden irse todos menos el nicaragüense”. Córdova nos miró desconsolado y se sentó en una silla.

Fueron estas las palabras que sellaron mi libertad.

Un soldado se prestó solícito a buscarnos un carro de alquiler. Al poco tiempo llegó uno y salimos juntos a la calle dejando atrás a nuestro compañero.

Con esa ceremonia sin mucha solemnidad recobré la libertad. Se cerraba un capítulo y se abría otro en mi vida.

Después me enteré por la prensa que Córdova sería deportado a Nicaragua.



El Teniente General Fausto A. Caamaño escenificó conjuntamente con Fiallo el más desagradable incidente de cuantos sufrí mientras estuve en prisión.



José Félix Córdova Boniche fue deportado a Nicaragua; pero no llegó a su destino.



Horacio J. Ornes, durante una de sus llegadas al Palacio de Justicia.



Tulio H. Arvelo una de las veces que era conducido al Palacio de Justicia.

De nuevo hacia el exilio

De haber conocido la segunda parte de la promesa que le hizo Trujillo al Presidente de la Comisión de la OEA, me hubiera ahorrado tres meses de sobresaltos y de incertidumbres. Me refiero al ofrecimiento de permitimos la salida del país si lo solicitábamos.

Durante ese lapso mi casa estuvo constantemente vigilada y donde quiera que fuera me seguía un espía. No obstante, eso no me coartó por completo los movimientos. Casi todos los días visitaba a Miguelucho o a la familia de José Rolando quienes vivían a no mucha distancia de mi residencia. También me trasladaba a San Carlos a casa de unos parientes para lo que debía utilizar un automóvil de línea fija.

También a mi casa iban algunos amigos, parientes y antiguos discípulos de la vieja Escuela Normal de Varones.

Una tarde se presentó la Sra. Amada Polanco, esposa de Rubén Rey, a quien me unían estrechos lazos familiares y de amistad, a llevarme un inquietante mensaje. El embajador de Venezuela estaba dispuesto a aceptarnos como asilados en su embajada en la que se había refugiado una gran cantidad de luchadores antitrujillistas. Terminaba el mensaje diciendo que en caso de que los demás no quisieran acogerse a ese ofrecimiento que lo hiciera yo solo porque se tenían noticias de que mi situación era la más crítica de todas.

Ese mensaje me causó algún desasosiego, sobre todo por su segunda parte.

Como la tarde ya estaba bastante avanzada, esperé hasta la mañana siguiente y fui donde Miguelucho a quien

impuse de la situación en presencia de su padre el general Quírico Feliú, un viejo cacique que se había plegado a las circunstancias y en esos momentos ocupaba una curul en una de las dóciles cámaras legislativas que en su totalidad rendían pleitesía al tirano. El anciano, otrora hombre de acción y a quién se le reconocía un valor personal a toda prueba, tomó la palabra e hizo una serie de consideraciones para concluir que no convenía dar ese paso puesto que nuestra situación no lo ameritaba y que por tanto su hijo se quedaría bajo su amparo.

De allí me trasladé a casa de José Rolando quien dijo que no se asilaría porque su familia estaba amenazada y que él correría la suerte de todos.

En ambos casos me dijeron que me asilara si lo consideraba conveniente. Que eso no empeoraría en nada la situación de ellos puesto que los casos eran diferentes.

Cuando al día siguiente volvió a mi casa la esposa de Rubén a recabar mi decisión le dije que no me asilaría porque mi conciencia me impedía hacerlo solo. Fue un quijotismo que más tarde sería criticado por muchos de mis amigos, algunos de los cuales me esperaban en la embajada.

La vida siguió su curso con los incidentes propios de una persona marcada; pero sin ningún signo alarmante de peligro.

Continué mis visitas a casa de José Rolando. Allí pasaba momentos de grato esparcimiento porque como era una familia muy numerosa siempre había algún motivo interesante en que ocupar el tiempo.

La noche de un día cuya mañana había pasado con José Rolando alguien fue a decirme que toda su familia se había asilado en la Embajada de México. Aseguré con vehemencia que eso no era cierto. Me basaba en que de ser verdad lo hubiera sabido. Insistió tanto que fui en compañía de esa persona a comprobar la especie sobre el terreno. La casa de

mi compañero estaba completamente cerrada; pero había luz en ella. No quise tocar a la puerta porque no tenía una excusa válida para justificar mi visita a esa hora inusitada. Al día siguiente, más temprano que de costumbre, fui a ver a José Rolando. Todo estaba normal. Ni siquiera me atreví a enterarlo del incidente de la noche anterior.

Pasados dos o tres días volví a visitarlo. Noté algunas evidencias de que algo extraordinario estaba sucediendo, mi primera impresión fue que se estaban mudando de casa. José Rolando me llamó aparte y con una solemnidad desusada me mostró su pasaporte y me dijo:

“Ayer nos los dieron a toda la familia y mañana embarcaremos para Puerto Rico”.

Aquello fue como una bomba para mí. Me cogió tan de sorpresa que sin despedirme me fui inmediatamente a casa de Miguelucho. Este recibió la noticia con su acostumbrada calma. De allí fuimos a casa de Horacio.

Cuando éste se enteró de la nueva no quiso creerlo. Me dijo que era otra de las mentiras que se hacían correr con el fin de crear confusión. Solamente cuando le dije que había visto el pasaporte de José Rolando con la visa norteamericana fue cuando tomó la cosa en serio.

Esa misma mañana hicimos la primera diligencia para obtener nuestros pasaportes. Pero no fue sino al cabo de diez días cuando los conseguimos.

Pensamos que como a José Rolando y a su familia les habían dado visas para Puerto Rico, también a nosotros nos las darían. Hicimos la solicitud y tuvimos la negativa por respuesta.

Me acordé del mensaje del Embajador de Venezuela y propuse que fuéramos al consulado de ese país. Cuando el Cónsul supo quienes éramos, se negó rotundamente a visarnos. Insistí con el argumento de la oferta de asilo del Embajador y le pedí que lo llamara por teléfono. Accedí

de mala gana y su rostro cambió de expresión desde que le dijo a su jefe que estábamos en el consulado. Colgó el auricular y nos dijo con una sonrisa: “El señor Embajador vendrá en unos minutos”.

A poco ya estaba allí el representante de Venezuela. Se deshizo en atenciones y ordenó que se nos diera una visa privilegiada por noventa días.

Antes de abandonar la sede del consulado nos aconsejó que partiéramos lo antes posible y que, aunque no éramos asilados en su embajada, que le avisáramos la hora de nuestra partida. Estaría allí para garantizar con su presencia que no tendríamos ningún tropiezo.

Al día siguiente tomamos el avión para Caracas, vía Curazao y efectivamente en el aeropuerto había estado el Embajador venezolano quien en un momento se nos acercó para darnos un último consejo: “No desembarquen en Curazao, ni tomen nada a bordo”.



Doña Amada Polanco fue a mi casa a avisarme que el Embajador de Venezuela nos daría asilo.

Situación actual y destino de algunas de las personas mencionadas en este relato

ALONSO RODRÍGUEZ, Cruz

Cubano. Comerciante. Gran amigo de los dominicanos antitrujillista. Colaboró tanto en la expedición de Cayo Confite como en la de Luperón. Propietario del Hotel San Luis, de La Habana, en donde encontramos albergue y protección muchos dominicanos. Abandonó a Cuba después del triunfo de la Revolución para radicarse en Caracas, Venezuela en donde falleció en 1977.

ALFONSECA ESPAILLAT, Augusto (Purro)

Dominicano. Luchador desde joven contra Trujillo. Vivió exiliado en los Estados Unidos desde donde se enroló en la expedición de Cayo Confite. Después del fracaso regresó a ese país. Al organizarse las expediciones de Constanza, Maimón y Estero Hondo también dijo presente. Es uno de sus gloriosos mártires.

ÁLVAREZ VALVERDE, Dr. Manuel

Dominicano. Después de graduarse de médico fue a residir a Venezuela desde donde se enroló en la expedición de Cayo Confite. Por discrepancias con los organizadores de esa empresa, ya en Cuba resolvió no seguir adelante por lo que se le envió de vuelta a aquel país.

ÁLVAREZ VICIOSO, Martín

Después del fracaso de Cayo Confite se radicó en Venezuela en donde formó familia y reside todavía. Alejado de toda actividad política. Después del ajusticiamiento de Trujillo hace visitas esporádicas a Santo Domingo.

ARÉVALO, Dr. Juan José

Guatemalteco. Gran amigo de los dominicanos anti-trujillistas con quienes colaboró siempre, tanto desde la presidencia de su país, como antes y después. Es una de las grandes figuras latinoamericanas de la llamada democracia representativa cuya inconsistencia ideológica los hace oscilar tanto del lado opuesto como del favorable a los intereses del Imperialismo Yanqui. Actualmente su prestigio como uno de los paladines de la liberación latinoamericana se ha desvanecido mucho y vive en su país rumiando los recuerdos de los tiempos en que los pueblos habían cifrado sus esperanzas en hombres como él.

BONILLA ATILES, Lic. José Antonio

Dominicano. Abogado. Al principio de su carrera profesional y política fue colaborador de Trujillo. Después tuvo algunas discrepancias con el tirano para volver a ser uno de sus más cercanos seguidores. Más tarde volvió a enemistarse con su antiguo Jefe y al salir al exilio colaboró activamente por el derrocamiento de la dictadura. Ajusticiado Trujillo ocupó altas posiciones en los gobiernos que se sucedieron. En el doloroso momento en que la OEA decidió apoyar la intervención armada de los E.U. en nuestro país era representante dominicano ante ese organismo. Su voto fue el tristemente célebre No. 14 necesario para sellar ese apoyo.

BONILLA AYBAR, José Antonio (Toñín)

Dominicano. Hijo del anterior. Desde muy joven acompañó a su padre en sus tareas conspirativas contra Trujillo en los Estados Unidos. Después del fracaso de Cayo Confite volvió a ese país en donde se dedicó a los negocios sin perder el contacto con los emigrados. Actualmente vive en Santo Domingo dedicado a actividades de índole comercial.

BORDAS HERNÁNDEZ, Diego

Dominicano. Abogado. Graduado muy joven en la Universidad de Santo Domingo nunca ejerció su profesión para dedicarse a los negocios de su familia. Salió al extranjero en donde se relacionó con los emigrados dominicanos. Fue uno de los principales organizadores y jefes de la expedición de Cayo Confite. Después del fracaso continuó dedicado con gran éxito a los negocios. Durante el gobierno constitucional de Juan Bosch ocupó uno de sus ministerios. Actualmente se encuentra en el país como acaudalado hombre de empresas.

BORDAS HERNÁNDEZ, Luis Manuel

Dominicano. Hermano mayor del anterior. Si se excluyen la profesión de abogado y el Ministerio en el gobierno de Bosch, la ficha de éste es idéntica a la de su hermano en cuanto a su posición frente a Trujillo y a sus actividades en los negocios.

BOSCH GAVIÑO, Juan

Dominicano. Uno de los jefes principales de Cayo Confite y delegado en La Habana de la empresa de Luperón.

Presidente Constitucional de la República en 1963. Derrocado ese mismo año. La guerra de Abril de 1965 se inició para reponerlo en el poder; pero la intervención de los infantes de marina de los Estados Unidos frustró ese intento. Actualmente liderea el Partido de la Liberación Dominicana, fundado por él en 1974 cuando se separó del Partido Revolucionario Dominicano que le había llevado al poder en 1963.

CAAMAÑO, Fausto

Cercano colaborador del tirano Trujillo desde su carrera que lo llevó a los más altos rangos militares. Hoy vive retirado en su hogar.

CAPELLÁN, Dr. Alejandro

Prominente Médico dominicano. Nunca ha participado en política ni durante ni después de la tiranía trujillista. Tuvo el valor de preservar en el Instituto de Anatomía de la Universidad de Santo Domingo, bajo su dirección, los cadáveres de los cuatro expedicionarios de Luperón que perecieron en el Catalina. A ese rasgo heroico se debe que hoy se pueda rendir tributo ante la tumba de esos mártires de nuestra libertad.

CASTILLO GAUTREAUX, Ing. Narciso

Dominicano. Después del fracaso de Cayo Confite regresó a Venezuela, país desde el cual se enroló en la expedición. Actualmente ejerce su profesión de ingeniero en Santo Domingo.

CASTRO, Manolo

Líder estudiantil cubano en sus años mozos. Fue uno de los más importantes colaboradores en la organización de Cayo Confite. Fue asesinado en 1948 en La Habana como resultado de la pugna entre los grupos políticos rivales que en esos días costó tantas vidas en Cuba.

CÓRDOVA BONICHE, José Félix

Después de amnistiado, Trujillo lo deportó a Nicaragua en donde de seguro lo esperaba la muerte a manos del dictador Somoza. En una escala que hizo en Panamá el avión que lo transportaba, se les escabulló a sus custodios y logró asilo político en ese país desde donde se trasladó a La Habana. En 1972 falleció en ciudad México, en donde vivió como emigrado. Jamás logró regresar a su país.

CREALES GUERRERO, Bienvenido

Dominicano. Desde muy joven se destacó en la lucha contra la tiranía. Participó en el recibimiento de las armas que eran enviadas desde Puerto Rico para el Frente Interno del que era uno de sus miembros. A raíz del desembarco de Luperón fue hecho preso y condenado a veinte años de trabajos públicos. Se acogió a la amnistía de 1950, pero poco tiempo después fue vilmente asesinado por los esbirros de la tiranía.

CUELLO, Dr. Leovigildo

Prestigioso médico dominicano. Fue uno de los primeros en abandonar el país después que Trujillo asaltó el poder en 1930. Combatió la tiranía con ahínco desde el exterior.

Después del fracaso de Cayo Confite regresó a Puerto Rico en donde estaba radicado. Allí vivió en el ejercicio de su profesión hasta el ajusticiamiento del tirano. Regresó al país en donde terció en política. Desempeñó algunos altos cargos diplomáticos. Los últimos años de su vida, hasta el momento de su muerte, los pasó retirado de toda actividad profesional y política.

FELIÚ ARZENO, Héctor Miguel Ángel (Miguelucho)

Al salir de Santo Domingo vivió en Venezuela, Panamá, Cuba y los Estados Unidos. Regresó a Cuba a raíz del triunfo de la Revolución en busca de nuevas oportunidades en la lucha contra Trujillo. Engrosó las filas de los expedicionarios de Constanza, Maimón y Estero Hondo para convertirse en uno de los gloriosos mártires de esa Gesta.

FERNÁNDEZ ORTEGA, Dr. Eufemio

Cubano. Fue colaborador de los emigrados dominicanos en las expediciones de Cayo Confite y Luperón. En ésta última formó parte del grupo de don Juan Rodríguez. Se hizo reo de alta traición contra la Revolución Cubana al encabezar un desembarco. Por ese crimen fue fusilado en abril de 1961.

FIALLO, Federico

Uno de los más conspicuos colaboradores militares de Trujillo desde los inicios de su régimen. Después de ajusticiado el tirano, las turbas enardecidas fueron a buscarlo a su hogar y ante la inminencia del castigo popular decidió hacerse justicia por su propia mano suicidándose.

FRÓMETA PEREYRA, Luis María (Billo)

Dominicano. Desde muy joven se radicó en Caracas, Venezuela, en donde ha cosechado grandes éxitos como director de orquesta de música popular. Sus inquietudes por la libertad del pueblo dominicano lo hicieron enrolarse en la expedición de Cayo Confite; pero por discrepancias con los organizadores abandonó las filas de la empresa ya en territorio cubano por lo que fue devuelto a Venezuela. Actualmente sigue residiendo en ese país disfrutando del aprecio y la distinción a que lo han hecho acreedor sus dotes artísticas y personales.

GARCÍA CARRASCO, Dr. Félix de Jesús

Médico dominicano radicado desde muy joven en Puerto Rico. Fue un valioso colaborador en las tareas organizativas de la empresa de Luperón. Actualmente sigue residiendo en aquel país en el ejercicio de sus tareas profesionales.

GONZÁLEZ, Ignacio

Español. Veterano de la Guerra Civil Española refugiado en Cuba. Perseguido por la dictadura de Fulgencio Batista, tuvo que abandonar ese país en donde se había radicado de nuevo después del fracaso de Cayo Confite. No tengo noticias de donde reside actualmente.

GUTIERRES MENOYO, Carlos

Español. Veterano de la Guerra Civil Española siendo casi un niño. Murió heroicamente en el asalto al Palacio Presidencial de La Habana en 1957 mientras Fidel Castro luchaba en la Sierra Maestra.

HENRÍQUEZ LAURANSON, Dr. Cotubanamá

Médico cubano-dominicano. Desarrolló todas sus actividades políticas y profesionales en Cuba, en donde ocupó altas posiciones. Después del triunfo de la Revolución Cubana vivió en los E.U. en donde murió el 17 de marzo de 1979.

HENRÍQUEZ VÁSQUEZ, Dr. Francisco Alberto (Chito)

Abogado. Dominicano. Desde muy joven se distinguió por sus luchas contra Trujillo, lo que lo obligó a vivir fuera de su país, siendo casi un adolescente. Después de Cayo Confite se radicó en Cuba. Actualmente es profesor de Historia en la Universidad Autónoma de Santo Domingo y Director del Museo Nacional de Historia y Geografía.

JIMENES GRULLÓN, Dr. Juan Isidro

Médico y escritor dominicano. Vivió como emigrado desde 1935 hasta el ajusticiamiento del tirano. Actualmente vive en su país jubilado como profesor de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

LA O, Félix

Dominicano. Después de amnistiado continuó dedicado a su profesión de capitán de barcos de cabotaje en lo que sigue ocupado actualmente.

LÓPEZ MOLINA, Máximo

Dominicano. Desde muy joven dedicado a tareas conspirativas contra Trujillo. Después de amnistiado se radicó en

Cuba. Antes del ajusticiamiento del tirano regresó a Santo Domingo a fundar un partido de oposición, lo que le valió persecuciones y encarcelamiento. Actualmente vive en París.

MARTÍN, Daniel

Español. Veterano de la Guerra Civil Española refugiado en Cuba. Murió asesinado por los esbirros de Fulgencio Batista, dictador de ese país.

MASFERRER, Dr. Rolando

Abogado cubano. Participó activamente en la política de su país. Fue uno de los más conspicuos colaboradores del dictador Batista. Radicado en Miami como prófugo de la justicia revolucionaria cubana en 1976 fue muerto por un grupo rival en la pugna desatada en esa ciudad entre los enemigos de la Revolución Cubana.

MIR, Pedro

Frustrado Cayo Confite, continuó residiendo en Cuba. Después del ajusticiamiento de Trujillo regresó al país en donde vive dedicado a una prolífica y exitosa producción literaria e histórica y a la cátedra universitaria.

MORALES CÓRDOVA, Lic. Ángel

Prominente político dominicano, desempeñó altos cargos en el gobierno de Horacio Vásquez, derrocado por Trujillo en 1930. Candidato a la Vicepresidencia contrario a Trujillo en las elecciones de ese año. Fue de los primeros emigrados por causa de la tiranía trujillista. Vivió en Puerto Rico casi todo el tiempo en donde murió en el año 1960.

MOLINA, Domingo (Cholo)

Desde muy joven se dedicó a los negocios particulares. Hoy vive retirado en su hogar de Santo Domingo.

PAGÁN PERDOMO, Prof. Dato

Dominicano. Desde muy joven terció en las filas progresistas de la política dominicana por lo que tuvo que trasladarse al extranjero. Vivió mucho tiempo en Venezuela desde donde se enroló en lo de Cayo Confite. Después del fracaso regresó a ese país. Actualmente está jubilado como profesor en la Universidad Autónoma de Santo Domingo y Director del Departamento de Geografía de la Facultad de Ciencias de la misma.

PARDO, Dr. Miguel A.

Médico dominicano. Fue de los primeros opositores al régimen de Trujillo. Vivió en Puerto Rico en donde pasó toda su vida de emigrado cosechando éxitos en su profesión. Colaborador de todas las empresas que se organizaron en el exterior contra la tiranía.

RAMÍREZ ALCÁNTARA, Miguel Ángel

Dominicano. Después del ajusticiamiento de Trujillo regresó al país y terció activamente en política. Fue elegido senador en 1962. Subsecretario de Agricultura en el gobierno de Joaquín Balaguer.

RODRÍGUEZ VÁSQUEZ, Dr. José Horacio

Abogado dominicano. Hijo de don Juan Rodríguez; fue uno de sus más cercanos colaboradores en Cayo Confite

y en Luperón. Fue comandante de uno de los tres grupos en que se dividió la Gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo de la que es uno de sus gloriosos mártires.

RODRÍGUEZ GARCÍA, Juan

Rico terrateniente dominicano. Después del fracaso de Luperón se radicó en Cuba. En 1960 se trasladó a Venezuela en donde murió en el mes de noviembre de ese mismo año.

ROMÁN DURÁN, Dr. Antonio

Médico-psiquiatra español. Refugiado de la Guerra Civil Española. Vivió en Santo Domingo, desde donde se trasladó a Guatemala. Fue uno de los más cercanos colaboradores en la empresa de Luperón.

SANABIA, Arístides

Dominicano. Después de Cayo Confite se radicó en Cuba. Colaboró de cerca en la organización de la Gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo. Murió en La Habana en el año 1960.

DE SOTO MARTÍNEZ, Dr. Moisés

Abogado dominicano. Debido a persecuciones políticas se radicó en Puerto Rico al principio de la década del 40, siendo todavía muy joven. Después del ajusticiamiento de Trujillo desempeñó algunos cargos diplomáticos. Actualmente vive en el país.

TAVERAS RODRÍGUEZ, Dr. Edmundo

Médico dominicano. Desde muy joven se trasladó a Puerto Rico a ejercer su profesión en donde reside todavía. Fue siempre un encarnizado enemigo de la tiranía trujillista contra la que colaboró activamente.

VALDEZ, Danilo

Dominicano. Desde muy joven se distinguió por su oposición al régimen trujillista. Logró salir al extranjero y se radicó en Nueva York desde donde se enroló en la expedición de Cayo Confite. Fracasada ésta regresó a esa ciudad. Es uno de los gloriosos mártires de la Gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

Publicaciones del Museo Memorial de la Resistencia Dominicana

Colección Publicaciones del Museo Memorial de la Resistencia Dominicana

1. *El juicio a los asesinos de las hermanas Mirabal*, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana/ Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2011, (Expediente). Edición cuidada por Franklin Franco.
2. *El crimen de la hacienda María: expediente de extradición de Ramfis Trujillo y compartes*, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2012. Edición cuidada por Franklin Franco.
3. *Memorias de Tulio H. Arvelo*, Tulio H. Arvelo, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana/ Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2013.
4. *Su nombre es Patria*, Mercedes Alonzo, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2011.
5. *Estero Hondo, 1959, interioridades, los campesinos hablan*, Guaroa Ubinas Renville, Santo Domingo: Editora Alfa & Omega, 2014. Premio Museo Memorial de la Resistencia Dominicana Miguel Cocco 2014.
6. *Eran una sola sombra larga*, Lipe Collado, (Sobre las muertes de Jean Awad y Pilar Báez durante la tiranía de Trujillo), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2015.
7. *Trujillo en 500 tuwits*, Carlos Báez Brugal, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2016.

8. *Enfrentar la fiera en su propia madriguera, El MPD contra Batista y Trujillo La resistencia en Cuba y República Dominicana*, Darío Tejeda, 2019. Premio Museo Memorial de la Resistencia Dominicana Miguel Cocco 2019.
9. *El ajusticiamiento. Expediente del asesinato del Ilustre Padre de la Patria Nueva, Generalísimo Doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina*, Tomo I, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana/ Comisión Permanente de Efemérides Patria, 2021.
10. *El ajusticiamiento. Expediente del asesinato del Ilustre Padre de la Patria Nueva, Generalísimo Doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina*, Tomo II, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana/ Comisión Permanente de Efemérides Patria, 2021.
11. *La música como propaganda en la dictadura de Trujillo*, Catalina Pérez y Arismendi Vásquez Guareño, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
12. *La economía dominicana durante la dictadura de Trujillo (1930- 1961)*, Manuel Linares, Santo Domingo: Fundación Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
13. *Cayo Confite y Luperón, memorias de un expedicionario*, H. Arvelo, Santo Domingo, Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2024.
14. *Desembarco en Luperón, episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*, Horacio Julio Ornes Coiscou, Santo Domingo, Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2024.

Colección Tertulia

1. *Los mártires de la hacienda María* (Manuel Altagracia -Meme- Cáceres, Lourdes de la Maza, Leonor Viuda Tejeda (Dona Lindín), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2011.

2. *Participación de Ramfis Trujillo en el asesinato de los héroes del 30 de mayo de 1961*, Revelaciones a Sánchez Cabral (César A. Saillant V.), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2012.
3. *La expedición de Luperón del 49* (Manuel Andrés Brugal Kunhart, José del Castillo), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2015.
4. *Testimonio de un combatiente del Comando B-3* (Revolucionarios haitianos en la Guerra de Abril de 1965), Lionel Vieux, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2017.
5. *Los panfleteros de Santiago*, Ramón Antonio (Negro) Veras, con la participación de Wenceslao Álvarez y la coordinación de Franklin Franco. Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
6. *Asesinato de Papito Sánchez y Segundo Imbert Barrera*, Rafael Augusto Sánchez hijo y don Manuel Cáceres Troncoso (Meme), Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
7. *Violencia de género, dictadura y actualidad*, Guadalupe Valdez, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
8. *Sucesos del 18 de abril contra Monseñor Panal en La Vega*, Alfredo Hernández, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
9. *La Constitución y los derechos de la mujer*, Martha Olga García y Cristóbal Rodríguez, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
10. *El gobierno constitucional en armas*, Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
11. *El azar como categoría histórica*, Tony Raful, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.

12. *Uno de esos días de abril*, Pedro Conde Sturla, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
13. *Los derechos civiles y políticos en los Estados Unidos*, Jeremiah Knight, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
14. *Frente Interno: Expedición de Luperón de 1949*, Fernando Cueto, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
15. *Las desapariciones forzadas*, Roberto Álvarez, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.
16. *Mujeres en la resistencia*, Sina Cabral, Josefina Padilla, Cristina Díaz y Carmen Mazara, Santo Domingo: Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2022.

Esta segunda edición de la obra *Cayo Confite y Luperón, memorias de un expedicionario*, escrita por Tulio H. Arvelo, y reeditada por el Museo Memorial de la Resistencia Dominicana con motivo del 75 Aniversario de la expedición de Luperón de 1949 se terminó de imprimir en el mes de junio de 2024 en los talleres gráficos de Editora Búho, S.R.L., Santo Domingo, República Dominicana.

